

533

Lunar

Antonio López Ortega

Libros del Laberinto

LUNAR



Colección: *Libros del laberinto*, 56

LUNAR

Antonio/López Ortega



AZCAPOTZALCO

COSEB BIBLIOTECA

2893704

Rector General
Dr. José Luis Gázquez Mateos

Secretario General
Lic. Edmundo Jacobo Molina

UNIDAD AZCAPOTZALCO

Rectora
Mtra. Mónica de la Garza Malo

Secretario
Lic. Guillermo Ejea Mendoza

Coordinador de Extensión Universitaria
Lic. Enrique López Aguilar

Jefe de la Sección Editorial
Lic. Valentín Almaraz Moreno

Primera edición: 1998

ISBN: 970-654-126-8

©Antonio López Ortega

©Universidad Autónoma Metropolitana

Unidad Azcapotzalco.

Av. San Pablo 180, Col. Reynosa, Tamaulipas

02200. México, D.F.

*Este libro fue escrito en gran medida gracias a una beca
obtenida de la Fundación Rockefeller, institución que me
permitió recluirme en su Bellagio Study de Italia entre
agosto y septiembre de 1994 y a la que quisiera dejar
constancia de mi agradecimiento.*

*Recorriendo su tela
esta luna clarísima
tiene a la araña en vela*

JOSÉ JUAN TABLADA

LUNAR

NUPCIAS

Los recién casados llegan a París desde Caracas. Se alojan en un hotelito de la *rue des Ecoles*. Él abre el ventanal de la habitación a la mañana siguiente para respirar —dice— el aire otoñal de la ciudad—luz mientras ella se revuelca temblorosa bajo la sábana. Desayunan *croissants* que mojan lentamente en dos tazas —bocas abiertas— de café *au lait*.

Tejen y entretejen una conversación interminable a la que salpican con gestos amorosos. Él retiene los pálidos pómulos de ese rostro inaudito y ella se deja estrechar por unos brazos que le erizan la piel. Ven algo parecido a la felicidad en el espejo de agua de una fuente del Jardín de Luxemburgo e imaginan a María Antonieta deambulando por las alamedas del Castillo de Versalles. Sutiles son los gestos de tomarse de las manos sobre el Sena y complejas las maniobras nocturnas con las que él hace y deshace figuras de carne sobre ese cuerpo insaciable.

Al cabo de la tercera noche, comentando una ópera tardía de Debussy, recalcan en un café de la *rue d'Auber*. La pareja de la mesa vecina intercede en la conversación y prolonga la velada. En cuatro horas aderezadas con copas de vino, saltan de Rodin a los cráteres lunares y de la silueta nocturna del Ávila a la inmutabilidad del *Pont des Arts*.

Él ensaya *le trou normand* cuando la pareja amiga se ofrece a llevarlos al hotel. Tres cuabras antes de llegar, la francesa pide cigarrillos. Detienen el vehículo frente al *tabac* de turno y, diligente, él se baja a comprar una cajetilla.

Mil veces ha contado y recontado el incidente: regresa al vehículo y ya no está. Un arranque violento, un chirriar de cauchos, el carro que se aleja para siempre por la avenida apenas alumbrada.

Se recuerda regresando al hotel y gritándole incoherencias al encargado. Va a parar a la comisaría de policía donde muestra pasaportes y le hacen reconstruir minuciosamente las secuencias de la noche.

A la semana de investigación le hacen aprobar un retrato hablado de la esposa que la policía ase-

gura enviar a todos los puestos fronterizos y a las delegaciones consulares.

Ya de vuelta en Caracas, al cabo de un año, una carta escueta de la embajada francesa menciona la frase “trata de blancas”. La Interpol asegura tener una pista en Siria y un cónsul en Argel admite por episodios similares un tráfico cierto de mujeres occidentales.

En el cielorraso de su habitación, cuando no logra conciliar el sueño, el hombre nutre el recuerdo fijo de la esposa y llora el destino falaz de aquel cuerpo insaciable.

CAPILAR

Se arrancaba el pelo la Lupe. Se lo arrancaba. Una manita escasa e inconsciente —su propia mano— se deslizaba por sobre las sábanas del sueño e iba a parar a la cabecita tenue de la que extraía de tajo un mechón.

La vimos a sus tres años —mocosa ella— con su coronita de pelo recortado: vado de grama breve por sobre el que corría ningún río.

Intentó la joven madre aligerarle el peso de la corona y tonsurarle el pelo al rape. Semejaba ahora al cepillo de un centurión romano mientras se escondía imprecisa entre el enramado del único flamboyán en flor del jardín.

Mientras la lunita refulgía, el hogar variaba: el abuelo cayó de rodillas en su estudio fulminado por un infarto, la abuela se ejercitaba en el yoga —un elefante blanco que se convulsionaba— y la madre cambiaba cada tres meses de trabajo.

Los novios de la madre —un arquitecto mañoso, un aviador con los ojos desorbitados, un ve-

terinario de manos gruesas— vieron crecer a la Lupe: la coronita se fue ensanchando hasta quedar cubierta por una melena desordenada que le rozaba la cintura de sus dieciocho años.

Ejercicios extraños —un campamento vacacional en Boconó, la vereda empinada y pedregosa que le permitía divisar el mar desde la cima del Naiguatá, playas salvajes a las que se llegaba sólo en peñero y con amigos— la fueron alejando del hogar impreciso y de la madre.

Una llamada vespertina —la madre aparta en este momento las manotas del veterinario de su seno izquierdo— ubica a la Lupe colgada de pies en pleno viaducto de Los Chorros. La cuerda elástica de un *bungee* le había permitido abrazar el vacío de la caída y bambolearse innumerables veces —el pelo iba y venía como un oleaje— en una pérdida que fue definitiva.

Al fondo de ese valle —la ciudad de Caracas— que sus ojos absortos retrataban por entre la cabellera infinita, una imagen persistente: la de su madre violada a los dieciséis años de edad y la del padre desconocido.

IDENTIDAD

Unare parece un destino seguro para Manuel. Es viernes y su reloj marca las doce del mediodía. Cuenta con impaciencia los minutos para que los últimos tres alumnos entreguen su examen. Ya se ve en las inmediaciones de Barlovento, mordiendo la carretera en las curvas y extraviando la mirada hacia los riquirriquis que brotan desordenadamente de las zanjas laterales.

Pasando Caucagua siente que su pecho es ancho: el aire es una sustancia viscosa que le desgarran los pulmones. Llegando a El Guapo oprime un cassette que su hijo ha dejado puesto en el reproductor y surge un canto antiguo de origen griego que le eriza por momentos la piel. No sabe por qué el canto le resulta luctuoso, como si una mujer —la cantante— llorara la pérdida de un ser amado.

Abre las cuatro ventanas de la camioneta. Un aire vaporoso se le incrusta por la espalda y le abomba la camisa. Las copas de gruesos árboles

comienzan a taparle el cielo mientras la cantante reduce su voz a un hilo agudo.

Le parece inútil maniobrar ante lo que se le atraviesa. Apenas tiene tiempo de reconstruir la secuencia: un ave rapaz se le ha cruzado velozmente en la carretera y ha aterrizado con torpeza en el asiento trasero de la cabina. El animal aletea con ferocidad y Manuel intenta detener la camioneta en el hombrillo.

Ahora están cara a cara: Manuel enfrenta la mirada recia del gavilán y admira ese ceño real. Sin pensarlo, como respondiendo a un reflejo, alarga la mano. El animal responde oprimiendo la garra contra el brazo y destrozándole la manga en hilachas. Una hojilla leve le ha abierto una línea de sangre.

El animal da saltos sobre el asiento. Mide el espacio de la ventanilla por donde se ha incrustado y logra al fin levantar vuelo no sin antes golpetear estruendosamente las alas en el marco de la portezuela.

Manuel queda sobresaltado y a solas con la cantante griega. La voz que merma casi se confunde con el silencio. Oprime de golpe el botón

de *reverse* y se topa con la melodía serial del
“Adagio” de Albinoni.

No sabe por qué recorre el hilo de sangre con
su dedo y se lo chupa.

PARA MANUEL ESPINOZA
(a quien la historia pertenece)

BELLAGIO

Mi padre cultivó un cuadro. Lo compró en Bachaquero —un *marchand* recorría las casas del campo una vez por semana— y lo colgó en la pared más ancha del comedor. El cuadro presidió todas nuestras comidas, todos los alaridos de la niñez, alguna bofetada extraviada en alguna reprimenda. He querido reconstruir la imagen del cuadro: una casa añeja y vetusta es bañada por el tenue oleaje de un lago que desprende la pintura de la base. Es una casa como amarillenta, alta y suspendida, con una escalera lateral que sube desde la superficie del lago hasta los niveles superiores. Supe siempre que había escalones bajo el agua y me los imaginé resbaladizos, con musgo y caracoles.

Tiempo después he sabido que la pintura —primitiva, nostálgica, realista— reproduce alguna imagen del lago de Como en Italia. Me han hablado de montañas que abruptamente se incrustan en el lago y de caseríos forzados a permanecer en

la línea extrema de arena que la tierra ofrece a regañadientes.

Me han hablado también de un promontorio en forma de península desde donde se divisa la totalidad del lago, ocupado en sus orígenes por los llamados ligurianos, pacíficos aborígenes que vieron transitar desde la Antigüedad a etruscos, celtas, teutones, griegos y venecianos.

Siempre he sabido que el cuadro de mi infancia ha sido la prefiguración de mi muerte. Y ahora que al fin de mis días camino lentamente hacia la cima del promontorio, donde una fina dama hizo reconstruir la Villa Serbelloni, siento que el ciclo se cierra, que todo inicio contiene su propio desenlace.

LA VOZ HUMANA

El profesor James Ljunggren, súbdito británico de origen sueco, ejerce la docencia en la Universidad de Reading desde temprana edad. Su libro *Regulation of Oxygen by Photosynthetic Carbon Metabolism* lo situó en la cumbre de los estudios bioquímicos. Estudiantes de Latinoamérica y Australia lo han seguido desde hace años y se han codeado para lograr un cupo en tan esclarecedora tutoría.

Cuentan que un accidente automovilístico en las adyacencias de Hamburgo lo condenó a una parálisis locomotriz. Ljunggren tardó meses en rehabilitarse y reapareció una tarde primaveral en una motoneta autopropulsada que subía todo tipo de cuestas y lo introducía en cuanto corredor se abría ante sus ojos. Su mirada —apuntaron los seguidores— ya no era el dardo de los inicios sino una letanía que se extraviaba en el paisaje.

Sumida en la tragedia de su esposo, Janice fue diligente y amorosa desde el comienzo. Cambió

vendas en el hospital, levantó barras de pesas junto a él, despejaba los obstáculos de las veredas públicas y buscaba destinos alternos a la vida universitaria.

Agosto fue imponiendo año tras año su cauce y no hubo verano en que no pararan en un hotelito del lago de Como donde la luna refulgía como un ojo insomne.

El pálpito de una noche los llevó a presenciar una opereta original de Jean Cocteau en un palacete reconstruido. *La voce umana* era interpretada por una soprano rubia que modulaba una extraña versión de Poulenc vertida al italiano.

Cuentan que en los momentos más agudos, cuando las paredes vetustas absorbían los alaridos de la soprano, Janice acariciaba la barra de la motoneta como si de la mano de James se tratara.

HUEVO FRITO

Moja Carlucho el pan en el huevo frito. Lo viene mojando desde los tres años y ya tiene dieciséis. En Adícora —de vacaciones—, en Borburata —acampando— o en Choroní —desayunando en una taguarita al lado del río—, pide huevo frito.

Le celebramos la hazaña calladamente, sin mayores comentarios. La tía Luisa —su madre— retuvo tres aves de corral en la vieja casa de Quinta Crespo donde vivían y toda la familia —decía— debía comerse los huevos de las gallinas. Eran muchos, en verdad, para tan pocos miembros: el tío Delio maniobrando tanqueros en el Adriático, en el Mar del Norte, en la bahía grisácea de Rotterdam; Ana, la hermana, almorzando siempre en casa de sus compañeras —estudiaba arquitectura y la pobre vivía desvelándose—; y Pablo, el mayor, internado en Santa Cruz de Tenerife desde hacía años.

Todos los huevos, pues, terminaban en el paladar de Carlucho —un paladar, debemos decir, len-

to, reposado, rumiante—. “No hay yemita como la casera, —decía la tía Luisa—. Sin hormonas; anaranjadita.”

En los restaurantes —mientras iba al baño a lavarse las manos—, le ordenábamos a Carlucho sánduches de pollo, hamburguesas con tocineta, pizzas doble queso... y el primo volvía siempre al huevo frito.

Hemos querido buscar con precisión —aún lo intentamos— el origen de esa fijación. Creemos haberla encontrado —es sólo una hipótesis que cambiamos frecuentemente por otras— en la muerte súbita de la tía Luisa, arrollada por un vehículo en El Paraíso mientras regresaba de compras.

En el velorio sólo le vimos el tronco y la cara —algo hinchadas—. Las piernas, parece ser, quedaron destrozadas.

Carlucho sigue incrustando día tras día la migaja de pan contra ese círculo amarillo y concéntrico. *La noticia de la muerte de su madre lo alcanzó a sus seis añitos mientras desayunaba.* Por cierto que el tío Delio tardó un mes en llegar a La Guaira: lloró a la tía Luisa en su camarote de alta mar. Todos lo extrañamos en el entierro.

FIGURAS DE BARRO

Nada como oír la lluvia desde la cama: crece en uno un sentimiento extraño mientras afuera ocurren catástrofes. He cultivado este ejercicio desde niño, con una aprehensión infinita. Se entenderá, pues, que mi preferencia recaiga en las noches muy calurosas, cuando no sopla ni pizca de viento. Va uno a la cama con la seguridad de que en plena noche, dando vueltas entre el sofoco de las sábanas, despertarás en medio de un aguacero vigoroso de ésos en los que pareciera que el cielo se desploma. Todo comienza con un batir de puertas y ventanas, con cortinas lánguidas súbitamente abombadas, con un frescor que entra de pronto al cuarto como una verdadera criatura viviente. Uno se despierta en medio de la vivacidad que repentinamente han ido tomando las cosas y el sentido de respuesta inicial es el miedo. Tienes a arroparte, a cobijarte, sin percatarte de que has estado sudando profusamente a lo largo de la noche y de que un aro húmedo completa la cir-

cunferencia de tu cuello. Entonces, te levantas y caminas, no sabes muy bien por qué pero caminas, te asomas por la ventana, ves la danza espasmódica de las ramas del jabillo, moviéndose desde la raíz hasta la copa, sediento de agua, y te alegras. Luego todo será oídos, oídos para la lluvia: los truenos, los brazos caídos de los árboles, la casa súbitamente animada por puertas que se baten, zumbidos que se acuñan en los corredores, objetos que caen, el aire cobrando un cuerpo real, tangible, autoritario, al que nada debe oponérsele. El próximo paso será como una espera, una larga espera de oyente que no logra conciliar el sueño, que da vueltas sobre la cama sin tregua, que parece querer vigilar esa lejanía acuosa desde este claustro inútil que nada aporta a la dinámica general de las aguas.

La lluvia es nuestro invierno: instante de recogimiento momentáneo en el que crecemos en soledad por entre las cosas. Difícilmente haya un momento más íntimo que éste de habitar la lluvia. Lo compruebo nuevamente ahora que deambulo noctámbulo por la casa como añorando participar del estruendo que rige todo el espacio circundan-

te. Y es como si un impulso que no logro descifrar quisiera aventurarse hacia afuera y atajar algún sentido de pertenencia en todo lo que me sobrepasa. Entonces, como un ejercicio inútil, trato de alejarme de la mecánica ciega con la que mi mente va enhebrando las imágenes de lluvias pasadas para recuperar inexorablemente la tarde viscosa de Lagunillas en la que aún me veo en compañía de Hernán y Daniel.

Jugábamos en un parque del campamento Las Delicias sobre una grama recién sembrada que creaba montículos irregulares, cuando divisamos a lo lejos una nube ennegrecida que oscurece el día en segundos. Había obras en construcción a un extremo del parque y nosotros nos concentrábamos en un tobogán especialmente largo (había que contar treinta tramos de aluminio en la escalerilla que conducía a la cúspide). Las caídas eran aceleradas y nuestros pies bajaban en alto para amortiguar el impacto final con nuestros cuerpos encogidos.

Comenzamos a recibir el golpeteo de los goterones como piedrecillas y construimos súbitamente un segundo juego que consistía en seguir bajando a

mayor velocidad por el tobogán, ahora más lustroso y resbaladizo que antes. Una alegría cómplice, insomne, nos arrastra y, desobedeciendo a nuestras madres —seguramente ya tendríamos servida la merienda—, nos vamos empapando como estropajos. Los cabellos goteaban; las caras, brillantes de sudor; los zapatos enchumbados como esponjas; los pantalones, pesados.

Hernán —con sus lentes gruesos ya ahumados— se despide de golpe y se aparta de nosotros rumbo a casa. Se va correteando por la parte trasera del parque y acorta camino cruzando por donde están las obras en construcción. Lo vemos alejarse como entre la película gaseosa de la lluvia con su franela mostaza y, sin que entendamos, vemos cómo la tierra se lo chupa hasta el tronco. Hernán da dos, tres alaridos y Daniel y yo corremos saltando por entre los pozuelos que retiene la grama. Lo hallamos sumido hasta la cintura en el medio de un charco de barro que, evidentemente, se había formado en uno de los orificios de excavación de los obreros, y vemos cómo maniobra inútilmente para salir del pantano.

La lluvia arrecia —balas diminutas percuten

en nuestros brazos desnudos— y la visibilidad se hace difícil. Hernán se asusta de no lograr avances y comienza a llorar lágrimas secas. Sus brazos chapotean torpemente en la superficie y su tronco se va hundiendo con cada movimiento. Daniel, que se resbala de cuajo al aproximarse a uno de los límites del charco, retrocede dando traspiés y me mira como buscando respuesta. Yo giro mi cabeza en todas las direcciones: hay ladrillos, sacos de cemento, trozos de madera, tubos, picos, palas y una máquina mezcladora de cemento con su boca mirando al cielo. No se me ocurre nada preciso: que si tirar cuerpos sólidos en el barro (maderos o ladrillos) para lograr mayor sostén, que si alargarle el brazo a Hernán (Daniel y yo nos encadenábamos) en un gesto inútil, que si correr a alguna de las casas de familia en busca de ayuda...

De pronto, añeja y deshilachada, la veo. Es una cabuya que ciñe el envoltorio plástico de los sacos de cemento. Se la señalo a Daniel abriendo los ojos al máximo. Nos acercamos al envoltorio y tratamos de desanudarla. Es inútil. Opto entonces por una de las palas y, apuntando el filo metá-

lico del borde contra uno de los nudos, golpeo desesperadamente. Nunca supimos después cómo lo logramos: la pala era sin duda un objeto pesado para nuestros cuerpos de entonces. Golpeo y vuelvo a golpear y noto que la cabuya va cediendo en un marasmo de hilachas. La cuerda se desprende de su atado y tomo un cabo —Daniel tomaba el otro— para rodear el pozo de barro. Vamos trayendo la cabuya por ambos extremos y logramos deslizarla a ras de la superficie hasta toparnos con el cuerpo de Hernán. La cuerda le cruza ahora el pecho y se dobla hacia atrás por debajo de las axilas creando una especie de palanca que nos permite tensarla y atraer a Hernán hacia una orilla. Daniel y yo, enrojecidos por el esfuerzo, veíamos la franela mostaza completamente embarrada y los lentes ahumados de vapor de agua flotando sin mayor sentido ante sus ojos cegatos. Daniel, alargándose, fue el primero en darle una mano. Lo terminamos de sacar como un bulto pesado de papas en un amasijo de manos y pies que nos envolvía a los tres. Nos quedamos allí, en el borde, por segundos —los goterones nos golpeaban—, sin entender nada, viéndonos las caras y conte-

niendo la alegría de sabernos juntos. Hicimos luego un juramento, pacto indeleble bajo la lluvia, de no pronunciar ni una palabra de lo sucedido a nuestras madres. Inventaríamos algún pretexto para justificar el tono predominantemente marrón de nuestra ropa.

Siento que aquella lluvia súbita y aquel pozo instantáneo de barro me persiguen. Nunca estaré a resguardo de esa escena. Me levanto en las noches, bajo una tormenta cualquiera, y es como si quisiera alargarle el brazo a Hernán, y es como si aún lo viera chapotear angustiosamente en el pozo de mis días.

EL ÁRBOL DEL OLVIDO

Alfonso y Siri —chileno él, noruega ella— se conocieron de jóvenes en Bloomington, Indiana. Un concierto en la universidad local —él impresionó con las Goyescas de Granados y ella hizo llorar a una dama de la primera fila con el aria *Mio cor* de Handel— los anudó: ella reconoció la integridad varonil de Alfonso y él se prendió de la mirada vivaz de Siri.

Desde entonces, no han podido separarse. Tres hijos mayores, dos cátedras permanentes en Bloomington y un estudio insonorizado hecho en casa en el que se encierran todas las tardes, constituyen las huellas mayores de una larga caminata.

Santiago, Valparaíso, Lillehammer, Caracas, Cartagena y Milán son algunas de las ciudades de las que retienen imágenes. Ellos las enumeran con parsimonia y deleite y llegan a resumirle a cualquiera cuarenta años de andanzas en la media hora diaria que le dedican al té.

Nunca descubrimos la fuente de tanta armonía.

Alfonso —telúrico— puede ser reservado, observador, distante; Siri —locuaz— es más bien sociable, sonora, tajante. Verlos juntos es como observar un artilugio, una composición de fuerzas, una integración.

Alfonso se desenvuelve en un inglés medido, de resonancias hispánicas, de vocablos precisos y diferenciados. Siri se explaya con acento más bien británico, con carcajadas gruesas y nórdicas, capaces de ahuyentar el frío.

Los vimos en Bellagio, una tarde cualquiera, y lo entendimos de inmediato. Su lengua era otra: radical, profunda, secreta. Una pieza de Ginastera —él al piano, ella de mezzosoprano— nos hacía descubrir la fuente, nos los devolvía íntegros bajo el código cifrado que sólo ellos compartían.

PARA EL DÚO MONTECINO

2893704

EL ROSTRO

Tiempo sin saber de Olguita María, la mayor de todos los primos. Nos la devuelve de vez en cuando Icod de los Vinos —hay una foto suya al pie de un drago milenario— y algunas cartas de la madre, la tía Olga.

Quisimos siempre imaginarla como lo que fue: rebelde, altisonante, esquivia. Supimos de su fuga con el novio, de sus comunas, de su dieta integral. Fue excomulgada: la familia aderezó la leyenda con drogas, libertinaje, un hijo natural.

Para regocijo de la tía Olga, ya entrada en canas, el tiempo nos la devuelve ahora como una afamada profesora de Filosofía en la Universidad de Las Palmas, casada con el novio de la fuga y con dos primorosos niños: Alfonso —el de la comuna— y Sonia.

Vuelvo a la foto de los inicios —estoy abrazándola bajo el drago— y la comparo con la última que ha enviado la tía Olga. Su rostro no ha cambiado: siguen siendo pobladas sus cejas, si-

que siendo fina su nariz, sigue reteniendo su rostro la honda belleza que a todos nos perturbaba.

RAMO DE LIMÓN FLORIDO

Suele Alberto levantarse los domingos en la mañana y responder a extraños impulsos: aventurarse por cualquier carretera en busca de lo desconocido. Un domingo puede ser los morros de San Juan; otro, la población de Osma en el Litoral Central; otro más, San Francisco de Yare.

Maruja y los tres hijos le huyen. Conocen ya la rutina: horas y horas de calor para retener, en el mejor de los casos, la geología cavernosa de un morro. A veces, incluso, Alberto no se baja del carro; permanece en el vehículo como si éste fuera una ventana al mundo, como si allí residiera el hogar propio y todo lo demás fuera estrictamente ajeno.

Esta vez se levanta y le pide a Maruja que lo acompañe al Litoral Central. No tiene una idea fija: habla de bajar a Puerto Cruz desde la Colonia Tovar, de llegarse hasta Naiguatá, de recorrer La Sabana. Maruja, de inmediato, inventa una ida a cualquier museo, lo besa y lo abandona. De los

niños, ni hablar: la mayor duerme (como todos los domingos), el segundo prepara un examen, el tercero se alista para irse a su juego de béisbol.

Alberto toma su desayuno a solas —miel en las panquecas, un café con leche cremoso— y se enrumba sin destino fijo: recorre la autopista del Este como un sonámbulo, se incrusta en el túnel boquerón y la negrura le parece infinita, encara La Guaira y todo le resulta maloliente.

Llega al puerto y se detiene frente a la Casa Guipuzcoana. Baja la cabeza e intenta reconocer esa arquitectura colonial a través de la otra ventanilla lateral. Es inútil; nada lo retiene. Se devuelve. Gira el carro en una plazoleta próxima y se enfrenta al mural de Cruz Diez. Vuelve a incrustársele el olor desagradable de La Guaira y comienza a derivar la vista hacia los edificios de Maiquetía.

No sabe por qué se desvía justo antes del comienzo de la autopista y baja por la rampa. Deja atrás el aeropuerto. Va aproximándose a Catia La Mar. Ve la planta eléctrica de Tocoa, la Escuela Naval de Mamo.

Nada lo impresiona mucho. No obstante, conti-

núa. Trata de recordar algo, algún paseo con su padre siendo niño. No está seguro. De pronto, recuerda un nombre. Tarmas, sí, el pueblo de Tarmas. Ignora cómo llegar pero sabe que no debe estar lejos. Le pregunta a un fiscal de tránsito en Catia La Mar: el policía no le sabe indicar. “Subiendo —le dice—. Eso es subiendo.” Se detiene en una encrucijada: hay una bodega, niños correteando, un papagayo atrapado en un poste de luz. Se baja. Le pregunta al bodeguero. “Diez kilómetros más y luego subiendo a la izquierda”, le contesta un hombre negro, bonachón.

Comienza a subir. El paisaje cambia. Deja de ser costero para convertirse en montañoso. El salitre ha desaparecido para dar paso a velos de neblina que se cruzan en la carretera. Todo se vuelve frondoso. Va recordando el paseo con el padre, reconstruyéndolo, pero le faltan detalles. Apenas juega con fragmentos: ve sus rodillas en el asiento trasero, retiene un avioncito verde de hierro.

El paisaje lo va envolviendo. La ruta se hace larga y empinada. Árboles de altas copas borran el cielo; haces de luz cortan la travesía como focos cenitales. Ve pájaros vibrando en el aire cuan-

do la camioneta corcovea. Acelera y el motor no responde. Se arrima al borde aprovechando el último empuje. Apaga el carro. Permanece sentado. Le cuesta tomar la decisión de bajarse. Piensa que no ha visto a nadie en el camino. Al fin, se baja. Ya de pie, lo recibe un envión de aire fresco.

Le gusta la sustancia que le envuelve la nariz: es un olor difícil de describir, mezcla de aire puro con frutas. Levanta el capó. Ve el orificio en la manguera: un chorro ligerísimo de vapor abandona el circuito de enfriamiento. Comienza a pensar qué hacer. Se queda allí, detenido, frente al carro, detallando el paraje: lianas gruesas, guacharacas, un zumbido extraño, una ceiba colosal, abombada. A lo lejos, nítidos, manojos de orquídeas brotando del tronco de un samán. Baja los ojos. Ve que la carretera está hecha de placas de cemento: los yerbajos crecen por entre las fisuras. Oye el chillido de la manguera, apagándose. Piensa si subir o bajar, si intentar llegar a Tarmas o regresar a la intersección. No tiene idea de la distancia, de lo recorrido, de lo que falta por recorrer.

Abre la maleta: apenas una llave de cruz, el caucho de repuesto. Busca un trapo, algún pedazo

de tela con el que hacerle un nudo a la manguera. Es inútil. Cierra la maleta. Vuelve a quedar de pie, absorto. Una guacharaca, nítida, inunda el espacio. Afina el oído y se deja llevar por un murmullo: algo como música, algo como un tambor apagado.

Comienza a caminar hacia arriba. Va contando las fisuras entre las placas. Se vuelve y ve el vehículo: le parece una pieza ridícula en medio de la montaña. La caminata le sienta bien: no apura el paso. Se arremanga la camisa, se mete las manos en los bolsillos. El paisaje se vuelve infinito: más árboles de copas altas, más lianas, hojas enormes que casi se le atraviesan en el camino. Por un momento, quiere regresar, emprender la bajada de vuelta hacia el carro e, incluso, más allá. Optar por algo conocido: una bomba de gasolina en Catia La Mar, algún mecánico de turno. Pero se deja llevar, se deja llevar por la inercia. El murmullo se va aclarando: música como envuelta en una vocinglería. De pronto, en una curva abrupta del camino, otra ceiba: gruesa, imponente, unívoca. Se siente disminuido, insignificante. La curva se abre hacia otro paraje que le demuestra cuán largo es aún el camino: la carretera va serpenteando

en la falda de montañas sucesivas. A un extremo, arriba, donde la carretera parece desaparecer, ve algo como blancuzco, una casa quizás.

Se detiene nuevamente. Las mangas están mojadas; su pecho, sobresaltado. Ve una vereda, nítida, al borde de la carretera. Se aproxima. Ve cómo baja acortando camino y remonta luego al pie del punto blancuzco. No sabe qué hacer. Vacila. Ve hacia la vereda, hacia el cielo, hacia la carretera. Distingue un hilo de tierra aplanada en la vereda. Se adentra con temor, mirando hacia todos lados. Ve huellas: grandes, pequeñas, algunas empozadas. De bajada, el camino le va pareciendo seguro, transitable. Extiende las manos y va apartando algunas ramas.

La vereda se va engordando, despejando. Llega como a un pequeño coto donde la vegetación se hace baja. Oye un rumor: agua fluyendo entre piedras, un río. La vereda se encharca: sus zapatos chapotean, levantan puntos de barro que se fijan en el pantalón. Ve tres piedras grandes, sólidas, en el paso del río. Se detiene: es un chorro de agua noble, salpicado de vegetación. Salta a la primera piedra, salta a la segunda. Intenta aterri-

zar en la tercera y su pie se desliza en la película de musgo. Cae de espaldas, en el medio del curso de agua. Su cabeza va a dar contra la segunda piedra; sus pies han quedado suspendidos en la tercera. El agua le baña todo el tronco: es una corriente fría, agradable. La mirada se le nubla: los objetos vibran, se le vuelven dobles. Cierra los ojos. Intenta abrirlos: todo sigue siendo doble. Un dolor lo paraliza: la cabeza le late; crece una puntada en la espalda. Permanece echado. Intenta incorporarse y el cuerpo no responde. Mira el cielo —doble—; las ramas —dobles—; el tronco espinoso de un jabillo —doble—. El agua le alivia el dolor de la espalda, lo narcotiza. Cierra y abre los ojos, indefinidamente. Piensa en su padre, en la lejana travesía. Sigue sin poder reunir los fragmentos: sus rodillitas, el avioncito verde, su cara apenas asomada a la ventanilla.

Otra guacharaca, nítida, y el bullicio lejano que se va haciendo musical. Comienza a asustarse; un llanto seco lo abandona. El agua corre por debajo y por encima de su cuerpo: la puede sentir con precisión. Un botón de su camisa sube y baja según el flujo del agua. Siente un cansancio, ga-

nas de abandonarse, de dormir. Ve a Maruja en el museo, trata de imaginársela; ve a los niños. vuelve a ver al padre como en nebulosas. Evita dormirse; sabe que no debe dejarse arrastrar por el sueño. Intenta, apenas, bajar la cabeza. El movimiento le causa un dolor central, agudo. Logra nivelar su cara con la superficie del agua: borbotones le pasan por entre los ojos, lo despiertan.

Se ve desde arriba. Es una sensación extraña pero se ve desde arriba, tirado, abandonado. Se ve doble, su cuerpo doble, incrustado en el curso del río. Despierta, despierta de lo que cree haber soñado. Siente que el bullicio se hace cercano: distingue ahora voces, tambores, melodías. Se alegra. Intenta como levantar los brazos. Los brazos responden, sí. Ve su palma, doble, frente a sus ojos: ve sus dos palmas. Quiere concentrarse, quiere evitar la deriva a la que todo lo invita. Halla una clave. Trata de concentrarse en el bullicio; sabe que la música, apenas distinguible, le ordena una secuencia, le reconstruye un pensamiento.

Se alegra de saber que la música se acerca. Trata de imaginarse la escena, trata de inventarse un origen para los tambores, para los cantos, para

los maderos que golpean los troncos. De pronto, lo descubre; cae un chorro de agua en sus ojos y lo descubre. Es una procesión, claro, y debe venir bajando por la carretera. Levanta las manos —su palma doble— en un ejercicio de saberse vivo, de improvisar alguna seña. Piensa en su padre; le vienen más fragmentos: el caserío de Tarmas, el aire de Tarmas, la fiesta de San Juan, el santo niño evolucionando por entre la multitud.

El dolor se vuelve grave, una lenta campanada de iglesia, una mordida que casi le llega al pecho. Busca la música con los oídos, la retiene. Deja que el golpeteo del tambor se confunda con su puntada, central, radical. Un embriagamiento lo va envolviendo. Todo lo funde y lo confunde: imágenes sucesivas de Maruja, los niños, el padre, el avioncito verde, la plaza central de Tarmas, la procesión, el santo niño, de nuevo Maruja, de nuevo su padre... Va siguiendo la melodía, va endulzándole los oídos. Todos los sonidos se suspenden —las guacharacas, el rumor omnipresente del río, las ramas que crujen— bajo la melodía. Supone que es una procesión, lo supone y no le importa acertar o no. Va durmiéndose en el medio

de la melodía, va entregándose, cediendo todas sus fuerzas. Descifra los tambores, el traqueteo de los tambores, las voces femeninas. Quiere retener una frase, sí, una frase que ahora distingue, una nítida voz de mujer cantando “Tonto, Malembe, ramo de limón florido” mientras se abandona.

PARA ISABEL LOERO Y LOS VASALLOS

HUELLAS

Bernardo alza un tobitito de plástico azul contra el cielo y me lo ofrece. Difícil obviar lo que encierra ese gesto: deambular por la orilla de la playa buscando caracoles, piedrecillas de todas las formas, fósiles, conchas de nácar, fragmentos de vidrio trabajados por el mar y, si se corre con suerte, hasta peonías.

Es un ejercicio puntual éste de acercarse a mí a sus cinco años, medir su cabeza contra lo que vendría siendo mi ombligo, montar sus piecitos sobre los míos para cerciorarse de la diferencia de tamaños y pretender que yo dé mis primeros pasos con él encima, jugando a la figura de un autómata.

Emprendimos la última caminata en Varadero, lengua de tierra que se extiende al oeste de Morrocoy. Veíamos el azul turquesa del mar precipitándose en un oleaje espumoso que tardaba en deshacerse. Quisimos alejarnos de los otros bañistas —tiendas de campaña, cavas, sombrillas,

sillas de extensión— hacia la vertiente este de la playa en un extravío que quisimos nuestro.

La caminata comenzó así: Bernardito trepado sobre mis pies, el tobo azul colgando de mi antebrazo, el resplandor cegándonos la vista y el paso más bien lento, pausado.

Llegamos al extremo de la bahía central (ya Bernardo caminaba de su cuenta y se volvía a ver sus huellas borradas por el mar) y divisamos a la derecha otra playa contigua, más bien salvaje, que se abría paso entre peñascos, manglares, troncos caídos de bruces, arena pedregosa y, en el extremo, una manga baja de tierra que cortaba abruptamente el camino y en la que creí ver como cavernas.

Me dije que la bahía era perfecta para la excursión. Encontraríamos allí un verdadero museo viviente que Bernardo resumiría en su tobitito trayéndole a la madre lo que para él no distaba de ser un tesoro.

El trajebaño verde fosforescente de Bernardo vibraba sobre la arena (parecía bailar solo contra el paisaje). Su andar era cauto, aprehensible; había dejado atrás el conteo de sus huellas (no dejaba de

enorgullecerlo esa escritura que el mar borraba por más que él remontara la línea de sus pasos) por ese nuevo correteo en el que, saltando de un lado a otro, absorto y maravillado, recogía sus piedras preciosas.

La selección comenzó siendo discreta (la espiral pulida de un caracol y el trazo quizás milenario de un gusano sobre las líneas de una concha carmesí eran sus piezas favoritas) hasta acrecentarse desordenadamente (una pieza curtida de dominó coronaba el montículo). Terminé con el tobitito en las manos, ya bastante pesado.

Entramos en una porción vasta de arena, casi una ensenada, que se abría a nuestra derecha y que contenía algunos pozuelos. Bernardo chapoteó hasta donde pudo y enturbiaba el reflejo de su carita con los remolinos de una vara que agitaba dentro de los charcos. La arena era como avena y hundíamos los pies hasta los tobillos. La caminata se hacía pesada y torpe.

Dejábamos atrás la ensenada para toparnos con ramajes de manglares extendidos sobre la playa. Era la boca de un caño, de eso no había duda, y tuve que cargar a Bernardo con el agua hasta la

cintura para ganar el otro lado. En medio del canal, avivado por una corriente tenue, llegué a ver mis pies alborotando la arena del fondo y algún pececillo que brillaba como una moneda. Tuve que asirme de la rama baja de un mangle para no perder el equilibrio y noté que retraía mi brazo con una cortadura: una boca calcárea adherida a la rama me abría una línea de sangre en la palma de la mano. Gané la otra orilla no sin antes mojar la mano y dejar que el tinte rojo se disolviera en la transparencia del agua. Le escondí la herida a Bernardo y lo deposité nuevamente sobre la arena.

El nuevo tramo nos recibía con un suelo pedregoso, de filos inesperados. Bernardo se quejaba y, en un momento, estuve a punto de regresar. La manga de tierra lucía ya próxima y lo entusiasmé con la idea de hallar alguna cueva. Lo encaramé de caballito sobre mis hombros y dejé que mi brazo izquierdo (el otro me palpitaba con la herida) se ocupara del tobito.

Caminaba lentamente, abriendo mis piernas hasta encontrar suelo seguro. El borde superior de la playa ofrecía piedras más grandes, amoldadas, pero, al primer tacto de mis pies, la aguja de calor



me obligó a buscar las piedras mojadas de la parte baja. Comenzaba a cansarme y a entender que, a estas alturas, avanzar y regresar era lo mismo. Me detuve sobre una piedra negra (una línea blanca la seccionaba en dos porciones exactas) y me senté con Bernardo en las piernas. Era otro; hablaba poco y el calor sobre los hombros lo fatigaba. Miraba hacia el suelo, sin fijarse en nada, e introducía ciegamente el cabo de una varita que se arqueaba entre las piedras.

La manga de tierra estaría a unos treinta metros. Era una estructura extraña en medio del paraje marino. Por encima, el costado descendente traía árboles secos, cardones, raíces desprendidas; la punta que entraba en el mar se volvía una roca negra, desnuda, que partía el oleaje en dos. Sólo la pared anterior era asequible: la superficie parecía porosa y por los respiraderos brotaban como chorros de agua. Animé por última vez a Bernardo (la oferta de encontrarnos una cueva era ya inevitable) y me lo encajé nuevamente en los hombros.

Este último tramo no variaba: la franja de playa se estrechaba entre un banco de arena alto y la

senda pedregosa por la que derivábamos. Mis pies avanzaban arqueados, tanteando cada porción de superficie. El tiempo estaba como detenido: sólo el agua se movía en vaivenes bruscos, sorprendidos.

Teníamos la pared enfrente, una muralla que partía de cuajo el camino. Los cangrejos la recorrían de arriba a abajo, tejiendo una escritura nerviosa, y los poros expelían chorros de agua a presión. De pronto, lo entendí: la manga cortaba las aguas y seguramente del otro lado de la pared retenía fuertes enviones de las olas que salían resumidos por los orificios de este lado como mejor podían. Los chorros pasaban de ser líneas de agua que serpenteaban por sobre la superficie a verdaderas duchas instantáneas que más bien se convertían en rocío. Bernardo se dejó llevar por ese baño vaporoso que todo lo inundaba y comenzó a corretear al pie de la pared como una criatura reanimada. Era evidente que no había cuevas: apenas orificios primerizos que el mar no había horadado con suficiente empuje.

Quise dejarme llevar por el momento, por el frescor que me bañaba el pecho y los pies reca-

lentados. Me senté en un peñasco lateral y vi todo el camino que nos esperaba de vuelta. Mi mano latía lentamente: ya el agua había cerrado la herida dibujando una línea rojiza, carnosa. Bernardo tomaba las piezas del tobo y dejaba que adquirieran nuevas formas bajo el rocío que las bañaba.

LA NEVERA

La historia quizás necesitaría una sola frase, una secuencia de cuatro líneas. Es Liana la que la hincha y la vuelve incisiva (o quizás el comentario final de Álvaro). A Liana, por supuesto, ya le perdimos la pista. Lo último que supimos no fue grato: su padre —ganadero opulento de Apure— la envía a Cambridge a estudiar inglés y en un *pub* del Market Square conoce a un hindú que prácticamente la rebaja a categoría de sirvienta (la caraqueñita se dejaba subyugar por este demonio viviente y cuentan que en la última etapa del infierno se prestaba hasta para vender heroína). Pero no es ése el capítulo que quisiéramos recrear; más bien, diríamos, eliminar, borrar de un registro que nos la devuelve lozana, quinceañera, ingenua.

Con Liana, vale decir, recorrimos el país: comimos lapa en Mantecal, arepita andina en Apartaderos, mero fresco en Píritu. Era un ejercicio excesivo, opulento, que llegó a incluir choferes, avionetas, carros de alquiler.

Era la moneda que ofrecía a cambio de una amistad nunca clara, siempre dependiente de mecanismos que ella mantuvo ocultos. Sin darse cuenta, Liana en verdad se ofrecía a sí misma en cada gesto de cortesía, como si no hubiera nada terrenal, como si todo fuera un pacto negociado bajo la mesa. Liana se desprendía de no sabemos qué, Liana se desbordaba.

La asimilamos, le dimos su membresía en el club. Y la hacíamos reír, claro, la hacíamos reír hasta el dolor con un humor burlón del que ella no escapaba (diríamos, más bien, que ella misma generaba). Así, montarnos con el chofer, viajar en la avioneta del padre o asistir a su fiesta de quince años con pajes y carruajes incluidos, era terreno propicio para la parodia inmediata, para la burla. Y Liana condescendía, amablemente condescendía.

Queremos reelaborar un solo episodio: una ida a Playa Colorada, donde su familia tenía una casa. Los preparativos fueron infinitos, con una antelación desproporcionada. La madre, Rocío la sirvienta española, el chofer de la casa... todos fueron partícipes de la conspiración, esto es: de la excursión.

Después de haber postergado la salida durante tres fines de semana consecutivos (comenzaba la burlita, comenzaba: Carlos, por ejemplo, decía que la casa no existía; Gustavo, jocoso, que la tal mansión era una cabañita de pescadores reformada), nos fuimos al fin en tres carros un grupo de doce personas.

Llegamos a la casa (una morada normal, un equipamiento típico de casa playera) e instalamos hamacas, cavas con hielo, radiotransmisores en los cuartos, ventiladores en las esquinas, mesas portátiles en la salita para el jueguito de cartas nocturno, sábanas frescas en las camas para las muchachas, comida en la despensa, botellas de ron en el gabinete y víveres en la nevera. La nevera... Álvaro fue el primero en abrirla y estallar en arcadas. Cierra la puerta de un envión y atraviesa doblado la salita rumbo al baño del fondo. La nevera... pues estaba putrefacta, inabordable. “No la abran, coño, no la abran”, grita amarrado a la poceta. Algún corte de corriente, dedujimos después, la habría desactivado y una docena de huevos fermentados (recordamos por mucho tiempo *Alien*, la película) descomponía el ambiente. El entusiasmo se nos

fue al suelo. Algunos, los más, huyeron del tiro a la playa (afirmaban que improvisarían una choza con palmas sobre la arena); otros, los menos, nos quedamos merodeando en la casa para hacer acto de presencia y no dejar sola a Liana (nadie, de hecho, encararía la limpieza de la nevera).

Vemos entonces a Liana llamando a Caracas (y ésta es una escena que no se nos borra, que se repite y se repite: su carita de desconsuelo, su desamparo, su manera de pedir las cosas). Habla con Rocío, con la madre, con el padre. Cuelga el teléfono. Ya el padre ha dispuesto: Rocío vendrá de inmediato en un taxi expreso a limpiar la nevera (tres horas de trayecto que bien pueden invertir ellos en la playa, entre palmeras y rones).

Llega Rocío (nadie la vio; todos la imaginamos). Enfrenta la nevera en faena casi taurina. La abre de un envión (esa fortaleza, esa determinación ha debido encoger a los huevos, volverlos insignificantes). Se lleva un pañuelo a la boca. Se mete con todo y cuerpo en esa caverna gótica, en ese sumidero de aguas negras, y sale victoriosa, suprema, incandescente. Se vuelve a montar en el taxi y regresa a la gran ciudad.

Luego sacamos la cuenta: un sueldo especial a Rocío por ser su día de descanso, el pago del taxi expreso ida y vuelta en día feriado, los utensilios de limpieza y los desinfectantes... todo sumaba una fortuna.

Llegamos de vuelta de la playa para reconciliarnos con la pulcritud. Y luego el cuento, sí, el cuento que permanece, que todavía nos anima: el comentario puntual de Álvaro cuando jugábamos la sexta mano de póquer de la noche entre rones y cervezas: “Me pagan eso a mí y te juro que le limpio la nevera con la lengua”.

CASTILLO DE ARENA

De entrada, el paseo dominical, la hojarasca, los caballos de los policías, un prado preciso que se abría al final de la caminata donde había vacas. El ritual de Lucía: corretear con cautela, maíz para las palomas, algodón de azúcar, el tobogán del parque; las imágenes de Juan Andrés: los piecitos levantando hojas, las manitas en los bolsillos del abrigo (en invierno), los pómulos rosaditos, cotufas para variar y, al final, imperturbable, un tobito para hacer el castillo de arena.

Ni hablar del zoológico. Penetrar en él nos conduciría a otra vertiente. Dejaremos de lado las focas juguetonas, el león indiferente, la lenta boa que nadie lograba asustar y el chimpancé que siempre le enseñaba los dientes a Magdalena.

Volvamos, pues, a lo esencial: nuestros sucesivos domingos en el *Bois de Vincennes*, su relojería precisa: autobús desde la *Place de la Nation*, comida y bebidas en el morral, cámara fotográfica de vez en cuando, zapatos de goma, correrías no

muy largas para los niños y el parque en el que, repito, siempre desembocábamos con el tobitito de Juan Andrés.

Pero esta vez quisiéramos recrear, cómo decirlo, un estado franco de desesperanza, de pérdida, de llanto; una caída en el sin sentido más extremo.

El ritual se repitió ese domingo con una sola variante, definitiva, cruel. Recapitulemos: autobús, llegada, caminata, hojarasca, piecitos de Juan Andrés, caballos de policía, vacas detrás de la verja, correteo de Lucía y castillo de arena para Juan Andrés. La variante, quizás: haber ido con Bernard, un amigo fotógrafo francés que ponía a posar a los niños en todas las situaciones imaginables.

Y se produce una pausa, después de la caminata, en el parque: Magdalena y yo hablando con Bernard, Lucía y Juan Andrés jugando en una caja de arena, Magdalena y yo riéndonos con Bernard en un banco cercano, Bernard que va a buscar dos cervezas, Magdalena que se levanta, echa un vistazo al parque y no lo cree: no está Juan Andrés, no está. Está el tobitito, la palita, el castillito de arena, pero él no, pero el niño no.

Corre Magdalena, corro yo. Agita Magdalena a Lucía por los bracitos y le pregunta dónde está su hermano. “Estaba ahí —contesta la niña sin entender—, estaba ahí hace un ratito”. Pero no está, no está. Corre Magdalena hacia un agente de policía. Le explica gritando. El agente trata de calmarla, el agente se comunica por radio con los otros agentes del bosque, el agente le explica que las pérdidas son allí rutinarias. Corro yo hacia el punto de las cotufas, del algodón de azúcar, de las cervezas. Busca Bernard en el propio parque, detiene a las personas de los alrededores y les pregunta.

Comenzamos a sospechar de la gente (hay que decirlo), comenzamos a ver la cara de la gente. Todo hombre solo se nos volvía un perturbado, un sádico, un asesino. Recorrimos cada rostro, cada gesto, cada indumentaria.

Pasa el tiempo (fueron minutos, acaso, pero el propio tiempo, el recuerdo, tiende a dilatarlos, a espaciarlos en una sustancia que sigue siendo viscosa). No aparece Juan Andrés: sólo el tobitito en el parque, sólo su castillito de arena a medio hacer.

Lo dimos por perdido, lo lloramos. Maldijimos del cielo, de la humanidad, de la policía, de noso-

tros. Nos culpamos, mutuamente, nos rebajamos.

Cómo decir en qué momento y cómo apareció no tendría mayor sentido (apareció, de hecho, lamiendo una barquilla de fresa de la mano de una agente sin entender por qué llorábamos, por qué lo abrazábamos). El punto es lo que sobrevivió de aquel momento: el sentimiento imborrable, irrepetible; la muerte repentina de un ser; el amor descompuesto, vuelto pedazos; la herida que no sana; la ternura reconvertida en indignación, en odio, en frustración; las fisuras entre Magdalena y yo (nos abrazamos y están allí, nos besamos y están allí).

Sigue estando, después de todo (de las correrías, de la policía, de todas las consecuencias), el tobito solo en el parque, el castillo de arena a medio hacer.

CARRETERA NEGRA

La jornada tendría un objetivo concreto: llegar hasta el cabo San Román y pasarnos el día en una playa de la que nos habían hablado hasta la saciedad: Puerto Escondido.

Teníamos ya una semana en Paraguaná reservando planes específicos para cada día: comprar artesanías en Miraca, bañarnos en El Pico, visitar la casa de los Arcaya, admirar la iglesia de Santa Ana, ir a las salinas de Las Cumaraguas... todo lo habíamos ido cumpliendo casi religiosamente.

Al sexto día, en la playa de Puerto Escondido, comenzamos como a cederle espacio al paisaje, a la imantación del paisaje. No nos habíamos dado cuenta del embrujo. Fuerzas irreconocibles ya nos trabajaban el alma desde el primer día, desde el mismo paso del istmo (esa equívoca dimensión de tener el mar a ambos lados del trayecto). Pero luego se fueron agregando secuencias que, en definitiva, eran una o la misma: planos interminables de cujés, cardones, cactus y viento... viento

que en más de una oportunidad casi nos saca de cuajo de la vía. No éramos los mismos y lo venimos a descubrir ya muy tarde.

Éramos, a decir verdad, una tropa: Maruja y sus tres niños, Leonor y los dos suyos, nosotros y los tres nuestros. Salir en la mañana se asemejaba a un verdadero operativo de ejército: las cavas, los sánduches, los refrescos, las chapaletas, las tablas de anime, los carretes de pesca, los bronceadores, las toallas... cada quien exigía lo suyo. Nos movíamos en dos camionetas de doble tracción.

El cabo San Román era un simple caserío. Llegábamos hasta Pueblo Nuevo, pasábamos por Las Cumaraguas, dejábamos atrás una vieja estación de radio abandonada y, desde allí, nos orientábamos todo el tiempo hacia el norte por un camino de tierra pedregosa. El camino nos iba aproximando a una costa irregular de formación coralina que modelaba bajos farallones ante el empuje de corrientes desordenadas. Las olas rompían fuertemente y levantaban cortinas de agua que bañaban nuestros parabrisas. A un punto, la vegetación se suspendía. Todo era como lunar, como marcas de tierra fosilizada, líneas de coral que dibujaban to-

das las formas imaginables, cortes abruptos del camino (como escalones súbitos) que nuestras camionetas remontaban con dificultad. Ya en Puerto Escondido —un descubrimiento— tomamos sopa de tortuga y comimos langosta. Un italiano llamado Gianni levantaba para nuestro asombro las nasas en la propia playuela y nos seleccionaba las langostas mantenidas en cautiverio.

Los niños descubrieron la playa de Puerto Escondido después de almuerzo. Se arrojaron como moscardones ciegos. Dejaron atrás toda la planificación previa (tobos, tablas, toallas, carretes de pesca) y, con gestos de poseído, se revolcaban en la orilla. Corrían las olas embriagados y cacheteaban las crestas como quien desafía las corrientes. El agua, vale decir, era de un azul desvaído, casi transparente; la espuma de las olas se concentraba más en el centro de la bahía que en los extremos.

La jornada, repito, se cumplió tal como previmos. Sólo que al regreso —y es aquí donde el recuento tiene sentido— Leonor insistió en que tomáramos por la otra vía, la que baja por el extremo occidental de la península.

Dejamos atrás Puerto Escondido sabiendo que

nuestra sola pista era ir bordeando el mar. La geografía no podía engañarnos y suponíamos que, orientándonos por la costa, llegaríamos tarde o temprano a cualquier origen de carretera (Jadacaquiva lucía como la civilización más cercana).

Más allá de Puerto Escondido, una visión imponente, inolvidable: médanos blancos a la orilla del mar. Los niños retomaron fuerzas: escalaban las cimas movedizas y se tiraban cual carneros desde la cúspide hasta desembocar en el agua. Era un ejercicio —debemos decir— delicioso y ya los adultos nos sumábamos. Era una dialéctica: convivir entre el agua y la arena, optar por una tesis u otra, ambas infinitas, inacabadas.

Dejábamos atrás los médanos (nos costó pasar con las camionetas por esa breve lengua de tierra que el mar apenas nos dejaba libre) para enrumbarnos por caminos serpenteantes que nos alejaban y nos acercaban al mar. El paisaje se hacía tan exacto que casi nos mareaba. El paisaje era un resumen perfecto de sí mismo proyectado en formato exponencial: nunca nos parecieron tan grandes los cardones, nunca nos parecieron tan doblados por el viento los cujíés, nunca vimos tantas flores

efímeras en los cactus rastreros, nunca vimos un chivo (un verdadero padrote con barbilla larga y puntiaguda) tan grande orientando a sus huestes y cortándonos momentáneamente el paso de lo que ya para nosotros era un dichoso extravío.

Comenzamos a divisar por encima de la vegetación una alta estructura de hierro que resultó ser el faro de Punta Macoya (habíamos distinguido el punto en un mapa y lo reconocimos). Y luego, algunos kilómetros más abajo, la ruta se nos abrió frente a una playa infinita, con dos casas extraviadas en el medio, que dio a llamarse (intercambiamos tres palabras con un ermitaño que salió de una de las chozas) la Ensenada del Pescador.

Fue otra pérdida para los niños, fue una andanza interminable. La superficie estaba compuesta por charcos y bancos de arena que se repetían incansablemente hasta la orilla del mar. Cada quien ocupaba una súbita piscina y se coronaba dueño del pozuelo en función de un juego específico. Los había redondos, anulares, oblicuos, en forma de medialunas, en forma de eses...

Una secuencia encaja en nuestra mente con la fuerza de un ancla tirada al lecho del pensamiento:

el brusco romper de una enorme ola (comenzaban a ver signos de mar picado) y las infinitas lisas que el latigazo de agua expulsaba de un solo golpe hacia la ensenada. Los pececillos comienzan a arquearse convulsivamente para tratar de ganar a como dé lugar los pozuelos y los niños, viendo aquel botín viviente bajo sus ojos, se dan a la tarea de pescar las lisas con tobos, mallas, tablas de anime y sus propias manos. Fue la exaltación, la dicha pura, un reencuentro con lo más recóndito. Los niños en un ejercicio de niños, empeñados en sacarle el mayor provecho a lo que el mar les había regalado, cazando con el mayor empeño las criaturillas que, como monedas de plata brillantes, luchaban por sobrevivir con un ímpetu endemoniado: unas llegaban a los charcos, otras se escapaban resbaladizas de las manos de los niños en un último coletazo, las más fueron a parar al botín que esa noche afortunada adornó nuestra mesa y calmó nuestros estómagos: las lisas fritas que se deshacían en nuestra boca las retuvimos por mucho tiempo y aún hoy se deshacen en nuestro paladar.

Estábamos extenuados. Buscábamos ya regresar de manera definitiva. Retomamos la carretera

por la misma ruta serpenteante que nos acercaba y nos alejaba del mar y el paisaje volvía a ser el mismo. Era como un espejismo, como un engaño, como un trampa en la que buscábamos caer. Nada nos indicaba que pudiéramos estar avanzando (sólo el sol quizás, que comenzaba a acostarse a la derecha, y la propia costa reencontrada cada cierto tiempo).

Llega un momento en que el camino comienza a subdividirse: nos parecía prudente tomar siempre la opción de la derecha para no alejarnos del mar. Sólo que, precisamente, esta opción comienza, no sabemos cómo, a alejarnos del mar. Caíamos en la trampa, en nuestra propia trampa, en el propio extravío que nos habíamos inventado para esa jornada específica.

De pronto, nos topamos con una casa, una bella casa de tierra con corrales de chivos, y sale una señora amable a recibirnos. “¿La carretera negra? —nos sonríe sin dientes—. Vaya bajando siempre y a la izquierda —nos aconseja no sin antes cargar a uno de los críos que le halaba la falda—, siempre a la izquierda.” Fue una orden que comenzamos a obedecer de manera religiosa desde ese momento.

Oscurecía. El sol se había hundido en el horizonte. La pista de la playa la habíamos perdido desde hacía rato (creo que ya no nos interesaba). Brochazos anaranjados, rojizos, purpúreos, comenzaban a teñir la pantalla que el cielo exhibía a nuestra derecha. Aceleramos, no hicimos otra cosa que acelerar cuando vimos que perdíamos luminosidad.

Un cierto temor (cujíes que nos comenzaban a parecer fantasmales, cardones que se bamboleaban como aparecidos, el zumbido del viento vespertino que ya anunciaba a la noche) nos invade. Los niños aguantan las ganas de orinar y las dos camionetas saltan por sobre las piedras como criaturas que huyen de las sombras.

No supimos cuánto tiempo más pasó. Lo que sí recordamos fue la visión de la carretera negra: ese espejismo que la fatiga nos entregaba, que se abría al fin ante nuestros ojos ansiosos, esa superficie que nos pareció más llamativa que nunca, ese acento negro apenas visible en la boca de lo que ya era oscuridad, esa complicidad de los niños viéndolos a todos orinar en fila contra el manto violáceo de la noche.

FISURAS

Todo es posible bajo la luz de una lámpara: desde las sombras chinescas hasta el lento deslizar de la mano que escribe. Surge una historia acá y otra se aborta. Son, en definitiva, las grandes pulsiones las que dominan la escena e imponen su dictamen mientras, agazapadas, las pulsiones menores esperan un mejor momento para recuperar el sentido de cualquier historia. Lo visible, en definitiva, no convence a nadie. Nos interesa más el revés de las cosas que esa oficialidad espuria en el que todo el mundo tiende a reconocerse.

Esta mano que escribe puede ser la misma que extiende un saludo al conocido de turno, la misma que enciende la leña de una fogata, la misma que acaricia la espalda erizada de una mujer, la misma que lleva un trozo de pan a la boca. A veces, incluso, no es ni siquiera la misma; digamos más bien que se presta para vivir emulando otras manos, no siempre amigables. Las mismas

situaciones con diferentes actores; los mismos gestos bajo diferentes determinaciones. No es frágil el hilo que une la caricia del amante a la terquedad ciega del asesino.

Pero vayamos, en este caso, a los hechos: Blanca, mi joven esposa, ha muerto. La guardia costera ha encontrado su cuerpo calcinado en la bahía de Carenero. No hay escena más ajena —al menos así lo cree el común de la gente— que observar la explosión de una lancha con motor fuera de borda. Es una imagen —repito— que no es concebible frente a lo que la misma lancha proporciona: viajes rápidos a Puerto Francés, las corrientes que se baten a la altura del Cabo Codera, la transparencia del suelo arenoso en Caracolito, los cuerpos como lagartos impávidos bajo el sol y tantas otras cosas. Pero una lancha —debemos convenir— también está llena de pulsiones menores, de estructuras ocultas: el tubo de paso de la gasolina, el cableado del encendido, la chispa de las bujías del motor.

Imagino a Blanca tirada en la superficie de proa, su cuerpo como una lengua reseca, sus brazos aceitados, sus cabellos disueltos en un desor-

den calculado... Es una escena que fue mía, perfectamente mía por muchos años. El abismo del cuerpo de Blanca, sí, nuestros encierros interminables en el breve camarote, el ir y venir de nuestros jadeos suspendido a su vez sobre el vaivén de las aguas.

La noticia de su muerte me ha sorprendido en la calma de un hotelito de Varenna. La señora gorda de la recepción me ha entregado el telegrama y debo admitir que he llorado. El dolor crece como por capas: el telegrama de la pérdida definitiva se ha sumado a la otra pérdida, esta vez irrevocable, de hace apenas dos meses: el rostro fresco de Blanca diciéndome que ya no, que todo se acababa, que estaba confundida, que la rutina la ahogaba. Mis brazos iban hacia ese rostro y Blanca volvía la cabeza hacia cualquier lado: hacia la ventana del comedor, hacia las revistas de la sala, hacia la terraza, hacia los helechos del balcón. Todo puede originarse en la mirada (nuestro encuentro, fulminante, en una sala de teatro, a oscuras; la risa franca, como de agrado, como de aceptación). Pero también por la mirada todo se esfuma. La mirada es la cerradura: está

abierta o está cerrada; hay paso o no hay paso.

Lo cierto es que vivo el dolor y recapitulo. No sé qué extraña fisura fue creciendo entre nosotros, fue agrandándose (había yerbajos en esa fisura). Quizás nuestra diferencia de edad (quince años), quizás nuestros intereses opuestos... Blanca me anuncia la decisión y yo me quiebro —debo decir—, me quiebro en pedazos. Huyo, desvarío, derivo. Blanca queda en el apartamento, sola, inabordable, extraña. Días después, lo descubro (o me lo dice algún amigo común): Blanca se ve con otro, un tal Luis, un joven dramaturgo, un viejo amigo que habrá reencontrado en esa vieja afición suya a las tablas (porque Blanca se veía en las tablas, se creía actuar en las tablas, vivía con intensidad ciertos parlamentos). Y yo allí viéndola (desde los inicios) volcada a la escena, presa de un raptó, sumida a fondo en aquello: la tragedia de otra mujer que podía ser (que era, de hecho) ella misma.

El tal Luis la acaricia (supongo), la besa (supongo), la posee (supongo). No quiero imaginarme su cuerpo al lado de otro (no puedo). No puedo creer (no concibo) que ese jadeo pueda ser

de otro. Y es como si ese espacio fuera solo mío, como si esa tierra sólo respondiera a mis impulsos. Lo inaceptable: saber que el terreno que tú has cultivado es ahora de otro: esas flores, ese huerto preciso, esos frutos tiernos, ese breve afán... todo ahora en manos de otro. Es lo inconcebible —repito.

Tuve que alejarme, tuve que poner distancia de por medio. Tengo ya un mes deambulando por el norte de Italia, derivando entre montañas y lagos como un autómata: la paz quieta de Bellagio, el esplendor de Cadenabbia, el tinte mostaza del atardecer en Varenna. Tomo el ferry bajo cualquier pretexto y aterrizo en otro escenario: siempre el mismo. Quisiera que mi historia fuese otra, estuviera en sintonía con lo que veo: alguna iglesia, los campanarios, las casas ancestrales, la dulce inercia de la vida lacustre. Pero lenta, amargamente, mi historia se impone en este escenario, en cualquier escenario. Cambia la escenografía pero la pieza es siempre la misma.

Sospecho que Blanca hará que Luis calce en una rutina que era mía (y esto tampoco lo puedo concebir): las idas al teatro; nuestras escapadas de

fin de semana a Carenero; nuestros jadeos salvajes, al aire libre, en Caracolito. Luis repite mi historia (mi historia anterior) y yo sólo me reservo el desenlace (es lo que no tolero). Es como un solo personaje dividido en dos, es como un solo rol escrito para dos actores: él, en los orígenes, fresco, sorbiendo de ese manantial primerizo; yo, en la muerte, tejiendo la oscura trama del desenlace.

Pero quiero retomar mi vida (más allá del fantasma de Blanca), recoger los pedazos de mi vida, rehacer mi mente disuelta en el lago de Como, esparcida sobre esta transparencia negra tan opuesta a la otra, la incisiva transparencia metálica de Puerto Francés.

Antes de viajar fui precavido. Una mano toma las llaves del auto, gira el volante interminablemente ante la carretera, cambia los cassettes del reproductor (una rutina que también fue nuestra), muestra el carnet en la entrada del club, enciende los motores de la lancha para que se calienten, tuerce el volante de la lancha hacia la bahía. Me dejo llevar por la inmensidad del mar en un ejercicio ciego, dichoso, doloroso. Viajar sin Blanca, viajar sin su breve figura, viajar sin ese abismo

portátil. Nada tiene sentido —debo decir—: ni la bahía de Puerto Francés, ni la arena tibia de Caracolito, ni el puerto remoto de Chuspa.

Me devuelvo de inmediato en un ejercicio también ciego, oscuro. Cacheteo las olas a alta velocidad. Quiero huir, no sé adónde pero quiero huir. Debo alejarme de estas huellas (las nuestras); debo buscar otro espacio, lejano, inabordable. Este escenario (el apartamento, la lancha, la bahía de Carenero) serán de Blanca pero no míos. No pueden ser míos, no deben ser míos.

Releo el telegrama y el dolor es una puntada germinal. Esperaba la noticia, tarde o temprano esperaba la noticia. Me ha sorprendido aquí, en Varenna, pero ha podido atajarme en cualquier otro lado, en cualquier otra escena. Deambularé, sonámbulo, por la ciudad todo el día. Intentaré distraerme ante cualquier callejuela, ante los brotes vegetales de los muros (otra vez las fisuras), ante el musgo instantáneo de las piedras, ante la campanada puntual de la iglesia que intenta reordenar las vidas, corregir las vidas.

Salgo del hotel, bordeo la breve bahía y me monto en el primer ferry que atraque. El sol cae

sobre Varenna bañándola de tintes insospechados. Me alejo de la ciudadela, incrustada en la montaña, como quien se aleja de un hogar momentáneo. Juego al extravío y pienso en la pulsión mayor: la muerte de Blanca, reseñada en las páginas rojas de los periódicos; el infierno de Blanca, instantáneo, radical. Ignoro si estaría con Luis, ignoro si estarían emulando alguna escena que ya yo haya representado. En definitiva, no quisiera saberlo.

Desde el ferry me hundo en la visión de Varenna —esos tintes mostaza y rojizo que el sol de la tarde destaca imponiéndoselos al azul oscuro del agua en un reflejo casi extremo. Y veo mi mano, sí, mi mano en la baranda del ferry, mi otra mano, la mano de las pulsiones menores, la veo anudando el tubo de la gasolina al cable de la batería en el último viaje a Carenero. Un cortocircuito, sí, una explosión segura. No quiero imaginarme el cuerpo de Blanca (no debo imaginármelo) sobre las aguas, sobre las quietas aguas que ahora yo navego mientras me alejo de Varenna.

MIRACA

Una tarde calurosa llegamos a Miraca. Ofelia insistía en que nos adentráramos por un camino desnivelado, de grandes huecos, que, según una señalización toda roída de la última intersección, debía conducirnos al pueblo. Añorábamos quizás encontrarnos con alguna pieza de cerámica que justificara el viaje: nos habían hablado de tres familias abocadas al oficio y con una tradición de años.

No escogimos el mejor día (ni tampoco la mejor hora). El tramo irregular se nos hizo infinito y ya cuando creímos llegar parecíamos fantasmas. El cielo crecía en un solo manto calizo que confundía todas las nubes; el sol se alargaba en una barra de fuego que castigaba las espaldas ya ardi-das; la vegetación era un simulacro que escondía un vacío mayor.

Cinco, quizás seis, eran las casas de Miraca. Casas largas, de tierra, con un cují añejo cada una, con chivos indiferentes, con niños barrigo-

nes jugando con el aire. La gente nos mira detenidamente (es una mirada que no he olvidado) y calibra cada uno de nuestros actos. Juan, nuestro hijo mayor, se baja del carro y deambula sin destino fijo; Bernardo, el menor, se extasió con un lagarto grande, verdirrojo, prehistórico.

Ofelia entra en la primera de las tres casas. Una salita oscura la recibía y le mostraba lo que había para la venta. Poca cosa, en verdad. Figuras desvaídas, sin relieve. Entra a la segunda casa bajo los ojos de una señora mayor, austera, vestida de negro, el rostro seccionado en arrugas, la mirada gacha.

Sólo en la tercera encontró algo de interés. Tres reyes magos como en la penumbra. Delineados, firmes, verdosos. Ofelia sujeta a Baltasar y la pieza le pesa en las manos. El rostro tiene rasgos definidos, humanos.

Juan había llegado a una especie de plaza cercada por barras. Algo en verdad sorprendente. Unas flores amarillas crecían aisladas bajo un riego constante. Cuatro bancos de concreto cercaban la superficie. Y en el centro, disminuido, el busto en piedra de un afamado médico, oriundo de Mi-

raca. Aquel paréntesis cívico flotaba como en medio de la nada, como una idea aislada, como algo superpuesto a la geografía calurosa.

Huimos con los reyes magos (ésa era la sensación bajo la mirada colectiva). Desde entonces sentimos que, en verdad, nunca descubrimos a Miraca. Es Miraca la que nos descubre cada vez que quiere. En las noches, cuando voy a buscar un vaso de agua, atravieso siempre la sala bajo la mirada atenta, plural, de los reyes magos.

EL NADADOR

Bernardo aprendió a nadar en Puerto Francés. Nela y yo lo observábamos viendo la superficie verdosa del agua como quien medita ante una decisión trascendental. Estaba de pie en la proa de la lancha, los brazos en jarra, dos salvavidas inflables y fosforescentes ciñendo cada uno sus antebrazos, y extraviaba su mirada hacia un punto desconocido. Esos cuatro añitos concentrados en tan breve cuerpo intentarían la proeza de tirarse el agua sin sostén alguno.

La decisión parecía tomada. Bernardo se quita los salvavidas ("las alitas", los llamaba), se acerca al borde saliente de la proa y, en un envión que todavía reproducimos en cámara lenta, se tira al agua. Cayó de culo, la espalda ligeramente echada hacia atrás, los bracitos en alto. La carita que salió a la superficie era la de una foca juguetona, vivaz, que no descansó en todo el día. Bernardo chapoteaba con soltura, movía sus piecitos bajo el agua dando patadones puntuales y apretaba los

dientes hasta romperse las mandíbulas.

Lo admirábamos. Esa evolución no nos pertenecía. Lo vimos hilar un juego con otro, una travesura con otra. Lo vimos devorando sardinas con pan a la hora de improvisar un almuerzo. Lo vimos pescando en la tarde con un carrete y tirar del hilo con los dientes como cualquier tarzán de la selva. Lo vimos desplomarse exhausto en la colchoneta del camarote como un guerrero vencido.

En el vino que nos acompañó esa noche (nos irrigaba los vasos sanguíneos de los ojos, nos volvía cómplices), Nela y yo recreamos una escena de cinco años atrás. Puerto Francés nos recibía con la misma calma de sus aguas, con su misma transparencia vertical. Nos dedicamos a pasear por la playa y a amarnos con saña en las cuatro paredes húmedas de sudor del camarote. Había algo que descubrir bajo las pieles bronceadas y admitíamos herirnos, buscar bajo las carnes la sangre que nos alimentaba.

Hemos querido creer que allí están nuestros orígenes, hemos querido creer que desde ese entonces le dimos vida al nadador.

EL FOTÓGRAFO

Puede que esté lloviendo afuera, puede que más bien esté haciendo calor. Son situaciones que ignoro, a decir verdad, desde este cuarto oscuro. Mi único señuelo es este bombillo rojo que titila día y noche. El agua está dispuesta en las bandejas y los ácidos carcomen el papel para devolverme lentamente la imagen definitiva de mis días.

Comencé con la noche —era una obsesión. La noche en todas sus facetas: rostros bebidos en una discoteca de Las Mercedes, prostitutas en la avenida Libertador, faros bajo la lluvia en una autopista, carros en movimiento, vallas de neones epilépticos, el rostro bigotudo de un barman de La Candelaria... hasta llegar a lo que considero un momento mayor, único: un caballo galopando sobre el distribuidor El Ciempiés, sí, una imagen inaudita captada como a las dos de la mañana, ya de regreso a casa. Un caballo extraviado, seguramente, nervioso, algo encabritado, sin saber si debía correr para un extremo u otro y, de repente,

bajo un faro, casi un foco cenital, el caballo se detiene, los ojos brotados, el relincho brioso, y yo le tomo la foto. La imagen recorrió revistas, exposiciones, catálogos. Una imagen, repito, mayor.

Luego fueron años de trabajo en el barrio La Ceibita. Otro horizonte, ciertamente, otro sesgo de la realidad: niños jugando con cauchos, niños bateando chapas de refrescos, una mujer apoyada en el marco de su puerta, cuatro barrigones jugando dominó, un ogro vestido de agente policial abrazando a una doncella morena de diecisiete años (ríe la doncella, ríe y no sabemos por qué), un primerísimo plano del rostro de una vieja (más que cara: arrugas, surcos en la tierra), un cerdo husmeando en la basura de una quebrada, una primera comunión (velos blancos sobre la carita de una niña)... Premios en Polonia, una mención en un salón de Austria, una portada de la revista *Photoplay*.

Dos años después, una beca me lleva a Italia. Viene entonces lo que han querido llamar el “capítulo italiano”, una exposición itinerante con dos hombres que se besan, una mujer bailando con antifaz en pleno Carnaval de Venecia, árboles desnudos en invierno, una pareja haciendo el

amor en un muelle (él cargándola por las nalgas, ella enhorquetándole las piernas a la altura de la cintura, y la mirada, sí, la mirada de la mujer que ve a cámara como en un extravío, como en éxtasis), la cara de un pescador en Nápoles, el ancla tatuada en el brazo colosal de un marinero, el rostro instantáneo de una modelo captado en el momento de darse la vuelta en la pasarela (el vestido blanco, detenido en el aire, hace las veces de un ánima que estuviera abandonando el cuerpo), dos niñas en una iglesia con sendos candelabros (las llamas recogidas en sus ojos), una viuda en Sicilia llorando a su muerto... Se publicó un libro llamado *Italia: una visión* y la revista *The Photographer* incluyó un dossier especial en su número aniversario.

Es difícil hablar de los impulsos, de los temas. Debo decir que es como un rapto: en el momento menos pensado surge como una dentellada y uno tiene que responder de inmediato. El decurso de la realidad encierra minisecuencias, apenas perceptibles, estados de ánimo que añoran un registro, un momento que les dé relieve. Es como si la realidad llamara, una bestia que llama, que gime

antes de morir. Sí, la fotografía es como la muerte, el instante justo en el que la muerte acaece. Nada será ya como es, como fue, como ha quedado reflejado allí, en ese momento preciso. Tal como un oficiante, en el silencio de mi cuarto oscuro, asisto a esas pequeñas, lentas, revelaciones de la realidad. Revelaciones que yo mismo no dimensiono en el momento de accionar el obturador sino cuando los ácidos me recomponen la imagen justa, inicial —esa muerte exacta, remota.

Últimamente me ha dado por los perros. En cualquier lado, un perro. Perros en medio de la autopista, perros en las calles, perros en los barrios, perros en los restaurantes de las playas... Tanta abundancia tiene también su reverso: los perros hinchados, destrozados, muertos. Esa carnicería precisa que nos rodea.

He comenzado a trabajar en una serie nocturna de perros. Mucho café después de cena y el carro que se enrumba casi autómata hacia los lugares más improbables. Deambulo de tres a cuatro horas todas las noches. Pocas imágenes elocuentes, difíciles de ordenar. En dos semanas de recorrido tan sólo he logrado tres fotos aceptables. Los ácidos

me las revelan brevemente: la mirada perdida de un perro marrón en un centro comercial (una miniatura ante las vidrieras de moda), un dálmata encaramado en un carro de bomberos con la lengua afuera (el animal casi lame el lente), un perro montándose a otro en el barrio de Santa Fe.

La serie —tenue, difícil— ha derivado hacia otra cosa: he logrado juntar apenas diez buenas fotos en meses de trabajo. Una noche lo descubro todo en la autopista de Prados del Este: el impacto de un automóvil contra el costillar de un perro callejero me ofrece todas las aristas. La mujer del automóvil se baja asustada: la rejilla metálica del radiador recogía los pedazos del animal. La mujer se lleva la mano a la boca y se vuelve a montar. Recogí ese instante preciso (esa muerte): la mujer agachándose a ver la mella del impacto con la mano en la boca. Los faros del automóvil, encendidos bajo la lluvia, le agregan a la foto una impresión fantasmal. Pensé que ese retrato podía ser el núcleo de la serie: trágica, urbana, nocturna. La realidad se recoge en pedazos, en esos pedazos desconocidos que la noche nos devuelve en los lugares más insospechados.

La serie me ha quitado el sueño. Es una nueva obsesión. Siento que no se agota, que más bien se desprende hacia otros caminos, cada uno más oscuro que el otro. La serie, también, me ha confundido. Ya no sé lo que hago: sólo respondo a los instintos (a los instintos de la propia serie). La serie es una criatura viviente, que dicta sus pausas y horarios, que se impone como un designio vertical, definitivo. Tiemblo en la soledad del cuarto oscuro: tiemblo de frío (he dormido poco), de calor, de ansias. La cámara me arrastra y yo soy su siervo.

Ya no quiero hablar de las imágenes, de las imágenes que los ácidos me devuelven. Son pocas, ciertamente, pero terminales. Ya no recuerdo, incluso, cuándo fueron tomadas. Aparecen así, como por arte de magia. Y yo, desconocido, las habilito, les termino de dar vida, las suspendo goteantes de los ganchos y ese goteo es el sudor propio de las criaturas, de las criaturas vivientes.

He pensado en un título para la serie: *Canes: amigos del hombre*. Simple, quizás algo estúpido. *Canes: criaturas de la noche*. Más cerca, sí, pero todavía impreciso. Y es que hay algo que falta,

que merma. No quiero concebirlo, no puedo concebirlo. Vuelvo a las imágenes de aquella noche (es lo último certero que recuerdo): la mujer bajándose del carro, agachándose, su vestido bajo la lluvia tenue, el horror de su mirada, los pedazos del animal incrustados en la rejilla, mi ojo voraz desde el hombrillo, mi ojo prosaico (vulgar) desde el hombrillo, mi ojo insomne develando el momento, deteniendo el momento. Supe que allí estaba el origen de todo, el núcleo, la razón, el alma.

Desde esa noche no duermo, no puedo dormir, no debo dormir. Saldré en unos minutos: una nueva jornada me espera. Recorreré seguramente la autopista Prados del Este, el barrio Santa Fe, tan propensos, tan prósperos en animales callejeros, descarriados, de mirada perdida. Acelero, sí, sé que aceleraré ante la visión de cualquiera de ellos para retratar el momento justo, definitivo. He hablado de la fotografía como una acción de la muerte, como el epitafio de cualquier muerte. Acorralo a un perro bajo mis focos y me precipito. Oigo el impacto del costillar contra la rejilla. Respiro aliviado. Es el momento de tomar la fotografía y puede que esté lloviendo afuera.

LA MINA

Dos palabras anudan a Germán, mi abuelo materno. Una es bígamo; la otra, republicano. Por bígamo lo tuvieron en Canarias desde que regresó de Cuba (dejó, en efecto, mujer y dos hijos en la isla caribeña) para casarse con María Morales, mi difunta abuela. Por republicano lo confundió el gendarme de turno: lo sometió a cárcel por año y medio con visitas reguladas de la familia. Entre las cuatro paredes lúgubres del calabozo, mi abuelo se jactaba de leer *El Quijote*, del que mucho tiempo después nos recitaba pasajes enteros entre el gofio y la carne con papas de almuerzos sucesivos.

La familia se ha encargado de engordar la leyenda y ya no sabemos qué de esto sigue siendo cierto. A decir verdad, nos interesa poco. Preferimos ciertamente el fulgor del mito a las llanezas terrenales.

Años después, desde La Habana, nos visitaba en Caracas su hija cubana: una mujer de sesenta

años, tierna y desdichada, que reivindicaba recuerdos que no eran nuestros: hablaba de un hombre rígido, apenas entrevisto, que trabajaba de sol a sol en el campo y que, por motivos inexplicables, dejó un día el hogar para más nunca volver. Una escuela de la provincia cubana, nos asegura la mujer, lleva el nombre de su hermano (el otro hijo de mi abuelo), un prócer caído en armas en 1957 cuya memoria ha querido preservar la Revolución.

No debo tener nombre desde que conocí a mi abuelo (es la imagen que quiero retener). No debo ser más que una criatura de diez años, díscola y vaporosa, a la que mi abuelo adopta y reeduca en cuestión de días. Nos borra el nombre de mi abuelo y nos introduce en otro mundo: el mundo de La Mina, una pequeña finca en las afueras de La Laguna que se convirtió en la guarida de sus días finales.

La Mina —venimos a descubrirlo de adultos— era apenas una lengua de tierra. Era nada. Pero bajo la tutela de mi abuelo (esa mirada que se extraviaba siguiendo el humo de su pipa) desgranábamos el universo comiendo fresas, higos,

uvas, subiendo a los pinos de la loma (era una caminata interminable), buscando la sombra de la vid que se enseñoreaba en la terraza (era el refugio de nuestros soldaditos de plomo), bañándonos en un estanque siempre a medio llenar en el que nos revolcábamos hasta extremar nuestra fatiga.

Con maestría firme y regañona, de horarios y secuencias que aún hoy añoramos, el abuelo nos reservaba para el final el cuarto de las herramientas: un foso húmedo, de olor entre rancio y vegetal, en el que siempre imaginamos una excavación de oro (no otra cosa podía ocultarse bajo el nombre de La Mina). Mi abuelo nos introducía siempre en las tardes, agotados nuestros cuerpos del estanque, y aquellas herramientas de labranza colgadas de los muros de piedra nos parecían invariablemente el presagio de una excavación, de un oficio que mi abuelo se reservaba para sí en sus horas más secretas. Cualquier orificio en la tierra, cualquier boca de túnel (por más pequeña que fuera), nos señalaba la ruta del oro y hubo más de uno que juró toparse con el fulgor de una pepita ya cuando la noche se precipitaba.

Mis primos heredaron los terrenos de La Mina

y terminaron arrendándolos. Me cuentan que durante la tragedia del aeropuerto de La Laguna (dos jumbos chocaban en medio de la neblina y esparcían novecientos cadáveres por los alrededores), La Mina fungió de centro de operaciones en el que ambulancias, patrullas y carros de bomberos estuvieron entrando y saliendo durante toda la noche.

Hoy en día, cada vez que salgo de excursión con mis hijos, la visión de una loma con pinos despierta en mí una pulsión secreta: dejo entonces correr la mirada del nieto que aún soy y busco entre los fosos de la tierra el olor rancio del oro.

LA ISLA

Veo una isla. En verdad, la he visto siempre. La isla es como una montaña incrustada en el medio de un lago de aguas oscuras. Lluve en la isla, siempre ha llovido. Y desde cualquier costa del lago, la isla es apenas perceptible. Un manto de neblina la preserva de la vista de los hombres.

La isla es de vegetación cerrada: pinos, abedules, castaños. No hay porción de tierra que se libre de un brote de vegetación. El agua baña lentamente las orillas y ya esos extremos de tierra son vegetales: musgo o líquenes sobre las rocas.

La isla es más visible bajo luna llena. Pero, obviamente, la neblina lo impide todo. Vemos apenas la cúspide, una sobretierra flotando por encima del manto de nubes.

Nadie ha intentado cruzar el lago hacia la isla. Es un ejercicio al que nadie se aventura. Prefieren verla de lejos, misteriosa e inabordable, e imaginar cualquier cosa en ella. Imaginar, por ejemplo,

una civilización secreta, insospechada, a la que nadie tiene acceso. Son las leyendas que la propia isla ha ido alimentando.

La isla sobrevive a todos los cambios, a todas las tormentas. El lago acoge con frecuencia tormentas fabulosas cuyos sucesivos relámpagos alumbran la noche de la isla con una precisión que sólo la niebla movediza recorta.

Se ignora que alguien pudiese vivir en la isla. En torno a esto, todo son especulaciones.

Hace años me he cansado de la isla, inmutable, y he preferido observar las orillas múltiples del lago. Hay costas llanas, arenosas; hay costas abruptas, de farallones negros; hay montañas cuyas faldas se incrustan en las aguas ahogando su propia vegetación desbordante.

Nadie viene a la isla porque nadie la ha visto. Desde años la habito y puedo asegurar que no he percibido signo alguno de vida en el resto del lago. Mi pulsión ha llegado a tanto que hoy en día sólo me desdoblo en las otras orillas y trato de imaginarme a alguien navegando hacia la isla. Es el ejercicio que cultivo, es la faena que me impongo cumplir algún día: llegar a la isla, verme

en la isla, ponerle feliz término a este naufragio de años.

PARA PATRICIA GUZMÁN

PÉRDIDAS

Carla no retiene —es lo que diagnostican los médicos. Queda invariablemente en estado y al cabo de los primeros cinco meses sobreviene la pérdida. Se ha tratado de todo (se ha tratado en vano con todos): cultivos in vitro, reposo en cama, fajas retentivas, píldoras de fertilidad.

Son ya cuatro las pérdidas de Carla. Su marido y ella las han llorado (más o menos intensamente) en función del número de meses. Las pérdidas han afectado también el mobiliario de la casa: cunas que no se han mecido, bañeritas sin agua, ropita que después ha habido que regalar a las amigas.

La familia ya no se atreve a nada: no se puede apostar ciegamente al futuro para luego quedarse con los regalos en la mano.

La última pérdida recayó en dos cincomesinas (“las morochas”, las llamaba Carla). Los médicos la sometieron a intensos cuidados y anunciaban un desenlace feliz. Carla amanece un día con coá-

gulos de sangre entre las piernas y toda la familia se enluta.

Desde entonces, Carla y su esposo han desistido. Han vuelto a la vida franca del hogar y han tratado de reinjertar en sus hábitos la dinámica de los viejos días. Un solo cuarto de la casa permanece bajo llave: el cuarto de las morochas.

LUNAR

Desde el inicio fuimos cuatro: Alexandra, Rodrigo, Nela y yo. La idea de atravesar la isla fue creciendo a lo largo de la ensenada pedregosa de la playa de Los Cristianos, entre cervezas alemanas y un licor llamado “vino de malvasía” que apenas nos dejaba un regusto dulce en el paladar. Los días transcurrían bajo la inercia ociosa que habíamos previsto: Rodrigo con sus fotos, Alexandra con sus revistas españolas, Nela viendo vitrinas y más bikinis y yo enfrascado en la lectura de una novela de ciencia-ficción.

La llegada a Los Cristianos —un autobús del aeropuerto nos dejaba con las maletas frente al hotel— no nos sorprendió demasiado. Ya los folletos entrevistados en Caracas nos adelantaban algunas imágenes: hoteles sucesivos al borde de la bahía, grandes zonas comerciales, restaurantes de comida rápida y algunos bares que luego visitaríamos. Rescatábamos quizás de toda esa identidad la impresión de que Los Cristianos era como

una pincelada de pintura blanca esparcida sobre el negro fondo rocoso que la lava milenaria había vuelto inmutable.

Era difícil escapar al influjo de los volcanes en Tenerife. Todo —cada paso que dábamos, cada establecimiento, cada guía turística— presagiaba los volcanes. Rodrigo y yo alcanzamos a ver en el hotel —las muchachas, aburridas de nuestra sed exploratoria, se habían ido a la playa— un documental sobre la última erupción de un volcán filmada en el extremo sur de la isla de La Palma que nos había impresionado sobremedida: la lava bajaba rauda por cauces improvisados y llegaba hasta el mar levantando columnas kilométricas de vapor. Una verdadera cocción marina, de proporciones inimaginables, que en segundos tornaba el agua fría de los peces en el infierno de una olla de presión. Hablaban vulcanólogos en el documental y afirmaban que, con esa nueva erupción, la “isla bonita” le había ganado kilómetros de tierra al mar. Tierra negra, estéril; tierra quemada, vale decir, que los campesinos ven con recelo al no poder imaginar siquiera un brote de vegetación durante siglos.

Cautivados con las imágenes, Rodrigo y yo alcanzamos a las muchachas en la playa para adelantarles nuestras experticias. Creo que allí, sobre la arena negra que el mar lamía con lengua transparente (de nuevo la presencia de los volcanes), comenzó a gestarse la idea de atravesar la isla hacia el otro lado. La ruta nos llevaría por la vertiente sur hasta El Teide (que era lo que Rodrigo y yo queríamos), volcán central de la isla y cima mayor de España, para luego bajarnos por la vertiente norte hacia pueblos pequeños y sucesivos de cuyo colorido ya nos habían hablado. Fijamos un día viernes para la excursión (era martes cuando nos decidimos) y Rodrigo y yo quedamos en hacer los preparativos. Básicamente, nos encargáramos de alquilar un carro pequeño (resultó ser un escarabajo rojo de la Volkswagen) y de llevar sánduches, frutas y agua para el trayecto.

Los dos días que mediaban se nos hicieron un poco largos. Las muchachas siguieron exponiendo sus cuerpos al sol, Rodrigo intentaba penetrar con su lente la trama de algunos farallones y yo avanzaba en mi novela con cierto desencanto (en el desorden de mi lectura inicial apenas había po-

dido retener el nombre de un tal Aldrin, el explorador de una colonia lunar). Nos distraíamos en las tardes jugando cartas y recreando cuentos de amigos comunes de Caracas. La noche anterior a la excursión —certera, inolvidable— comimos papas arrugadas, un plato típico de la isla: Alexandra se pasaba la lengua sobre la sal de sus labios y quise creer que esa imagen perturbaba a Rodrigo. La madrugada nos recogió caminando a orillas de la playa (nuevamente la arena negra) con cuentos que doblaban de la risa a las muchachas. La luna llena creaba un reflejo móvil en el agua que se aventuraba hasta la arena donde partículas brillantes la recomponían con dificultad (yo pensaba en Aldrin). Ya a esas alturas, el vino se nos había subido a la cabeza y me pareció ver la mano de Rodrigo atajando la de Alexandra sobre la poca luz que la arena reflejaba.

El viernes nos recibió con una luz omnipresente. Quisimos salir temprano (el escarabajo ronroneaba frente al hotel) para no tener que apurarnos en los pasajes que más nos interesaba detallar. Fuimos subiendo lentamente a través de los pueblos y caseríos que la ruta iba sembrando ante

nuestros ojos. Hubo allí miradas campesinas, niños con pómulos enrojecidos, hombres con chalecos negros y boinas, surcos de tierra negra sembrados con papas, zanahorias, remolachas. Una faena nos atajaba en medio del camino: camiones maniobrando frente a una cosecha mientras todo el pueblo se volcaba a extraer la papa, acumularla en sacos y montarla en los camiones sucesivos que entraban y salían. Pajonales verdes se superponían a terrenos baldíos, a muros bajos de piedras, a tres o cuatro cabras que nos parecieron extraviadas. Una ubre hinchada de vaca (retenida en un primer plano por el lente de Rodrigo) que, impávida, mordisqueaba el pasto en medio del camino, se apartó batiendo la leche en una danza saltarín bajo los cornetazos (más bien pitidos) del escarabajo.

Dejábamos atrás la tierra, la fertilidad de la tierra, para adentrarnos en parajes terrosos, más bien verticales, cubiertos en su totalidad por enormes pinos. Surge entonces acá un comentario de Rodrigo (algo leído en una guía de hotel) sobre la gran diferencia climática entre las dos vertientes de la isla. La del sur (por la que subíamos), com-

pletamente reseca desde el tiempo en que los españoles talaron todos los árboles para fabricar los barcos que se iban a América, ha sido replantada con pinos que siguen perpetuando la acidez de los suelos. La del norte, más propensa a atajar las corrientes de aire que vienen cargadas de vapor, se humedece con cada nube que la roza y hace crecer desde sus nacientes breves manantiales que van salpicando los suelos con una vegetación más variable.

Los pinos van obnubilando nuestra mirada y también nuestro olfato. Comienzan a vibrar en nuestras retinas (algún efecto cinético, sin duda) los troncos repetidos y los brazos verdes como escobas fijas. En los inicios de lo que parecía un mareo, Alexandra cree ver un mirador construido en torno a un pino inabarcable. Detenemos el escarabajo y nos bajamos a tomar aire. Un letrero de madera, clavado en el tronco del pino mayor, lo señala como el árbol más viejo de la vertiente. Alexandra, Nela y yo intentamos rodearlo en vano con la cadena humana que formaban nuestros brazos. Rodrigo guarda una secuencia de la peripécia: en una primera foto están Alexandra y Ne-

la tomadas de las manos, en una segunda Alexandra y Nela abrazando el tronco a medias, en la tercera estoy yo abriendo piernas y brazos desde el otro extremo, en la última se destaca el metro franco de tronco entre la mano de Nela y la mía (ambas estiradas al máximo) tratando de alcanzarse inútilmente.

La vista del mirador era un resumen de nuestros días. En la línea más extrema del horizonte, el mar (una lengua azul y vaporosa); en otra línea más bien intermedia, la mancha de Los Cristianos; en una tercera línea, más próxima y obtusa, los caseríos sucesivos de la carretera (planos verdes, marrones y blancos); y, por último, casi a nuestros pies, la propia falda de la montaña repleta de pinos por la que subíamos.

De acuerdo al mapa de Rodrigo ya debíamos estar aproximándonos a la cúspide. Dejábamos atrás los últimos pinos (más angostos, más efímeros) para toparnos con extensas y desordenadas superficies rocosas. No lo visualizamos hasta que una curva botó al escarabajo hacia un nuevo escenario. Era un valle de rocas, lunar, un infinito valle de rocas (y yo pensando en Aldrin) que se

explayaba a todo lo largo de nuestra vista. La visión más remota nos traía leves tonos rojizos, violáceos, verdosos; la tierra más cercana era gris, negra, blanca, color carbón, color tiza. Era un mar de lava: milenaria, quieta, petrificada. Era un océano distinto, plural, constante.

Nos detuvimos al borde de la carretera. Cada quien se dejó llevar por su propio pulso; por la libertad extrema, cruel, a la que el paisaje nos sometía. Vimos a Rodrigo escalar hacia el extremo derecho de la carretera (un ángulo quizás, buscando un ángulo); Alexandra se apoyaba de pie en el escarabajo como sumida; nosotros (Nela y yo) nos adentrábamos en el valle saltando con cuidado de roca en roca. No olía a nada el ambiente (¿u olía a todo?). Después de dejar el hálito permanente de los pinos, esto no nos olía a nada. El aire era puro (quemado, de tan puro). Era difícil imaginar que no estuvieran entrando a nuestros pulmones piedrecillas ínfimas, partículas invisibles revoloteando a través de los tiempos. Hubo silencio, central, sordo de sí mismo, apenas interrumpido por algún zumbido, el aire mismo buscando su origen, atrapado por siglos entre los

muros de roca del valle, insomne en su desvarío.

Rodrigo sentía que las fotos eran inútiles. Intentaba ángulos, enfoques, y nada lo satisfacía. De pronto, girando el foco de la cámara de un lado a otro, se tropieza con la imagen de Alexandra (suéter gris y pantalones negros sobre el manchón rojo del escarabajo). El ángulo le gusta y presiona el obturador. Pero nada más. Su vista se pierde como siguiendo los canales de lava, los tentáculos de un pulpo terrestre que despliega sus extremidades a lo largo de todo el espacio imaginable. Sigue embebido en los surcos de la tierra y alza la vista para encontrarse un cielo límpido, virginal, con apenas dos ristas de nubes —hilachas que se extinguen.

Nela comienza a recolectar piedras y a tirarlas en una canasta. La primera impresión es como la de quien toca carbón: piedras grandes pero poco pesadas. Palpa la textura dócil de una roca (no hay polvillo de ninguna especie) y siente que el corazón está petrificado. Los colores evolucionan y tras el negro carbón viene el blanco tiza, viene un gris, salta un verde esmeralda, se dilata un marrón como ferroso... Hay poros en las rocas (aho-

ra los ve), poros que son como borbotones, burbujas congeladas en el tiempo, vapores infernales que han quedado presos como un grito ahogado. Siente que las rocas transpiran, han transpirado por siglos, y que aquellos son sólo los residuos de una gran combustión.

Nos costaba desprendernos del paraje y ésa era apenas la primera impresión. El silencio creció entre nosotros (era una lenta ola que subía por los pechos) y flotaba en la cabina del escarabajo. Un frío también lento, agudo, comenzaba a entrar por las ventanillas. El paisaje no cambiaba: más bien se repetía, se hundía, se exponía a su propia desnudez, mayor, definitiva. El paisaje se desnudaba, sí, no hacía otra cosa que desnudarse. El carro avanzaba por lo único que era distinto al entorno: la carretera serpenteante en medio del lecho marino.

De pronto, a nuestra margen izquierda, como un pináculo, como una cicatriz vertical en el horizonte, la cima de El Teide. El volcán se elevaba limpio hasta la cúspide en una sola línea, en un solo trazo que remataba en su boca abierta y nevada. Un tufillo de humo, apenas perceptible, se

desprendía de lo que ha debido ser el cráter y le disputaba a las dos hilachas de nubes el telón de fondo del cielo. El Teide era color de piel de tiburón y la copa de nieve se veía chamuscada en su extremo superior por motas negras. Mientras más avanzábamos —siempre a través del valle sinuoso—, más omnipresente se nos hacía. Quisimos imaginar su cráter desde la cabina del escarabajo —un horno apenas burbujeante— y preferimos atajar el pasado remoto en el que su furia telúrica virtualmente parió toda la isla con lentas lenguas de fuego que se precipitaban quemando el mar.

Ya en la falda del volcán, justo en el punto en el que la carretera bordea la base, nos volvimos a detener: Nela aumentaba su colección de rocas muertas, Alexandra escalaba un peñasco y Rodrigo se dejaba llevar por un ramal de lava disecada que se internaba nuevamente en el valle. El paisaje se volvía aquí bipolar: en el extremo norte, la base del volcán; en el extremo sur, los escupidajos de tierra perfectamente conformados, los brazos armados que permanecían quietos y resecos tal como se fueron enfriando. Eran las venas abiertas del volcán, la sangre de esa criatura humana que

aún respiraba en la cúspide su fatiga de siglos, su expiración de milenios, el magma traído desde el centro de la tierra y expuesto a su sacrificio mayor, extremo, mortal.

Quise apartarme del grupo, quise aventurarme por un ramal de tierra que pasaba por debajo de la carretera para alejarse luego hacia el centro del valle en una ruta sinuosa, serpenteante. Quise pensar en Aldrin, sí, quise recordar la única secuencia de la novela que apenas retenía. Veía a Aldrin aventurándose con sus pesadas botas y su escafandra iluminada por un llamado mar de la tranquilidad. Lo veía dejándose subyugar por los macizos de roca que, como cuchillas verticales, diseccionan abruptamente el valle lunar. Era su primera incursión fuera de la colonia y el narrador se distrae dando descripciones del paisaje. Avanzando como un ciego, dejándome llevar por la hilera de piedras del ramal, hice que Aldrin pensara en la mujer que había tenido que dejar en la Tierra para encarar la nueva misión. El último encuentro se había dado en un paraje extraño, más bien rocoso, y Aldrin recordaba el trazo nívoo de ese cuerpo desnudo, como llamándolo, so-

bre el lecho negro de una roca. Mientras remontaba mis pasos, creí ver por última vez el reflejo de los farallones sobre la escafandra iluminada de Aldrin y pensé que la luna por sobre la que ahora caminaba era la misma que bañaba con su luz ese cuerpo absorto, deseante, que me había esperado sobre el lecho y erizado la piel.

MADAMAS

Fuimos a El Callao y no vimos nada. Sólo gente agitada, borracha, semidesnuda, celebrando el Carnaval.

Nos habían hablado de un fulgor que ya no existe, de un colorido, de una tradición enterrada de la que ni el aire preserva una huella.

En las arterias centrales, las tiendas del oro estaban cerradas con barrotes.

La gente se concentraba toda en largas y sudorosas comparsas que avanzaban por algunas calles presididas por un dispositivo de altavoces rodante. Eran serpientes humanas que evolucionaban ciegas bajo una música sórdida, altisonante, repetitiva.

Nos refugiamos en la Plaza Bolívar: una explanada de concreto, un ensayo cívico, polvoriento y embasurado, por donde habían pasado las hordas minutos antes.

De golpe, un destello de sol nos las mostraba sentadas en un banco de la plaza: aisladas, meticu-

losas, ya mayores, tres elegantes madamas se entendían en *patois* bajo el tinte negro y sonriente de sus rostros.

LAGOS

Como el agua que contienen, los lagos fluyen y se recomponen en mi memoria. Los hay grandes, inabarcables, boquiabiertos como estuarios; los hay también pequeños, breves, diseñados como estanques o contenidos como embalses. Hay una sintonía secreta con los lagos, un lazo roto. Algo que apunta a una vida primigenia en la cual seguramente nadábamos gozosos como celecantos por las aguas oscuras de la historia.

Un primer lago es el de Maracaibo. Estoy allí con Hernán pescando agujetas. Una torre abandonada de perforación, situada como a treinta metros de la orilla en Lagunillas, nos esperaba todas las tardes. Había que cabalgar con mucho equilibrio por sobre una tubería medio oxidada que unía la torre a la costa. Por supuesto que el paso estaba prohibido. Más podía, sin embargo, el influjo de las agujetas que la jurada obediencia a nuestras madres. Una tarde cualquiera veo a Hernán cabalgando de regreso por el tubo y, en un

descuido, gira sobre sí mismo (el tubo era el eje de su cuerpo) hasta quedar sujeto de las manos. No pude auxiliarlo a tiempo. Y, a decir verdad, aguantó poco: un agua salobre, aceitosa, contaminada, lo recibía de sopetón. Tardamos en sacar las manchas de petróleo de la ropa (fue un esfuerzo casi inútil) para recibir luego el regaño puntual de la madre.

Otra secuencia también ocurre en el lago de Maracaibo y tiene que ver con las jornadas de pesca que organizaba el padre de Juan Andrés. Nos adentrábamos ciertos sábados en una veloz motonave desde el puerto de Lagunillas hasta las inmediaciones del lago (no veíamos tierra desde el punto de pesca) y allí la curvina era nuestra celebración. Se pescaba por miles —grandes, robustas, mironas— y nos daba hasta para guardar en el congelador por días. Recuerdo acá de manera especial todo el empeño del padre de Juan Andrés por enseñarnos las pequeñas artes del oficio. Todo era medido: la carnada, el pulso, la tensión del hilo, la posición de nuestras manos en la caña, la manera en que debíamos arrojar el anzuelo, el amago con el que había que confundir al pez una vez que

picara... Todo respondía a una mecánica sabia que sentíamos ajena al libre albedrío del lago.

Un tercer episodio, también lacustre, me rescata en el dispensario de Bachaquero con un fuerte dolor de apendicitis. El diagnóstico parecía definitivo y el doctor Godoy, jefe de cabecera, recomienda que me lleven de emergencia a un hospital de Maracaibo. Recuerdo con precisión la travesía nocturna de mi padre (yo iba echado y mareado de dolor en el asiento trasero del automóvil) y el ferry que nos esperaba a medianoche para atravesar la boca del lago desde Palmarejo. Todo el esfuerzo no valió de nada: el doctor Godoy había equivocado el diagnóstico y, ya en Maracaibo, me trataron una simple indigestión con calmantes. Mi padre dejó de jugar dominó los sábados con Godoy y yo le quité el saludo a su hija Irene.

Luego han sido lagos sucesivos, numerosos, breves en tamaño y pocos a la hora de retener imágenes. Está el de Valencia, visto ahora desde la siembra de melones de mi tío Delio (yo me asombraba de encontrar tantos caracolillos en esa tierra fértil). Está el embalse de Guri y la reseña precisa del momento en que cerraron la represa y

comenzaron a llenar el embalse: los animales se acumulaban en la punta de los cerros huyendo de las aguas y se llegaron a rescatar tragavenados, capaces de enroscar por completo a un hombre, que resistieron durante horas el arrastre de guayas mecánicas. Está también el embalse de Camatagua, donde admirábamos la franja tricolor del pavón recién pescado, y también las lagunas negras de los Andes, donde más de una trucha ha mordido mi anzuelo.

De los lagos rescato la tranquilidad de sus aguas, esa inmensidad tan distinta a la del mar. Una inmensidad quieta, sabia, consciente de sus movimientos y de su finitud. Se puede pactar con esas aguas y diseñar dispositivos de todo tipo para unir las orillas: barcos de paseo, veleros, ferrys, lanchas rápidas.

Lo he comprobado una vez más viendo el lago de Como, esa masa de agua oscura que reposa al pie de los Alpes. Me levanto día tras día frente a sus aguas y confirmo que nada ha cambiado. Hay, por supuesto, nubes sinuosas, pasos de agua, tormentas eléctricas que generan algunos rizos en su superficie. Nada de temer, sin embargo.

Descubro que este lago puede ser cualquiera. El lento oleaje de sus aguas me recrea la caída de Hernán en Lagunillas, la curvina coleteando en el aire, la puntada de dolor en el ferry de medianoche, los melones de Valencia, el pavón de Camatagua y las truchas de los Andes.

En todos he pescado, ciertamente, y también en todos el pescado he sido yo.

LA ESPERA

El hombre abre la navaja y la vuelve a cerrar. Se asoma por el balcón. Nadie en la avenida todavía. Se vuelve hacia el sillón del periódico. Lee sobre el crimen de la italiana. Se detiene. Mira hacia el techo: descascarado de humedad. Se levanta. Se va al baño. Su cara se incrusta en el agua que retienen las palmas. Se mira al espejo: un rostro barbado de tres días. Es inútil, piensa, todo es inútil. Se vuelve al sillón. Toma el periódico. Ve la foto de la italiana: joven, bella, extrañas circunstancias.

Está cansado. Sabe que está cansado. Intenta encender un cigarrillo. La primera bocanada le arde en la garganta. Piensa, trata de pensar. Pero no logra concentrarse. No lo logra. No sabe qué hacer. Una posibilidad es no esperar más. Bajar a la calle y no esperar más. Otra es armarse de paciencia, mantenerse alerta.

Vuelve al balcón. Ve el lago a lo lejos. Ve el promontorio en medio del lago, la casa de campo.

La mañana transcurre tranquila, silenciosa. Sólo pequeñas maniobras en el puerto del lago: carros bajando y subiendo a un ferry. Las aguas lucen serenas. No entiende por qué tanta inquietud, por qué tanta impaciencia.

El hombre vuelve a abrir la navaja. Ve el filo metálico, lo tienta. La vuelve a cerrar. Camina, recorre el pequeño estudio. Vuelve, quiere volver a lo de la italiana en el periódico. Sólo que también leer le molesta, lo vuelve ansioso. Se concentra, trata de concentrarse. Ve la foto blanco y negro de la italiana. Ve esa boca, las cejas gruesas, el pelo abundante. No se lo explica.

Tiene hambre, un hambre seca, que viene subiendo por el esófago con retortijones. Busca la bolsa. Sabe que tiene dos sánduches de queso, un pedazo de torta, un melocotón, una botella de agua con gas. Toma el melocotón, lo palpa. Busca la navaja para cortar, pero no, no quiere cortar. Cree que no debe cortar con la navaja. Busca otra cosa, cualquier cosa. Al final lo muerde: una mordida franca, grande. La pulpa se le deshace en la boca. El sabor es ambiguo, sí. Es dulce pero hay un dejo de amargo en el fondo. Vuelve a

morder la carnosidad que cede bajo sus dientes. Succiona la pulpa, se da cuenta, como si quisiera extraer un jugo, como si hubiera allí un secreto. Después vienen los sánduches. No le gusta el pan integral pero esta vez lo tolera. Mastica aburridamente, perezosamente. Piensa en una vaca, sí, piensa en una vaca y se le corta el apetito. Deja el sánduche a medio morder. El otro ni lo prueba. Luego intenta la torta. Es de frutas, sí. Da uno, dos mordiscos. También la deja.

Se vuelve a asomar al balcón. Nadie en la avenida todavía. Se desespera. Va nuevamente al baño. Orina un chorro grueso, amarillento, fétido. Pasa otra vez frente al espejo. Piensa en afeitarse. Sí, eso puede ser una posibilidad: afeitarse. Pero teme que alguien llegue mientras se afeita, que llegue a la avenida, que lo venga a buscar. Descarta la posibilidad de afeitarse. Es inútil, piensa, es inútil.

Vuelve al balcón. Deja que sus ojos divaguen sobre el lago. Sigue estando allí el promontorio, la casita de campo. Vuelve al sillón, al periódico, a la italiana. Trata de terminar la reseña: un tajo seco de navaja en el abdomen, una hemorragia.

Se detiene. Busca otra vez la navaja. No sabe por qué la abre. No sabe por qué la limpia compulsivamente con la servilleta que envolvía el sánduche. Ve de nuevo el rostro: los ojos, las cejas gruesas. Todo le parece conocido, todo lo quisiera conocer.

Se echa contra el respaldo del sillón. Afloja las carnes. Se deja llevar por una lenta deriva. Siente que tiene sueño. Pero no puede, no puede dormirse. Vuelve al baño. Otra vez agua en sus ojos, agua abundante en sus ojos. Vuelve al sillón: quiere ver a la italiana, detallarla una vez más, perderse en ese enigma, en esa inacción.

Se le ocurre escribir, claro, dejar una nota explicativa. Eso bastará, piensa, eso evitará cualquier malentendido. Es sólo una posibilidad. Cree que así podría bajar a la avenida, recorrerla, comprar alguna revista. Escribe la nota: un garabato. Busca la navaja: la abre, la vuelve a cerrar. Se la mete en el bolsillo. Va a abrir la puerta, va a bajar. Pero no, mejor es que no, piensa. Se devuelve. Toma la nota, la estruja. Piensa que mejor es no dejar rastro, pista alguna.

Vuelve al sillón. Se levanta. Vuelve al balcón. Quiere perderse en el rostro de la italiana, quiere

perderse en el promontorio del lago. Nadie vendrá, piensa, nadie vendrá jamás. Nadie ha venido. Está tenso. Se abandona. Pierde el temor. Busca otro papel. Ahora sí, piensa, la nota, la nota explicativa. Escribe la primera frase: otro garabato. Tacha lo escrito. Piensa. Se deja habitar, no sabe cómo pero se deja habitar. Se ve con la italiana en el promontorio. Quiere amar a la italiana en la casa de campo del promontorio. Trata de ir al fondo de ese rostro, trata de describirlo, de poseerlo. Se siente relajado, penetra en el rostro de la italiana y se siente relajado. Avanza, avanza por un túnel, por un torbellino concéntrico. Sabe que después de amarla en el promontorio tiene que inventarle una muerte a la italiana, tiene que oprimirle la navaja en el abdomen. Desesperanzado, poseído, deja que el sentimiento fluya, deja que el garabato crezca, deja que la escritura se derrame lenta de su mano y conciba el último encuentro con la italiana. Se ve ya caminando hacia el promontorio y sabe que nadie más vendrá a buscarlo.

EXTENSIÓN DE LA CARNE

Poca cosa de mi abuelo Antonio. Apenas una camisa blanca, almidonada, de cuellos firmes, de puños sobresalientes. Todo puede ser blanco si pienso en el abuelo, todo puede ser un gran escenario en blanco. Aquella conducta, sí, aquel silencio permanente. Vida interior a borbotones, supuse siempre, o vida hueca, quizás, vida sin fondo.

No puedo ver el arroz blanco sin ver al abuelo, no puedo comer *roast-beef* sin imaginar al abuelo. Los modales eran medidos, previstos. Mi abuelo cortaba la carne pasando el cuchillo por entre algunas de las aberturas largas del tenedor como para no perder el equilibrio, el pulso. Es una imagen devastadora: el cuchillo guiándose por una de las rendijas del tenedor.

Parte de la sangre del *roast-beef* bañaba el arroz. Era una inundación lenta, nuevamente medida. No era el chorro de salsa franco cayendo sobre el montículo de arroz, no. Era una aproximación, un pacto. Yo me sentaba a verlo comer,

así de simple, yo me sentaba con los codos en la mesa y lo veía comer. Rumiaba, mi abuelo, puede decirse que rumiaba.

Lo demás era previsible: el trabajo en la ferretería (era contabilista), el periódico, los *club houses* que le traía a María Victoria (mi tía, la caprichosa), su idas vespertinas a la bodega de la esquina.

La llegada de los nietos en vacaciones transformaba su rutina, la aderezaba. Tomábamos un autobús verde en San Bernardino que nos llevaba al Centro. Mi abuelo nos hacía recorrer los sitios públicos (el panteón, la plaza Bolívar, la plaza San Jacinto, la casa de El Libertador) bajo un dictado que se perfeccionaba con cada venida nuestra. Nunca las explicaciones de los últimos paseos fueron iguales a las primeras. Hay en las últimas más información, más entusiasmo.

Un ritual era inolvidable: el paseo en carreta por las calles de San Bernardino. Un viejo señor los hacía y mi abuelo lo visitaba cada vez que nosotros llegábamos: generalmente en navidades. La carreta avanzaba lenta sobre calles que me parecían empedradas. Evoco el ruido exacto de los cascos de las bestias y entiendo por qué ese taco-

neo aún hoy me perturba. Oigo el andar de cualquier caballo y sé que estoy con mi abuelo.

Sus últimos días —ya cuando lo jubilaron de la ferretería— no fueron los mejores. Se enfrascaba en el periódico desde la mañana (me temo que leía hasta los remitidos) y a fin de tarde lo veíamos plegando esas sábanas impresas para temas preferidos. Tuve siempre la sensación de que nunca hablé lo suficiente con el abuelo (creo que también él la tuvo, creo que me esperó hasta el último de sus días). Y esa sensación la llevo como un fardo, y esa sensación no se diluye con nada.

Mi abuelo murió cuando yo tenía diecisiete años y ya vivía en Caracas. Lo visitaba poco, en verdad, sumido como cualquier adolescente en otras cosas. Lo estoy cargando todavía entre mis brazos (su cuerpo se había reducido a poca cosa) para llevarlo al Centro Médico. Fue la última vez que lo vi y me preguntó por dos de mis amigos más cercanos. Amaneció al día siguiente sin respiración: un chorro de sangre calurosa se le había metido por la tráquea. Respiró sangre mi abuelo (la sangre del *roast-beef*, pensé). Fue lo último que hizo en vida.

PARA VIOLETA ROJO

PUENTE DE NÁCAR

Papá ha querido tener acuarios toda su vida. Ha sido una de sus pocas constantes, ha sido una obsesión. En Punta Cardón, en Bachaquero, en Maracaibo, en Lagunillas, en La Haya, en Caracas... cada punto de nuestro recorrido ha cultivado un acuario. Los ha habido verticales, redondos, portátiles, empotrados... cada forma, me imagino, definiendo los períodos de nuestra vida. Así un acuario empotrado daba sentido de permanencia, de estabilidad, mientras que uno portátil (el que podría yo improvisar en mi cuarto) significaba que una nueva mudanza venía en camino.

Los acuarios también han hablado de la salud de la familia, de su bienestar. Un acuario bien mantenido, sus filtros funcionando, su carbón depurado, siempre ha sido signo de armonía; un acuario, en cambio, abandonado, los peces muertos flotando, el agua por debajo del nivel, los vidrios sucios y con musgo, ha dado cuenta de nuestros problemas, de nuestros asuetos.

De los muchos sentidos que guardan, retengo un doble aprendizaje respecto a los acuarios. El primero es externo y tiene que ver propiamente con la forma. Comenzando por la variedad de peces (los besones, las zebras, los medialuna, los espada, los bagres, los aburridos *gold fish*... todo un vocabulario que inventar, toda una genealogía) hasta llegar al universo ilimitado de lo que, a falta de mejor nombre, podríamos llamar sus implementos técnicos: el filtro, el algodón del filtro, el carbón, la arena, las piedrecillas, las algas naturales o artificiales, el constante burbujeo que oxigena el agua, la comida. Todo un ecosistema, pulcro, delicado, exigente, que hay que vigilar día y noche, no vaya a ser que un pez se nos desquicie y comience a mordisquear a los otros

El otro aprendizaje es el interno, es el que tiene que ver con el fondo de las cosas, con la intimidad. Lo que el acuario dice de nosotros, de nuestra concentración, de nuestro empeño, de nuestra dedicación. Nosotros podríamos ser los peces del acuario y cada punto de salud habla también de la nuestra.

Recapitular el número, las formas, las varian-

tes de los acuarios puede ser un ejercicio inútil, difícil, doloroso. Sería como remontar nuestra propia vida, como rehacer nuestros propios pasos. Añoro el empeño puesto en la hechura de los acuarios y deploro cuando caen en desuso, cuando los hemos abandonado. En sus aguas están, mordiéndose la cola, la vida y la muerte; el ciclo mismo de la vida, de nosotros mismos.

Las imágenes serían innumerables: desde ver peces apareándose hasta ver otros matándose a dentelladas, desde ver la inercia cromática de un guerrero japonés hasta entender el temor de un medialuna, desde ver un *gold fish* tragando y bostando granos de arena (un ejercicio que siempre me pareció cercano a la limpieza, a la profilaxia) hasta ver a los bagres recorriendo el suelo y acabando con las inmundicias de los demás (otro ejercicio de profilaxia). Así los peces, así nuestra vida.

Cada ida a la playa, cada ida a la montaña, se volvía un pretexto perfecto para fabricar o alimentar acuarios. Las algas de Borburata iban para el acuario, las piedras de Adícora también, los corales de Chichiriviche ni hablar. Papá tenía que filtrar toda la inmundicia y seleccionar lo necesi-

rio. De todo ese inventario sólo ha sobrevivido una pieza, extraña, deforme, casi un amuleto.

La encontré en Paraguaná, en la playa de Tiraya. La arena blanca de Tiraya esconde tesoros. Como todo es blanco, lo disímil reluce por sí solo. Caminaba yo buscando piedrecillas (todo para el acuario, seguramente) y un resplandor instantáneo me golpeó los ojos. Era un pedazo de concha, sin duda. Tenía algo de ostra pero también de caracol. Arqueada sobre sí misma, dócil por una cara y rugosa por la otra, la pieza tenía forma de C. Fue inútil buscarle un origen preciso: pensamos en moluscos, en guaruras, en almejas. La parte exterior de la C era toda de nácar (una grabación que iba del plateado al rosado); la parte interior, color marrón verdoso. Le llevé el descubrimiento a papá (era uno de nuestros primeros acuarios, el de Punta Cardón, y yo tenía apenas cuatro años) y la pieza no dejó de parecerle interesante.

La pieza lo fue todo: guarida del bagrecillo en Bachaquero, saliente en el que se rascaba el *gold fish* de Maracaibo, trama con la que se camuflaba el corroncho de Lagunillas, escultura viviente a la que no osó aproximarse ninguna forma marina en La

Haya y, finalmente, puentecillo por debajo del que pasaban todas las especies (de los sucesivos acuarios) de Caracas. Así la hemos preservado hasta hoy, como un puente, como un puente de nácar.

Sigue estando allí la pieza, en el acuario de hoy en día, en casa de mi papá. La veo cada cierto tiempo, me la topo cada cierto tiempo. De Tiraya a Caracas, pienso, toda una vida concentrada en la pieza. A veces goza de salud (cuando mi papá se empeña en cambiar los filtros y los peces lucen y nadan con vivacidad) y a veces la encuentro oscura, olvidada (cuando nadie mantiene el acuario y la suciedad va empañando la claridad del agua). Pero siempre allí, de día y de noche, en la limpieza y en la suciedad, la única pieza que ha sobrevivido a todo, a todos los peces, a todos nuestros hábitos, a todos nuestros empeños y a todos nuestros olvidos.

Quisiera recuperar ese amuleto de mis cuatro años, de toda mi vida. Pero pienso que ya es tarde. Viviré, regresaré a casa, moriré, y siempre habrá un pez bajo el puente de nácar.

PARA BLANCA STREPPONI

RETRATO HABLADO

Cuesta creer que las cosas sean así. Cuesta creerlo. Siento que a veces no soy nadie. Me explico: siento que a veces sólo soy lo que veo. De allí que nada me asombre más que un espejo (o una foto): me revela de pronto mi presencia, una existencia. Me doy cuenta allí, de inmediato, de que soy alguien, de que no soy sólo vista, de que no puedo ser sólo mirada.

Nada mejor entonces que caminar a solas por un parque, por una callejuela cualquiera, alrededor de una fuente, viendo las cosas, el deambular de las cosas, el reposo de las cosas. Soy en lo que veo (ésa sería como la fórmula). Una especie de mirada omnisciente, sí, diríamos que cuasi celestial, que derramo sobre las cosas (o que se derrama a través de ese paseante inconsciente que soy). Claro que todo esto se viene abajo cuando descubro el reverso de la realidad: el hecho de que yo también soy visto, de que yo también pueda ser la víctima de alguien que está procediendo exactamente igual que yo.

Vienen esas reflexiones a colación por algo que me sucedió recientemente. Lo puedo resumir de manera burda. Un viernes, a las cinco de la mañana, tenía que salir de negocios hacia Valencia. El viaje estaba apuntado en mi agenda desde hacía días. Llego cansado a mi casa el jueves en la noche, ceno, y se me ocurre revisar la camioneta antes del viaje. Las cosas esenciales, sí: gasolina, aire en los cauchos, aceite de motor. Al levantar el capó, descubro que me falta la tapa de la batería (algún acomodador de restaurante o de estacionamiento la habrá extraído como repuesto: algo tan común en Caracas). Me asomo y, al imaginar el líquido ácido dando tumbos por toda la autopista, entiendo que debo encontrar una tapa de reemplazo a como dé lugar.

¿Dónde buscar una tapa de batería un jueves a las ocho de la noche? Sólo sé me ocurre pensar en una cauchera de la avenida Solano, un poco más allá de Chacaíto, en la que alguna vez recalé de noche con un neumático desinflado. Me parecía recordar un letrero en el local que aseguraba su funcionamiento las veinticuatro horas del día y le pedí a Julieta que me acompañara en ese recorrido

trivial. Atravesamos la ciudad desde La Urbina y, al llegar, vimos que la santamaría ya había sido bajada. Una luz en el interior me hace pensar que puede ser que todavía haya alguien adentro y le pido a Julieta que se asome y averigüe.

Es aquí donde todo se invierte, donde dejo de ser el observador habitual de las cosas. Me hubiera gustado abordar la secuencia desde el otro lado, desde el lado del agresor, y decir por ejemplo: “Tenemos unos culos esta noche y necesitamos la camioneta”. Pero es una secuencia que se me escapa. Trato entonces de ubicarme en otro plano, quizás en el plano de un observador omnisciente, para atajar la situación. Quiero decir que no soy yo la víctima; quiero decir que me narro en esta oportunidad, que me veo desde afuera.

Siento un revólver en el costillar izquierdo (el hombre lo siente, sin duda). Sí, éste sería el comienzo del relato: siento el revólver en el costillar y me doy cuenta de que me han abierto la puerta de la camioneta (yo miraba a Julieta hablando con el mecánico de la cauchera que ya había salido a atenderla). Siento el revólver en el costillar y el hombre (es un muchacho de unos

veinte años) oprime el cañón contra mis huesos indicándome que debo pasarme para atrás. Lo hago de inmediato y, en el movimiento, dos muchachos más se montan: uno se coloca en el puesto del copiloto y el otro detrás, conmigo (este último fue el que vi). El de atrás (también un muchacho) me incrusta otro revólver en el costillar y me exige que no lo mire a la cara, que sólo mire al suelo. Yo miro al suelo, juro que miro al suelo mientras el hombre me grita que le diga a Julieta que se monte en la camioneta. “Si no, carajito, te quemo, te quemo aquí mismo.” Esa es la frase, sí, esa es la frase que permanece en mis oídos.

Hay una secuencia que es difícil de recrear, sí: yo gritándole a Julieta que, por favor, se subiera al carro y, simultáneamente, Julieta apartándose del carro. Son sólo fragmentos, vale decir, pedazos que no puedo anudar. Los pedazos serían muchos. Pero está, en primer lugar, Julieta, sí, el rostro de Julieta, entre angustiado y firme, Julieta temiendo por mi vida pero, a la vez, entendiendo que no podía subirse, que no podría hacer nada. Se aparta entonces Julieta (todavía se está apartando: es una imagen que no me abandona) en cá-

mara lenta. Se aparta con decisión y el hombre, al ver la situación, vuelve a gritar “te quemo, carajito, si no se monta te quemo”. No sé ya en qué momento Julieta (el rostro de Julieta) desapareció, dejó de ser un reflejo en mi ventanilla.

Estamos en la Solano (en la memoria, no hemos salido nunca de la Solano), avanzamos por la Solano. El muchacho que maneja da aceleradas fuertes y frenazos repentinos por entre el tráfico de la Solano. La marcha es epiléptica. El muchacho me pregunta si la alarma está activada: le digo que no está activada. El muchacho me pregunta por los papeles del carro: le digo que están en la guantera. El muchacho me pregunta por qué Julieta no me obedeció: le digo que mejor así, que mi mujer es muy nerviosa. “¿Quién manda en tu casa, carajito?” Es una pregunta que no supe contestarle, que no he sabido contestarle.

Es inútil proseguir: decir que de la Solano llegamos a la plaza Venezuela, que después subimos a la Andrés Bello, que luego empatamos con la Urdaneta (los guardias de Miraflores impávidos), que seguimos hasta la San Martín, que cruzábamos el puente de Caño Amarillo... Y allí, en ese

punto, de golpe, en el extremo del puente, me piden que me baje de inmediato. “Rápido, carajito, rápido.” Es la orden que retumba en mis oídos.

¿Qué sentido tiene recapitular todo esto? No sé. No me lo explico. Es por el tiempo, supongo, por la medida del tiempo. El tiempo se angosta en estas situaciones, se vuelve polvo. En definitiva, no recuerdo nada. Fueron cuarenta minutos en la nada. Yo me calmaba, sí, yo trataba de tranquilizar a los tres muchachos, visiblemente alterados. Pero lo hago en el vapor. Mi recuerdo es como un vapor, como un estado de la inconciencia.

El desenlace (si es que puede hablarse de desenlace) se lo he contado a mis amigos: a los cinco minutos me recogía una patrulla policial que pasaba por el puente de Caño Amarillo. Los hombres me llevaron a la primera comisaría que encontraron y allí me pidieron que los ayudara a hacer un retrato hablado. “No recuerdo nada”, fue lo primero que le dije a la mujer oficial que dibujaba. “Bueno —corregí—, recuerdo una de las caras, el muchacho que iba detrás conmigo, franela azul, pelo corto, ensortijado, pegado al cráneo, cara morena, clara, larga, bigotes incipientes, cuatro

barros en la frente...” Un orden que alteraba en cada una de las cinco descripciones que hice, una rutina que le repetía a la oficial.

El punto es que quisiera verme desde afuera. O, en otras palabras, que sólo me vi desde afuera en esta historia. El que está adentro no soy yo, no es esa víctima nocturna, a punto de ser asesinada en su propio carro. El punto es preguntarse cómo fluyó la historia, cómo se impuso. Desde el momento en que me abrieron la puerta, dejé de ser yo. Yo, repito, me veía. Y sólo así, creo, pude salvarme. Sobreponiéndome a la situación, extrapolándome de la situación. Veo la escena, sí, como un pequeño dios, como un dios portátil que ahorra, anuda, estrecha, alimenta las secuencias, les da sentido.

Recompongo el rostro del muchacho cada vez que puedo. Pero es un rostro equívoco, móvil. Cambia cuantas veces yo quiera. Es un retrato hablado, sí, y cada descripción es distinta, cada vez que hablo el rostro es distinto. El narrador no tiene alternativa, el narrador reconstruye la visión cuantas veces quiera (en paseos, en fiestas, cenando con los amigos) y la víctima —que también soy yo— sufre, ha sufrido, siente todavía el revólver en el costillar izquierdo.

PALOS DE CIEGO

Todo comienza en el párpado de Armando. Todo comienza allí. Tiene una picada el párpado, una picada de avispa, y el párpado crece, crece, se hincha. Tiene un sobrejo, Armando; ve doble, o no ve del todo.

La avispa nos hace recapitular en instantes, sólo en instantes. Estábamos recién mudados a Santa Sofía y se nos ocurre subir el cerro que se extendía detrás de la casa. Y mamá: “el cerro no; para el cerro no”. Y nosotros, secretamente: pues al cerro. Caminata lenta, variable, algo peligrosa: Armando, yo y algunos nuevos amiguitos del vecindario.

En medio de los matorrales —secos, espinosos, grisáceos—, alguien pisa el panal y salen disparadas las avispas. Corrimos como pudimos, con las nalgas por tierra cerro abajo, levantando una nube de polvo. Éramos un río humano bajando por un cauce inexistente. Y la avispa, claro, la avispa certera clavando su aguijón en el ojo de

Armando, la avispa allí, recóndita, puntual, como respondiendo a un designio, al llamado de empañarnos el día. El aguijón nos hace tragar saliva gruesa, nos descompone, nos proyecta a un territorio desconocido en el que avanzamos dando manotazos.

Todo es párpado, repetimos, un párpado rojizo, creciente. Un chichón de párpado. Y nosotros, claro, en medio de los matorrales, lejos de la casa, escapados de la casa.

El párpado era mío (esa era la sensación). El párpado me llamaba. Armando, mi hermano menor, a estas alturas no hace sino llorar y yo siento que debo responder por ese párpado. Lloro Armando: no de dolor, creí; más bien de miedo. Un miedo que lo atraviesa, que lo hace agarrarse de las cosas: se agarraba de las matas (algunas con espinas), se agarraba de la tierra, se agarraba de mis brazos. El miedo puro, el llanto puro. Un párpado hinchado en esos ocho añitos.

Bajamos. Teníamos que bajar del cerro. Los amigos, a todas éstas, se habían ido, habían desaparecido en la fuga. Sólo Armando y yo. Sólo Armando, yo y el párpado (creciente). Nuestra

miseria era doble: el párpado, claro, pero también la respuesta a la madre (“para el cerro no”).

Llegamos a la casa (yo tapándole la boca a Armando para que no llorara, para que no gritara) y ocurre el milagro. Voy a la nevera, saco un limón y exprimo un chorro lineal sobre el párpado de Armando. El párpado cede, sí, va cediendo. El párpado se desinflama lentamente. Una acción retráctil, un músculo que se recoge.

Volvió a la vida Armando, volvió a la vista. El párpado todavía enrojecido, sí, pero ya en su sitio, pero ya no desorbitado.

Vimos después el mundo de otra manera: ya sin veneno, ya sin aguijón. Armando quizás no lo recuerde, pero ese día aprendió a ver.

SOBERANA

De Irene, sólo su foto. La vemos allí, con carita arrugada (el sol quizás), con un gran vestido blanco (pliegues y más pliegues) que le cubría las piernas y una corona que se ladeaba en cada movimiento de cabeza. Estábamos en Carnaval e Irene fue nuestra princesa sonriente.

El problema fue, cómo decirlo, el príncipe, la elección del príncipe. Se paseaba la señora Sánchez, directora de la escuela, por todos los salones y no encontraba al candidato. Mucho muchacho estropeado en el Bachaquero de aquel entonces: mucha cicatriz, mucho sudor, mucho olor a mono.

Por estricto descarte, la elección recayó en mí (sumé mi cara arrugada a la de Irene). Estamos, pues, allí, los dos posando para la historia, dos cagarrutas de ocho años, con todo el séquito alrededor (pajes y más pajes), con papelillo y serpentina.

Para esa época, el agua todavía no capitalizaba el sentido del juego. Diríamos que acentuábamos ese ejercicio monárquico como por

añoranza: se alargaba el desfile, el saludo de las delegaciones, e Irene y yo con la cara arrugada.

La foto me permite reconstruir el episodio y quizás nada más. El resto (lo que no aparece allí, algo que podríamos llamar el futuro) no lo conocemos, nunca lo sabremos.

Quise seguirle el rastro e Irene, a la hermosa Irene, soberana. La última noticia, de hace años, me habla de su grado de médico en la universidad del Zulia.

La carita arrugada contenía su futuro y supongo que muchos de los enfermos que aún hoy la buscan quedan cautivados por sus maneras reales.

LA CHINA CHEN

Este es mi rostro. Lo veo con frecuencia en el espejo, lo veo detalladamente en el espejo. Soy la confluencia perfecta de mis padres. Aquí todos los rasgos desembocan, todas las diferencias. Estos ojos, por ejemplo, no son de ninguno de los dos; son de ambos: el azul del iris lo heredo de mi madre pero este párpado recogido en el extremo es, sin duda, una evocación oriental.

Mi padre es un experto en políticas públicas y mi madre se ha especializado en la situación de las viudas en la India. Ambos son profesores de la universidad de Harvard y ambos se conocieron allí siendo estudiantes.

Mi padre, Edward Chen, es norteamericano de origen chino; mi madre, Elizabeth Rutherford, es una súbdita británica. Superpongo sus rostros en uno solo y esa operación me parece imposible, infinita. Mi padre tiene rasgos definitivamente achinados (aunque no hable chino), pelo negro y lacio, textura baja, piernas algo arqueadas. Mi

madre es la reencarnación de la palidez (mucho colorete en las mejillas), su nariz es recta, su cuerpo estirado, su pelo rubio (un mechón le nubla permanentemente los ojos).

Pero de esos dos rostros, superpuesto, adherido, único, está el mío. Tengo un poco de todo; los tengo a los dos. De mi madre, la altura, la esbeltez, los ojos azules, la tez nívea. De mi padre, el pelo lacio, largo (una cascada negra); los pómulos salientes; la mirada oriental, lejana.

Mis amigos cercanos me llaman la china Chen. Estudio danza contemporánea y también me gusta la fotografía. Esta flexibilidad de mi cuerpo, creo, se la debo a los tejidos de mi padre (mis profesores no hacen más que hablar de la flexibilidad de mi cuerpo). Este rostro recóndito que cautiva a más de uno, esta fusión perfecta, se la debo a mi madre, es la regeneración del rostro exangüe de mi madre.

Crezco hacia adentro, me veo en el espejo y crezco hacia adentro. Me gusta el silencio, lo hondo y vertical del silencio, y entiendo ahora por qué también tú te has quedado callado viendo mi fotografía, piedra que cae lenta en el agua.

RÍO DE SANGRE

Las cosas parecen no tener nombre en Canaima. Este río, esta laguna que se forma, el salto de más allá... nada tiene un nombre específico. Es la selva, me digo, la selva sin nombre. Y quién sabe si allí resida precisamente el encanto de la selva, la atracción de la selva: en ella todo pierde sentido, en ella perdemos el sentido.

La idea del viaje fue del tío Delio (y habrá que agradecersele de por vida). Una idea simple: pasarnos tres días, un fin de semana largo, en el campamento vacacional de Canaima. Algo planificado, con collarcitos, monos cautivos y excursiones. Tres días de gloria, vale decir, tres días en que todos los primos (Ana, Carlos, Arturo, Germán y yo) perdimos el nombre.

Estamos ya en el avión rumbo al paraíso y el piloto anuncia la pronta aparición del Salto Ángel por nuestro flanco izquierdo. Lo vimos, entre nubes lo vimos. La imagen aparecía y se borraba (como en un sueño). Una imagen intermitente, un

señuelo que nos indicaba que estábamos y no estábamos en la realidad. El Salto Ángel se nos ofrecía por pedazos: el hilo de los inicios, el cuerpo que luego se angosta, la trama milenaria y colorida de los suelos, el vapor del final de la caída (una nube más para nuestro sueño). Y de pronto, en un nuevo giro del avión, esta vez sí, la desnudez franca, altiva, prehistórica, del salto. Algo en nosotros entendía a cabalidad que entrábamos en otro mundo y que esa infinitud de allá abajo nos abrazaba como sus nuevas criaturas.

Llegamos a Canaima con la cadencia del salto, sumidos en el asombro del salto. El campamento era lo previsible: indígenas con collaritos en la pista de aterrizaje (una estampa aborrecible: “Welcome to Canaima”, nos decían), cabañas sembradas a todo lo largo de la colina (¿llamar colina a este asentamiento, a este ensayo urbanizador en medio de la selva?), una churuata central que hacía las veces de comedor, el estruendo del salto más allá y, en lo bajo, móvil como una revelación, la laguna frente a nuestros ojos, plácida y a la vez engañosa, con remolinos ocultos que se llevaban a más de uno hacia la selva sin nombre.

Lo primero fue el color del agua: ese negro específico, que se degradaba entre nuestras manos hacia el rojo, hacia el marrón, hacia el mostaza, hacia el color de la orina. Un color único, inolvidable, como de roca desgastada; un aliento profundo, suponíamos, lleno de tintes ocultos, secretos. Nos sumergíamos en esa agua como esponjas, buscando llevarnos algo de los pigmentos del lecho, buscando que nuestros poros se abrieran lentos como plantas carnívoras y dejaran de ser poros (perder el nombre), se convirtieran en otra cosa. Horas en el agua, como renacuajos, como batracios hartos y contentos, pero también como toninas, sí, toninas de agua dulce saltando en el esplendor de las formas.

La laguna tenía la forma de una interrogante y nosotros nos bañábamos en la curvatura superior. Éramos una pregunta en medio de la selva, una corazonada, un pretexto. El agua se arremolinaba alrededor de árboles muertos que mostraban sus troncos a flote como esqueletos. Eran vestigios de una vida pasada, de una falsa resistencia: árboles lavados como boyas flotantes, como maderos de un muelle extraviado que ya sólo servían para bi-

furcar la corriente del agua. Desde el principio supimos que no podíamos adentrarnos hacia lo hondo: apenas perdíamos el pie, la corriente nos arrastraba con decisión. Jugamos también a ese miedo: llegar hasta ese punto de equilibrio en el que la corriente nos podía llevar.

La segunda jornada también había sido anunciada. Se llegaba hasta un borde de la cascada y, con cuidado, por un caminito angosto, se pasaba por detrás de la cortina de agua hasta llegar a unas cavernas breves que la misma erosión del salto había ido formado a lo largo de los siglos. Era un vértigo, un paso más hacia el extravío definitivo. Permanecimos allí, por horas, acucillados, sentados como podíamos, viendo y oyendo el estruendo. No se podía hablar: el sonido era omnipresente. Sólo nos veíamos y sonreíamos, cómplices. Germán improvisó una varita y extendía el cabo hacia la caída de agua. En milésimas de segundo, la corriente le arrancó la varita de las manos, pulverizándola. Teníamos a la muerte enfrente: recia, incólume, sonora, constante. Y la encarábamos, le decíamos con nuestro lenguaje de entonces: “Tú allá, que nosotros siempre aquí”.

El ruido de la cascada podía llegar a ser el silencio (de tan constante). Era un ruido sin sobre-
relieves, adosado a nada, infinitamente continuo. Era también el silencio de la muerte, pensábamos, un silencio quieto en el que se dejaban oír distantes quejidos, almas en pena. A la vuelta, como un reflejo que sigue vibrando en la retina, el ruido seguía en nosotros. Era un zumbido en nuestros oídos. El hilo sonoro nos acompañó durante el resto del día recordándonos algo, prefigurándonos algo. Esa noche, al abrigo de la cabaña, fue inevitable que cayéramos en cuentos de aparecidos. Recreaba yo una escena exacta, verosímil, de una noche en Lagunillas. Haberme levantado de la cama para ir a tomar agua, haber puesto mis piecitos en el suelo, haber visto la mano franca, callosa, con nudillos, que me sujeta el tobillo para que no me vaya. Desde esos días, sé que alguien duerme bajo mi cama: es un *álter ego*, es mi contraparte, es la criatura que hoy encuentro en la cascada.

La tercera jornada fue la definitiva. Nunca más fuimos los mismos a partir de ese día. La selva nos suspendía, nos hacía flotar, nos empequeñecía, nos volvía insignificantes, partículas de un

todo, nos creía lianas, serpientes, fieras, espíritus a la deriva. Teníamos que remontar el río que caía en la cascada. Nos íbamos por una de las orillas, río arriba, para embarcarnos en una curiara con motor fuera de borda. Un indio bajo, recio, con camisa rosada, era el guía. Apenas hablaba: se manejaba con monosílabos y gestos rígidos. Levantaba de golpe el brazo y señalaba algo: un tepuy, una isla en el medio del río, una caída de agua lateral.

Fuimos cayendo en esa maravilla compacta, resumida, hecha para nosotros, tibios animales urbanos. Fuimos cayendo en esa ensoñación vaga, vaporosa, que nos iba ocultando el nombre de las cosas.

Remontar la corriente del río significaba perdernos, adentrarnos en busca de los orígenes. El río se estrechaba en cada avance que dábamos. Lo único que sobresalía en el horizonte era el Auyantepuy, nos decía el guía, el flanco trasero del Auyantepuy: un muro todo de piedra (marrón, gris, negro, rojizo) que se levantaba como una columna de aire en medio de la selva, un movimiento abrupto, voluntarioso, de querer cortar el

horizonte, de imponerle un límite al horizonte. Un sol en la tierra. Era nuestro único punto de orientación, nuestra única referencia.

El guía se acerca a la ribera del margen izquierdo y decide hacer una breve escala. El sitio nos descubre una cascada veloz, lineal, espumosa, que se precipitaba por tres niveles sucesivos de lajas para recogerse más abajo en un pozuelo profundo cercado de piedras. Fue nuestra fiesta del día. Las lajas eran toboganes naturales por los que nos deslizábamos ebrios hasta caer con todo el peso de nuestros cuerpos en el pozuelo... Una diversión instantánea, cautiva, que nos reconcentraba en nuestros miedos; un abreboca que la selva nos ofrecía tibiamente, como para que fuéramos tomando confianza en las formas que no conocíamos.

Dejamos la cascada y retomamos la travesía. El río se iba encogiendo en un cauce estrecho y el negro de sus aguas se hacía más cerrado. Un espejo de cuarzo, pensamos, un espejo impenetrable. De pronto, majestuosa y serena, una culebra de agua atravesaba el río. El guía levanta el brazo de golpe y señala más allá, hacia adelante. Vemos una cabeza altiva, sobresaliendo del agua, y, más

atrás, como perturbando la superficie, las ondas sucesivas del reptil. No quisimos imaginarnos el tamaño (es una conjetura que hemos dejado para la especulación de nuestros días, cada vez que los primos nos reencontramos), pero en nuestros recuentos la hemos visto siempre grande, enorme, anudando una margen con la otra. Hemos soñado con la imagen de esa cabeza en el medio del río. Una imagen recortada, espléndida, momentánea, que nos resume la travesía como una idea fija.

Llegábamos a la isla prometida, fin de nuestra jornada. El guía se reservaba en ese punto la preparación de un almuerzo. Era, en efecto, una isla, una especie de cuñeta que bifurcaba la corriente. Nos recibía un punto de la isla, apenas una ribera arenosa, donde la vegetación hacía un claro. Era una guarida (otra guarida) para nuestros miedos, era el espacio perfecto. Estuvimos allí, merodeando, confiscando cada pedazo de islote, reconociéndolo: dos piedras altas, la arena amarilla bajo las aguas, otro pozuelo más allá en forma de aguamanil, una vegetación próspera, incitante, que crecía hacia adentro, allí donde la isla se abría.

Nos apartamos Germán y yo, nos fuimos co-

mo rindiendo, como sumiendo en un juego extraño, definitivo, mientras el guía juntaba unas brasas para asar un pescado empalado. Era como un rapto. Los inicios eran una bendición: una vegetación baja; pajonales dispersos, crecientes, entre troncos caídos; arbustos del tamaño de una persona que proyectaban una primera capa de sombras; un segundo nivel intermedio de arbustos medianos, como de dos a tres metros, que crecían a expensas de la protección de los primeros; y un tercer nivel, rastrero, más nuestro, donde evolucionaba con total libertad una vegetación variada y acezante.

En un momento dado, todo llegaba a ser vegetación. No veíamos el cielo: apenas las copas protectoras de los árboles más grandes. La luz entraba en haces por las rendijas libres que dejaba el follaje, túneles tubulares que ahuyentaban las sombras. La isla invitaba y nos fuimos apartando de la ribera. Fue un juego de espadas lo primero: dos varas que Germán había improvisado con su navajita, una esgrima precaria que elaborábamos creyéndonos dos mosqueteros de la selva. Pero de esa escaramuza pasábamos a otra, a una expedi-

ción secreta que debía rescatar a una doncella en el medio del bosque. La selva nos invitaba al inicio por senderos visibles que nos facilitaban el avance. Abríamos nuestras piernas para saltar los troncos caídos o algún matorral indescrible hasta que, poco a poco, sin que nos diéramos cuenta, estábamos en el corazón de los grandes árboles y ya varias lianas colgantes nos peinaban las cabezas.

Fue el momento mayor, el de la pérdida, el de no seguir avanzando, el de reconocer que habíamos extraviado todo rastro, el de sentir que éramos dos criaturas más dentro del bullicio. La selva respiraba, latía, Su corazón debía estar en alguna parte, un infierno rojo, una gran fogata subterránea, crepitando bajo nuestros pies. Nos detuvimos, nos detuvimos en el medio de nada, en el medio de todo. Nos sentamos en un tronco caído, grueso, el manojito de raíces elevándose tres metros por encima de nuestras cabezas, todavía con pedazos de tierra colgando como bolsas de agua suspendidas. Sudábamos profusamente y nuestra respiración era un palpito. No hacíamos nada: sólo esperar, observar. En verdad, no está-

bamos asustados. Era apenas una tregua, nos decíamos, un breve descanso que nos permitiera reiniciar la empresa: salvar a la doncella, cautiva en manos de algún espíritu de la selva.

Costaba creer que estuviéramos en el medio de una isla. No se percibía el menor rumor de agua corriendo. Sólo el murmullo de las criaturas, de todas las criaturas, su respiración acezante. Un chisporroteo preciso, como de hojarasca quebrándose, en el horizonte medio de nuestros oídos. Nos oíamos a nosotros mismos: el crepitar del corazón, mínimo corazón en medio de la inmensidad, un tuntún cálido, encabritado, galopando por las venas que nos irrigaban los cuerpos, la sangre llamando a otra sangre, la sangre queriendo reencontrar un flujo mayor, abierto, totalizante, ríos confluyendo hacia una gran matriz de sentido, el origen sanguinolento de las aguas. Éramos un vaso capilar, una arteria, un caño de esa gran circulación de la sangre a la que todos nuestros líquidos contribuían: la saliva reseca en el paladar, el sudor pegoso de nuestra frente, la orina contenida en la vejiga. De pronto, como respondiendo al llamado, Germán abrió su bragueta y

orientó el chorro hacia la base del tronco caído: el flujo amarillento fue desprendiendo partículas de madera podrida, hinchando el hoyo de los hormigueros, creando inundaciones momentáneas para seres minúsculos, invisibles, fermentando los suelos, abonando los suelos, reencontrando la circulación secreta de los suelos.

Una mano rígida me sujetaba el hombro. Era el guía de camisa rosada, cansado ya de buscarlos. Volvimos a la ribera por otro sendero para encontrarnos luego con los primos y el tío Delio. En medio del pescado y el casabe fue difícil hablar de lo que habíamos sentido. No era la doncella (nunca la encontramos), no era el extravío sin nombre. No. Era algo más, algo indefinible de lo que todavía hablamos sin tregua. Era la pérdida sin límites: la selva extraviada en nosotros y nosotros extraviados en la selva.

Con el tiempo, he querido sentir en la mano rígida del guía sobre mi hombro la misma intensidad de la mano callosa que me sujeta el tobillo en Lagunillas. Es la misma mano la que me sujeta, es el mismo ser. Sé que una selva secreta, recóndita, respira bajo mi cama.

MIGRACIONES

Ninguna invención mayor a la del pato, ese contrapunto en el que la naturaleza ha fundido todas sus variables. Un organismo perfecto, una mecánica. Patas para nadar, alas para volar, picos para desgranar. Y no hablemos de sus ejemplos extremos: pasamos de lo excelso del cisne (un pato que, en definitiva, repudia el agua) hasta una variante sólo vista una vez en Bérgamo, Italia, especie de gallina con cejas rojas a la manera de cartílagos cuya mirada no dejó de agredirnos durante horas. Toda la variedad, repito, concentrada en una sola especie.

Quiero volver a ver al niño de diez años que en La Haya cultivaba su especie predilecta: un organismo compacto, de plumaje negro y penacho verde tornasol, que se humedecía sin mojarse, chapoteaba con elegancia y se precipitaba sobre el agua sin mayor revuelo. Buenos nadadores, mejores caminantes y vigías de los cielos, estos patos se concentraban en invierno y se esparcían en verano.

El niño los iba a ver religiosamente a un canal cercano a su casa todas las tardes de invierno. Era un espectáculo notable observar a los animales nadando en el medio de las aguas congeladas y sacudiéndose los copos de la nieve que caía interminablemente.

La impresión que guardo es la de que ese niño también era un pato. No sé cómo explicarlo. Cada juego, cada travesura, recreaba la versatilidad de los patos; emulaba esos vuelos bajos, rasantes, esos aleteos, esas sacudidas. Yo lo veía nadar en esa agua guía, gélida, con su penacho verde tornasol, chapoteando por entre los pedazos flotantes de hielo que ya la primavera desprendía.

Era su respuesta al clima, a la adversidad.

Los patos no tienen nada que perder —piensa el niño de hoy mientras camina por las calles de cualquier ciudad. En su empeño —invariable—, los va proyectando en cualquier estanque, en cualquier recodo de agua, en cualquier fuente pública. Los ve, los imagina, y ya ese ejercicio es como tener un buen augurio del tiempo.

No tiene historia el niño y, en definitiva, no importa. Tiene a los patos, tiene la autoridad de

los patos, tiene la llave para migrar por los cielos.

Ya oculto, ya sin voz, el niño —que no es otro que yo— busca volver a ese cuac-cuac definitivo, liberador.

LA RÉPLICA

A cabo de envenenar a Victoria. Su cuerpo yace allí, quieto, alargado sobre la cama, un brazo en alto con la palma abierta sobre el vidrio de la mesa de noche, un hilo de brandy naciendo desde la comisura derecha. No veo sus ojos entornados hacia adentro. Estoy todavía en la salita de su apartamento. Es de noche y no sé por qué escribo estas líneas. Miro hacia la avenida, hacia la lámpara, hacia los objetos, tratando de aclararme yo misma las cosas. Pero es inútil. Sé que debo llamar a la policía, sé que no debo tardar.

Nací en San Lorenzo, estado Zulia, hace exactamente treinta años. Mi padre fue obrero petrolero; mi madre, cocinera en un restaurante de Ciudad Ojeda. Nos criamos dando saltos a todo lo largo de la costa oriental del lago. Tamare, Tía Juana, Cabimas, La Salina, Lagunillas... cada uno de esos nombres me evoca circunstancias específicas, imágenes puntuales. Mi hogar fue humilde, para qué dudarlo. Pero a partir de esas formas es-

cuetas, precarias, mi padre se esforzaba siempre en urdir una trama, un orden cuya inspiración se le escapaba, un diseño que obedecía a impulsos ocultos y que él siempre trataba de instrumentar con rigidez. Sus maneras eran como la cáscara del sentido. Nos corregía los modales en la mesa sin saber si la corrección era la adecuada; nos cache-teaba cada vez que una mala palabra abandonaba nuestras bocas; nos rompía algún vestido si acaso el fleco de la falda superaba las rodillas. Nunca nos pudo ver en sandalias o pantuflas, nunca. Era un impulso; era como operar desde la nada.

Mi padre volcó todos sus esfuerzos en nuestra educación. Los cuatro hermanos (dos hembras y dos varones) tuvimos que empeñarnos a fondo para traer buenas notas a casa. Mi padre vigilaba cada tarea, acudía a todos los actos de fin de curso, buscaba personalmente las boletas mensuales, conversaba con los maestros y profesores, animaba las competencias deportivas. Su sueldo se esfumaba buscando los mejores colegios de la zona, pagando mensualidades altas, garantizando las mudas de los uniformes, los útiles, los libros de texto.

Ninguno de nosotros olvidará los castigos de mi padre. Una boleta mala podría significar muchas cosas: encierros en el cuarto, salidas prohibidas por días, dietas semanales sin chocolates ni dulces, correazos en las piernas y, en casos extremos, cuando alguna calificación venía en rojo, caminar de rodillas por el patio trasero. Son imágenes que quisiéramos borrar, pero siguen allí, flotando, palpitando. No sabemos qué extraño empeño llevaba a mi padre a sobrelimitarse. Era una fuerza que lo dominaba, que lo sobrepasaba. Mi madre lo veía ejercitarse desde la cocina en silencio, sin intervenir siquiera, y luego, cuando podía, nos iba a consolar al cuarto (veo mi cabeza apoyada en sus hombros, la sigo viendo).

Mi padre castigó mis nalgas en tercer grado. Desde entonces, he querido cultivar una vocación secreta: creo haber sido recta, decidida; creo haberme aplicado a las cosas, creo haber buscado el sentido de las cosas. Mi vida cambió irremediablemente cuando dejé el hogar. Cumplí dieciocho años y ya me habían garantizado el cupo para ir a estudiar a Maracaibo. Mi tía Celia, hermana de mi padre, me alojaría en su pequeña casa de Los Haticos.

La universidad me deslumbró. Es difícil enumerar lo que significó para mí: la gente toda, el movimiento de la gente toda, los salones, los auditorios, las clases, las bibliotecas, las innumerables disciplinas, los profesores. Coincidí con Victoria en el primer año de periodismo y, desde entonces, fuimos entrañables amigas. Es difícil pensar dónde comenzó todo. Veo su rostro —pelo negro muy bien peinado enmarcando ese rostro pálido— en el momento de acercarse y pedirme una guía de estudio. Sus maneras me parecieron afables, cariñosas, y nunca más quise separarme de su seguridad, de su firmeza.

Recorrimos la carrera juntas, hicimos nuestra vida juntas: los exámenes parciales, las sesiones interminables de estudio, las exposiciones, los horarios, los mejores profesores, el tiempo libre. Le tomaba apuntes cuando ella no podía venir o me los tomaba ella cuando yo amanecía indispuesta. Crecía un sentimiento profundo entre Victoria y yo; crecía una hermandad, una raíz oscura. Victoria llegó a conocer mis secretos, las tensiones de mi familia, los hombres de los que pude haberme enamorado, mis ilusiones y también mis odios.

El tiempo pasa para que yo comience a emular a Victoria, el tiempo se justifica en función de Victoria. Es difícil decir cuándo comenzó todo. Quizás por el peinado de Victoria, por la peluquería. Quise llevar mi pelo hacia esos mechones negros, curvilíneos, acolchados, que me ceñían el rostro. Quise trasponer esa palidez de Victoria con baños de crema y polvos. Quise copiar su indumentaria, esa corrección de su estilo —ni demasiado ostentoso ni demasiado discreto. Me fui amoldando en las formas, en las maneras.

Luego fue el humor de Victoria, sus risotadas punzantes, el guiño pícaro de sus ojos, su facilidad para sobreactuar en los momentos claves (una exposición, una cita de trabajo), su vocabulario (ciertas palabras suyas que yo repetí hasta hacerlas mías), sus gestos, la entonación de su voz (enfaticar donde había que enfatizar y bajar el tono cuando había que hacerlo).

El destino nos separaba después de graduarnos: Victoria se convertía en la redactora principal de una revista de temas políticos y yo le seguía los pasos desde una cadena radial. Iba al encuentro de Victoria: sus textos, sus adjetivos, la

forma a veces enrevesada de su sintaxis, la manera de estructurar sus artículos, sus atrayentes sumarios. Fui copiando ese estilo preciso, haciéndolo mío a través de los boletines noticiosos de la radio. Había en cada crimen, en cada huelga petrolera, en cada derrame en el lago, el estilo inconfundible de Victoria, ya mío, ya en mis manos.

Victoria recibe el Premio Municipal de Periodismo con un muy comentado reportaje sobre contrabando en La Guajira y evocan su nombre en cada rincón de Maracaibo. Ansié esa distinción para mis despachos noticiosos; elegantemente escritos, presentados. La llamé para felicitarla. La invité a cenar para celebrar su premio.

La vi llegar puntualmente al restaurante. Rocé su mejilla al abrazarnos. Teníamos tiempo sin vernos y admiré su rostro de siempre, níveo, despejado, ceñido dentro del peinado. Esas formas eran mías, pensé, y Victoria me las hurtaba con maestría, con envidiable maestría.

Todo es poco claro. Tomábamos brandy al final de la cena y lo seguimos tomando en la salita de su casa. Victoria me habla de Aníbal, un com-

pañero de trabajo con el que piensa casarse, dos años de amores, planes para mudarse.

He sentido esta noche muchas cosas. He querido prescindir de Victoria, del rostro de Victoria, pensando que al fin podré recuperar algo de mí misma. He querido el cadáver de Victoria, extendido, un veneno mortal oculto en el brandy, para descubrirme, para acceder finalmente a mí misma. He querido ser Victoria; soy ahora Victoria.

Pero no tiene caso. Me levantaré y llamaré a la policía. Es a mí a quien tienen que buscar; es mi cadáver disuelto sobre la cama el que espera. Sin Victoria no soy nadie y ya que estoy muerta mi vida carece de sentido.

PARA MILAGROS SOCORRO

MADEROS SOBRE EL AGUA

No vimos el muelle. Juro que no lo vimos. Lo único que recordábamos era que Susana, Simón y yo veníamos esquiando detrás. Habíamos logrado que Álvaro nos sacara a los tres juntos del agua con un motor de apenas sesenta caballos. Hasta allí todo bien, orgullosos de nuestra proeza. Pero viene entonces Álvaro y complica las cosas: en vez de irse hasta el Gran Canal, que era lo que teníamos pensado, decide acortar camino por el caño Copey y someternos a prueba.

No se podía esquiar por caño Copey. Eso lo sabíamos. Meterse por allí era más que una aventura; era un riesgo. Nunca sabía uno lo que podría encontrarse allí (Susana aseguraba haber visto alguna vez los ojos rojizos de una baba). Era un caño salvaje, abrumado de vegetación en los extremos, con troncos semicaídos en el agua. No era fácil cruzarlo. Había que ir respondiendo en cada uno de los giros sucesivos en los que el caño se quebraba con sentido de anticipación y verdadera maestría.

Álvaro que se mete por el caño Copey y nosotros detrás, los tres detrás, impávidos, sin creer lo que Álvaro estaba haciendo: Susana iba en el medio, Simón por la izquierda y yo por la derecha. Desde atrás, en su momento, le gritábamos a Álvaro que no, que no se metiera. Pero nada que Álvaro hacía caso. Álvaro se reía, sí, Álvaro se reía de nosotros, de vernos detrás, arrastrados por la lancha, cruzando el caño Copey.

Desde el momento en que encaró el caño, Álvaro dejó de vernos. Estaba concentrado en sus maniobras, en los giros sorprendidos, en los bancos de arena. Tirar la cuerda, abandonar el arrastre, se nos volvía allí una acción imposible. Temíamos hundirnos en esas aguas y sabíamos que Álvaro jugaba a no devolverse por ninguna circunstancia. Para colmo, pensábamos, no un esquiador sino tres. Nos guardábamos entonces los espacios (en los giros que, por ejemplo, dábamos hacia la derecha, Simón se cerraba y yo tenía que abrirme). La pobre Susana, temblando en esas patillas, estaba en el medio y procuraba no sobremontar ninguna de las otras dos estelas.

Veníamos entonces detrás, concentrados, jui-

ciosos, sintiendo que flotábamos sobre una ruta prohibida, que caer en esas aguas hubiera significado cualquier cosa (una baba, una enredadera submarina, alguna criatura del caño, el monstruo de la laguna negra)... Veníamos detrás, ignorando el barro del lecho del caño, una sustancia pastosa que Susana alguna vez rozó (capas de hojas, tierra, animales muertos)... El agua del caño parecía estancada y Álvaro quebraba ese espejo negro con una estela que abrumaba la paz de las orillas y hacía bambolear los mangles de las riberas.

Nadie quería caerse, nadie podía caerse. Susana, la menos ducha en esos oficios, estaba rígida en sus dos esquíes. No miraba hacia ninguno de los dos lados (nosotros la secundábamos): apenas se concentraba en lo que Álvaro iba descubriendo allá adelante. Susana se anticipaba a las maniobras de Álvaro. Si acaso un giro se anunciaba, ella se inclinaba con tiempo; si acaso había que arrimarse por algún tronco de orilla, ella ya venía arrimándose antes de alcanzarlo.

Parecía mentira: íbamos saliendo de caño Copey. Ya se veían algunas casas de la urbanización Cangrejal. Álvaro que abandona el caño y empata

con el canal principal de Cangrejal buscando desembocar luego en el Gran Canal. No podíamos creerlo: estar saliendo de caño Copey, haber cruzado caño Copey, los tres juntos, sobre el agua. La tensión bajaba; nuestros músculos se distendían.

Estamos en el canal principal de Cangrejal y nos abandonamos en esa simetría de las riberas: los muros bajos de las casas, los jardines abiertos, tres muelles. Y Álvaro que comienza a ver para atrás, y Álvaro que comienza como a celebrar la travesura de caño Copey, y Álvaro que comienza a reírse, a burlarse de nosotros. Álvaro con las manos en el volante y torcido hacia atrás, haciendo señas con las manos en alto, seguro de su proeza. Álvaro que deja que la lancha derive hacia la ribera izquierda del canal, lentamente.

No vimos el muelle. No lo veíamos y fuimos a dar directamente con él. Álvaro lo atravesaba de cuajo, lo partía en dos, engordaba un estruendo que sólo esparcía maderos a todo lo largo de las aguas. El casco de proa, lo descubrimos después, se descuadró. Y nosotros, arrastrados, nos volvíamos peleles: Simón, el de la izquierda, fue a incrustarse con la hilera naciente de maderos que

quedaban aún en pie; Susana, aterrorizada, cruzaba los esquíes y buscaba hundirse en el agua para no irse de bruces contra la propela del motor; y yo, abriéndome hacia la derecha, quedaba clavado de golpe en un banco de arena.

Un hombre salía con una escoba de la casa del muelle. Gritaba y hacía amagos para ahuyentarnos. Nos enteramos después de que se llamaba Capodiferro, pues persiguió durante días al papá de Álvaro hasta cobrarle el último centavo por los daños ocasionados. El hombre vociferaba desde la orilla al ver su muelle hecho pedazos, disuelto en el agua.

Álvaro no reaccionaba: estaba resentido en la nuca y se la sobaba inconscientemente con la mano derecha. El impacto lo había sorprendido por completo y el tirón sobre su cuerpo le jalonaba todos los músculos. La lancha estaba en medio del canal: el choque hizo que la palanca de velocidad cayera en neutro y la propela, sobrerrevolucionada, giraba loca levantando borbotones sin que avanzáramos un solo paso. Álvaro comenzó a tirar las cuerdas y nos subió uno a uno. Dejamos a Capodiferro vociferando desde la orilla en una imagen que nos recordó una pantomima.

Terminamos en el hospital de Río Chico. Terminamos (también) con la paciencia del papá de Álvaro. Simón quedó con vendas en los brazos (tuvo que usarlos de escudo frente a un madero que se le venía encima), Susana con moratones en las piernas y yo con un extraño dolor de espalda.

Llevo el choque de la lancha de Río Chico como una puntada. Y cada vez que me tuerzo de determinada manera, mi espalda me lo recuerda.

BARCO DE PAPEL

Yo venía besando a Sonia. Yo la venía besando suavemente. Eran apenas roces de mi boca, eran como piquitos de pájaro sobre un estanque. Todo iba como cediendo. Yo pensaba que no, que con Sonia no, que no iba a pasar nada. Pero se me ocurre agarrarle la mano, no sé por qué se me ocurre agarrarle la mano, así, agarrársela y acariciársela, y veo que Sonia también abre su mano y siento que responde a la caricia. Y no lo puedo creer, Sonia conmigo allí, en el carrito, respondiendo, despejándose. Y entonces, claro, me paro, busco dónde estacionarme. Yo la llevaba para su casa, allí, en Altamira, la llevaba desde el colegio, la había venido llevando desde el comienzo de clases, siempre para su casa, todas las tardes. Y Sonia, claro, cómo decirte, la belleza de Sonia, la cara de Sonia, algo así como una parálisis, como un rapto, como un abismo. Veníamos en mi carrito, tranquilos allí, y entonces, a la altura del Country Club, riéndonos de algo, yo pienso que

sí, veo su cara y pienso que sí, que debo agarrarle la mano (meses pensando en cómo agarrarle la mano), y veo que Sonia sí, que caricia, sí, que todo responde y yo me aguo, juro que me aguo con Sonia así, en mi carrito, acariciándome.

Tuve que pararme. No podía con el carrito así. Busqué una calle ciega, tranquila. Y el beso, comienzo a besarla. Primero la mejilla, sí, luego como los labios, le chupo los labios. Esa carnosidad roja de Sonia, un molusco, una fibra firme que todavía siento entre mis dientes. Y luego la lengua de Sonia, la lengua caliente de Sonia, una cosa larga, serpenteante, una víbora que se hundía con firmeza, que me recorría las paredes de la boca, que reconocía cada uno de mis dientes. Y entonces allí, en la calle ciega, todo como lento, todo como apacible. Yo, de verdad, me moría con Sonia allí, toda Sonia mía allí. Y entonces mi mano sobre su pecho, lenta mi mano sobre su pecho. Sabía que no cargaba sostenes, desde la mañana lo sabía, y yo paso la mano sobre la camisa y siento una fruta firme, erizada, recogida, un músculo, sí, otra fibra carnosita. Y meto la mano bajo la camisa, la meto así, y Sonia que gruñe, que ja-

dea, un animal cautivo, sediento. Y esa imagen de sus piernas, el color, sí, de sus piernas, un bronce tardío, entreabriéndose bajo la falda. Una cosa como compulsiva, tijeras que cortan, un espasmo contenido, bello, eterno, y mi otra mano también lenta, apenas recorriendo la suavidad de esos muslos, la tersura infinita de esos muslos.

Caen gotas sobre el carrito. Son leves gotas. Un diagrama de agua sobre el parabrisas mientras Sonia vuelve a hundir su lengua en mi boca. Me gustan las gotas, me siento protegido por las gotas. Mi carrito es una cabaña y yo con Sonia en la cabaña. Creo imaginar neblina en algún lado y yo en la cabaña del lago con Sonia. No quisimos apresurarnos. Todo era lento: su boca, su seno derecho, su muslo izquierdo. Todo como lento, interminable. No sabíamos adónde íbamos a llegar, no nos interesaba saber adónde íbamos a llegar. Y la saliva de Sonia que inunda mi boca mientras las goticas evolucionan hacia goterones y ahora son dardos sobre el carrito. Sonia lenta sobre mí y la lluvia allá afuera. Brisa que se transforma en viento, neblina imaginaria que pasa a verdadera niebla y Sonia y yo en nuestra cabaña.

musgo pegado en las piedras, el riachuelito que se salvaba poniendo los pies en cuatro grandes peñonas, alguno que otro caballo que avanzaba.

Íbamos hacia la Laguna Negra desde Mucubají. Era la cita del día, el reto del día. Y quizás la motivación profunda era ver a Bernardo en escena. Y, claro, lo vimos en escena. Apenas se abrió la ruta ladera abajo, Bernardo desprendió un tallo reseco de flor de frailejón e improvisó una espada. De ahí en adelante, todo fue ladrones.

Era el oxígeno, supusimos, la falta de oxígeno lo que lo volvía monotemático. Desde entonces, cada vez que subimos a una cumbre cercana a los cuatro mil metros, un Bernardo de espíritu elocuente y exhaustivo nos impone un nuevo tema.

REVERSIBLE

Marie-Ange nunca ha existido. No existió nunca su cara, no se desbordó nunca el *rimmel* negro de sus ojos también negros, no fue baja su estatura. Nunca nos conocimos en un pasillo de la universidad de París y nunca supe que era divorciada y que tenía un hijo vivaz de diez años.

Su carro no era un Renault. El tren para ir a su casa no se tomaba en la Gare Saint-Lazare. No quedaba su apartamento en un segundo piso y nunca su habitación dio hacia un patio interior con flores.

Su cama nunca fue un colchón duro tirado en el suelo. Su ventana nunca se estremeció con la ventisca y la lluvia.

No probé su cuerpo. Nunca me extendí sobre esa superficie pálida, ansiosa, que me esperaba todos los viernes en la noche y no se rendía hasta el amanecer.

Nunca fui a un concierto de Génesis con su

hijo: nunca nos emocionamos oyendo un solo de batería de Phil Collins.

No existió Marie-Ange. Lo que existe es el recuerdo, incisivo, y el único que insiste en darle cuerpo soy yo.

ORACIÓN

No conozco a mi padre. La última vez que lo vi yo tenía cuatro años. Recuerdo apenas fragmentos de su cara: el color de su pelo quizás, su sonrisa, sus ojos enrojecidos.

En la última imagen que guardo él está golpeando a mi madre. Mi madre huye de esos golpes, corre hacia mi cama y me despierta. Mi madre me interpone, me usa de escudo y, al verme, mi padre se detiene. Esa es la imagen, sí, mi padre con el brazo en alto tratando de golpear a mi madre y yo en el medio. Son sus ojos los que sobreviven, sus ojos enrojecidos.

Desde entonces, día tras día, reconstruyo su imagen. Me lo he imaginado de todas las maneras: alto, gordo, delgado, cariñoso, recio. En navidades siempre lo veo llegar con regalos bajo el brazo.

He soñado con mi padre. En mis sueños ha sido príncipe, espadachín, rey, dragón. Ha sido una selva, también, alguna vez fue una selva de espi-

nas. En todos los sueños yo siempre estoy dormida y, mientras duermo, sueño que él viene a despertarme.

Este ejercicio es la sustancia real de mis días. Vivo entre imágenes y en ellas mi padre al fin aparece para siempre.

Quiero pedirle que, esté donde esté, venga hacia mí, venga hacia mí ahora y me reconozca. Lo recibiré siempre, de día o de noche, vivo o muerto, próspero o desgraciado. Quiero decirle que soy su hija. Quiero implorarle que si su alejamiento se debe a que yo fui alguna vez el escudo de mi madre, que también puede venir a pegarme.

MADRIGAL

Juan Andrés se fracturó el fémur antes de cumplir el año. Yo lo mecía en un columpio, lentamente, y veo cómo la barra protectora de madera, podrida por la lluvia, se astilla. Traté de alcanzarlo mientras caía pero sólo logré estirar la pierna y medio atajarlo con el muslo. Dice el doctor que la fractura se produjo allí, golpeándose contra mi pierna, y no contra el suelo.

Las radiografías eran cómicas: se veía el fémur quebrado, como el techo de dos aguas de una casa. Fue creciendo allí un nudo óseo, un chichón que fue recubriendo la fractura.

Tuvimos que enyesarle toda la cinturita. Era como un guayuco de yeso. El niño gateaba con dificultad, arrastrando la piernita. Ni qué decirte de cuando se hacía pipí o pupú. Había que meter motas enormes de algodón entre el yeso y la pielcita y traerse la inmundicia. No era fácil. Aquello comenzaba a oler y hubo que echar alcohol y colonia.

Al mes, le quitábamos el yeso. El niño caminaba arqueado pero poco a poco se fue enderezando.

Hoy en día es un hombre hecho y derecho, pero te puedo decir que no le gustan mucho los deportes. Es un niño de casa, que lee y cuenta con pocos amigos.

Tengo todavía la radiografía de la fractura. La veo siempre sobre la mesa de luz y tiendo a creer que ese nudo óseo recrecido guarda el recuerdo exacto de la caída.

BATALLA CAMPAL

Versión de los venezolanos:

El árbol siempre había sido nuestro. Era un árbol de caucho, grande, frondoso, con miles de ramas, que había crecido en el terreno baldío que está detrás de la casa de la señora Blanca Baralt. Fuimos habitando el árbol lentamente. Construimos una casa enorme, casi una fortaleza, con tablas de madera. Teníamos habitaciones, salas de reuniones, cocina y hasta un baño. Todos los del campo nos reuníamos allí, siempre. Prácticamente, vivíamos allí. Si no aparecíamos en todo el día, nuestras madres sabían dónde buscarnos. Además, era uno de los pocos sitios del campo verdaderamente libres y abiertos. No había pozos alrededor, no había mechurrios. Era una explanada de tierra seca, polvorienta, y yerba-jos recortados. Llegábamos por cualquiera de las calles y, desde cualquier ángulo, se nos abría la visión del árbol, una cosa enorme, imponente, nuestra guarida habitual. Todo lo planeábamos allí.

Llueve a cántaros, fuertemente. Y Sonia y yo nos despegamos para ver la lluvia, para vernos bajo la lluvia. Recuerdo que nos miramos las caras y nos daba como pena, descubrirnos allí bajo la lluvia, besándonos bajo la lluvia. Veo el rostro de Sonia en el carrito, lo veo recostado en el carrito y una mano suya, como extraviada, que acaricia mi nuca mientras sus ojos se aventuran más allá del parabrisas. La lluvia que nos cubre, la lluvia que nos sepulta. Ya son dardos, granizos de agua percutando contra la latonería del carrito. El carrito hundido bajo la lluvia y la visibilidad se hace nula. Todo se ahuma dentro del carrito y nosotros vueltos agua, el agua de nuestros cuerpos respirando el único aire caliente que existía bajo la lluvia. Recuerdo que nos quedamos así, separadas nuestras bocas, viendo la lluvia que nos cercaba. Tuvimos miedo, sí, en un momento dado llegamos a tener miedo, tal sería la furia del agua que se precipitaba. Oíamos borbotones bajo el carro y era la corriente crecida sobre la calle. Un río que traía tierra, ramas, piedras; un torrente que todo lo arrastraba. Quise creer que la corriente nos llevaba, quise creer que nos arrastraría con

todo y carro, calle abajo. El torrente nos movía, nos sacudía, nos daba empujones. Y Sonia y yo allí, detenidos, sin aliento, las manos sujetas en las agarraderas, los brazos tensos, las bocas separadas, los muslos cerrados, los cuerpos inhabilitados. Y la belleza de Sonia, una belleza como detenida, como mojada, toda ella mojada, mojada de sudor, de saliva, mojada del aliento, mojada del oxígeno que agotábamos en la cabina del carrito. El rostro de Sonia, inolvidable, inmerecido, toda Sonia allí conmigo, la lluvia, la lluvia que nos arrastra.

Escampaba. Escampaba también de golpe. No supimos qué hacer. No supimos cómo retomar nada. Encendí el carrito y llevé a Sonia a su casa. Al llegar, se despidió de mí con un beso, mojado, en la cara.

EL DOLOR

Al leer esta carta quisiera que te olvidaras de mí, quisiera que ya no pensaras en mí. No he sido nadie en tu vida; sólo tu sombra. He creído darte compañía pero en verdad, piénsalo bien, siempre has estado solo.

Fuimos construyendo esta escena, esta lenta escena. Me veo aún con la rosa del primer día: la rosa de nuestra primera cita en el primer restaurante de la primera noche. Me veo también entre las sábanas del hotelito de Macuto donde nos amamos durante tres noches seguidas. No salíamos del hotelito de Macuto, no lográbamos salir.

Yo creí que me amabas, siempre lo creí. Creí que el picor de tu barbilla sobre mi vientre era el signo del amor. Creí en tus besos, creí en tus manos, tus tibias manos tomándome las mías. Creí en nuestros hijos, en nuestros bellos hijos.

Creo haber alimentado la escena: los helechos de la casa, los desayunos de los domingos, los cuadros que fuimos comprando, la gran cama ma-

trimonial que instalamos en nuestro dormitorio.

He dormido contigo todas las noches de los últimos diez años. Conozco tu respiración, el temblor de tu respiración. Conozco la lágrima que baja desde tu párpado en la madrugada. Conozco el hilo de saliva que abandona tus comisuras. Conozco tus olores. Conozco también tus sueños (ese avestruz recurrente que saca la cabeza del hoyo para mostrarte que sus ojos son de plástico). Conozco los lunares de tu espalda (puedo asegurarte que los he contado). Conozco tu cuerpo, la forma de tu cuerpo, el músculo lleno de sangre que se hunde recto en mis entrañas.

He estado aquí y es como si no hubiera estado nunca. No logro comprenderlo. Todo esto ha sido mío, estrictamente mío. Yo he nutrido el sentido de las cosas. Hemos reconstruido un hogar, nuestro hogar, con muebles, flores, comidas, amigos, hijos, y nosotros, nosotros en nuestro cuarto.

He creído tenerte, he creído tenerte a mi lado. Es una sensación que no me abandona: la de tu compañía. Estar contigo. Ver la vida contigo. Sufrir contigo (se sufre menos, creo, cuando el sufrimiento es compartido). Tu cara es la mía, tus

pensamientos son los míos. Eso es lo que siempre he creído, eso es lo que siempre he sentido.

Pero toda ha cambiado. No sé desde cuándo pero todo ha cambiado. Yo sólo retengo una escena, una escena reciente. Estábamos desnudos, en el cuarto, amándonos, y de pronto tú me cargas y me llevas al balcón, y allí, de pie, me subyugas, con pasión, yo recostada contra el vidrio del balcón y tú por detrás jadeando. Yo sentía tus empujones y veía la ciudad. Me proyectabas contra la ciudad. Me vine gozosa, puedo jurar que me vine gozosa y te amé profundamente en ese momento. Puedo creer que fui feliz allí, intensamente feliz. Estaba contigo, sí, pero el dolor me hizo sentirme también sola, profundamente sola, como nunca antes lo había sentido. Era una lejanía, era un llanto irremediable.

Y ahora lo descubro (o siempre lo he intuido): no podemos estar nunca con nadie. Por más que lo intentemos no podremos estar nunca con nadie. Lo nuestro son ensayos, es el ensayo de una compañía, de una complicidad. Nos amamos, sí, nos escarbamos, pero son como destellos de la imposibilidad de estar juntos. No puedo penetrar en ti y tú tampoco

co en mí. Junto mi cabeza a la tuya, en el momento de mayor comunión cuando tu carne esta dentro de la mía, y siento que tu cabeza sigue siendo tuya, lejana, inabordable. El amor, repito, es una pantomima, es la fachada de una imposibilidad.

Por eso me voy, por eso te dejo. Creo que te amo, creo que te amaré siempre. Pero el amor es insuficiente, es un sentimiento limitado. Prefiero entonces vivir a fondo esta condición nuestra e ir de cuerpo en cuerpo, sabiendo que también desconoceré a los otros por más que hurgue en sus carnes. En el fondo, si apenas, sólo podemos buscarnos a nosotros mismos, hallarnos a nosotros mismos. Y ese reencuentro, hay que decirlo, es también estrictamente doloroso.

Todo te lo agradezco, de veras. Nuestra vida en común, esta tentativa de construcción, nuestros hijos, nuestros espacios.

Encontrarás esta carta al lado de las llaves de la puerta. Hazte cargo, por favor, de todo y trata de explicarle a nuestros hijos.

Te ruego que no me busques nunca más. No podrás encontrarme. Piensa que la que ha estado contigo nunca ha existido. En verdad, siempre es-

tuviste contigo mismo. Yo sólo fui el pretexto para que tú te conocieras.

PARA YOLANDA PANTIN

OXÍGENO

Fue como una embriaguez: ver a Bernardo hablando durante todo el camino. Y es que no paró en ningún momento: era una cotorrita en medio de la neblina y los frailejones. Y un tema recurrente, obsesivo: los ladrones. Los ladrones en todas sus formas: con espada o sin espada, con revólver o sin revólver, enmascarados o sin máscara, solos o en grupo, miles o uno. En la mente de Bernardo, Dios batallaba con todos los seres malignos, sin importar su número, y triunfaba. “Dios contra mil ladrones —repetía—, Dios contra todos los malos, Dios contra todos los diablos”.

Pensábamos que el paisaje lo iba a imantar, a suspender. Y, ciertamente, lo hizo. Sabíamos que la niebla, la lluviecilla, el frío del páramo, se prestaban al misterio, a algún cuento de horror, a fantasmas. Pero de allí a saltar al tema unívoco de los ladrones había una gran distancia.

La ruta era atractiva: algunos pinos, frailejones por doquier y en todas sus formas y tamaños,

Versión de los holandeses:

El árbol estaba vacío, abandonado. Había unos maderos viejos que más bien parecían colgajos. Thomas fue el primero en subir y se encontró con una inmundicia: latas abiertas, cajas de cartón, papeles, hojas secas, excremento de pájaros, cartones de leche. Aquello daba asco. Limpiamos la casa: barrimos, coleteamos, clavamos otros maderos, trajimos telas para hacer unas cortinas, buscamos malla metálica para mosquiteros, compramos una cocinita de gas. Nos gustaba espiar desde el árbol. Todo lo mirábamos desde las ventanillas. Era como estar elevados por encima de las cosas. Formamos un club, una membresía. Éramos una organización: teníamos reglamentos y hábitos establecidos.

Versión de Daniel Quintero:

Pasé por allí como a las cuatro de la tarde. Iba para el cine del club y acorté camino por detrás de la casa de la señora Blanca. Vi el árbol ocupado por los holandeses y no entendí nada. Algunos

me miraron por unos huequitos como espíandome. Yo no pronuncié palabra: me hice el desentendido. Luego corrí al club y hablé con los demás. No nos quedamos a ver la película. Nos fuimos al árbol: íbamos en cambote. Todos estábamos allí. Al llegar, nos quedamos rezagados como a unos treinta metros, prácticamente al borde de la manzana. Una delegación (compuesta por mí y dos más) fue a hablar con los holandeses. Caminábamos hacia el árbol cuando vimos bajar a Thomas (vivía al lado de mi casa). Le explicamos a Thomas que tenían que irse, que ese árbol era nuestro, que por favor se bajaran. Él dijo que no, que ese árbol estaba abandonado, que ellos lo habían acomodado con nuevas tablas, que se quedaban allí.

Versión de Thomas Volkenborg:

Vi a Daniel y a otros dos aproximándose al árbol. Conozco a Daniel porque vive al lado de mi casa. Bajé del árbol para hablar con ellos (soy el único del grupo que habla bien español). Daniel me dijo que teníamos que irnos, que ese árbol era de

ellos. Yo le dije que no, que ese árbol estaba completamente abandonado, que nosotros lo habíamos limpiado y acomodado, que nos quedábamos allí, que ellos no tenían ningún derecho a reclamar nada.

Versión de Juan Camacho, jefe de Seguridad:

Recibimos una llamada de la señora Blanca Baralt a eso de las cinco de la tarde. Ella se quejaba de ruidos y tiros. Por si acaso, yo mismo me apersoné. Cuando llegué no entendía nada. Había una polvareda alrededor del árbol de caucho. Desde abajo, un enjambre de muchachos tirando piedras como desaforados. Desde arriba también tiraban cosas. Y se oían como tiros, ciertamente, pero yo no entendía de dónde. Tuvimos que intervenir. Nos costó meternos en la confusión del polvo y las piedras. Nos metimos con cascos de seguridad. Tuvimos que tranquilizar a los muchachos que tiraban piedras desde abajo: estaban irreconocibles, enrojecidos, echando espuma por la boca. Algunos lloraban de rabia, otros puñeteaban en el aire y señalaban hacia arriba indignados. Los

montamos a todos en una de las camionetas. Tuve que mandar a tres de mis hombres a que se subieran al árbol. Lograron sacar como a quince niños, todos hijos de holandeses. A éstos los montamos en otra de las camionetas. Tuvimos que llevar a algunos al dispensario. Al principio no nos dábamos cuenta pero teníamos unos cuantos heridos. Todo era muy confuso.

Versión de la señora Blanca Baralt:

Todos estaban locos: los venezolanos y los holandeses. Yo no entendía nada. Estaba tendiendo ropa en las cuerdas de atrás y comencé a oír disparos. Traté de ver hacia el árbol. Aquello era una polvareda. Por entre las nubes de polvo, alcancé a ver como niños tirando piedras y otros montados en el árbol que también tiraban cosas. Me asusté. No había visto nada así. Llamé inmediatamente a Seguridad.

Segunda versión de Daniel Quintero:

Yo me alejé del árbol y fui a hablar con el grupo.

Les conté lo que Thomas me hacía dicho, que no se iban a ir del árbol. Acordamos que eso era inaceptable, que los holandeses se las estaban buscando. Me volví al árbol: le grité a Thomas que tenían quince minutos para irse, que era un ultimátum. Se lo dije bien claro. Él se reía desde el árbol, él decía que de allí no los sacaba nadie. A los quince minutos rodeamos el árbol. Comenzamos a gritarles que se bajaran y los holandeses como si nada. Primero fueron unas ramas, unas ramas que tirábamos hacia arriba como para alertarlos. Pero luego fueron piedras, piedras contra las tablas de la casa. Sonaba duro el impacto de las piedras sobre las tablas. No queríamos herir a nadie: sólo asustarlos un poco para que se fueran. Y en eso oímos el primer disparo y corrimos. No supimos de dónde pero suponíamos que debía ser del árbol. Corrimos hacia todos lados, nos dispersamos. Ahí fue entonces que agarramos los vidrios, pedazos de vidrio en la tierra. Los tirábamos con fuerza para que llegaran a la casa.

Segunda versión de Thomas Volkenborg:

No entendíamos por qué los venezolanos venían con un cuento de un ultimátum. El árbol era nuestro, era nuestra guarida. Habíamos puesto mucho empeño en acomodarlo, en poner la casa bonita. A las ramas que nos tiraban no les pusimos atención. Pero luego comenzamos a oír piedras. Las piedras retumbaban contra las tablas. Parecía una lluvia. Ahí sí nos asustamos. Una piedra fue a dar contra la cara de mi hermano. Crecía un moretón sanguinolento en su frente, se hinchaba. No teníamos sino los rifles de balines. Lo de la piedra era una afrenta y no teníamos cómo defendernos. Tiramos primero al aire, para que se fueran. Pero luego, al ver que entre las piedras también venían vidrios, comenzamos a apuntar a las piernas. Nos daba pavor que nos fuera a alcanzar un vidrio. Estábamos muy asustados.

Versión del gordo Sánchez:

Sentí como una aguja en la pierna, como un dardo. El dolor me hizo caer de rodillas. No entendía

qué me pasaba. Busque mi pierna derecha y vi un punto rojo que se expandía sobre mi pantalón. Entendí que estaba herido. Me asusté mucho. Grité. Pedí auxilio a los otros. Estaba desprotegido. Pensé que alguien más me podía alcanzar.

Versión del menor de los Van Dallen:

Oí como un zumbido y vi que mi abdomen atajaba algo. Me llevé las manos a la barriga instintivamente. Sangraba, sangraba profusamente. Era un pedazo de vidrio, un culo de botella. Yo veía la sangre amplificada por el vidrio y me asustaba. Me desmayé cuando vi que mis compañeros venían.

Versión de Alfonso Costa, médico del dispensario:

Las heridas no fueron demasiado graves. Muchos moretones y cortadas. Sólo tres casos requirieron cuidados especiales: la pedrada en la cabeza del menor de los Volkenborg, la herida de balón del hijo del doctor Sánchez y, quizás la más grave, el vidrio incrustado en el vientre del menor de los Van Dallen. Al primero se le aplicaron compresas

y desinfectantes; al segundo se le extrajo el balín, casi superficial. El que más sufrió fue el hijo menor de los Van Dallen: lo tuvimos que internar tres días en el dispensario. Hubo que cogerle doce puntos. La herida era ancha: el vidrio abrió una boca extensa por debajo del ombligo.

Versión del señor Volkenborg, padre de Thomas:

Los rifles de balines los compramos para cazar iguanas. Las iguanas se montan en el techo de la casa y no nos dejaban dormir en toda la noche.

LA ESTATUA

Este es mi vientre. Me lo sujeto con ambas manos mientras me veo en el espejo. Me gusta estar desnuda frente al espejo: es una sensación única, íntima, pura. Mi vientre tiene algo de barriguita. Es un vientre trigueño, abombadito como un bombillo. Veo mi desnudez y creo entender que es mía, completamente mía. Pero esta desnudez también fue de Julio. Julio la recorrió como quiso, de todas las maneras y en todas las instancias. Su lengua, por ejemplo, estuvo acá, encima de mi ombligo, sus manos amasaron este bombillo de vientre, su boca chupó estos pechos. Y no sé por qué todo lo recuerdo bajo una luna de sangre.

Nos conocimos en París. Ya para esas alturas, Julio era un escultor de renombre. Asistí a una de sus exposiciones en una pequeña galería de la *rue du Dragón* con una amiga venezolana. Desde que nos presentaron, no dejó de mirarme. Conversaba con alguien y me miraba de reojo, brindaba con una copa de champaña en alto y me miraba, ha-

blaba con el encargado y me miraba, le explicaba algo a un coleccionista interesado en una pieza pequeña y me miraba. Esa misma noche fuimos a su taller y amanecimos. Yo entraba admirada en ese espacio de techo muy alto, con poleas y cadenas que pendían de rieles, y mis tacones levantaban polvillo del suelo. Había periódicos y tubos de agua por doquier; había neones fluorescentes; había frascos con pinceles, espátulas, brochas; había un compresor para fijar películas de pintura; había paneles de corcho con recortes y reproducciones de Giacometti, de Picasso, de Rembrandt, de Botero, de Moore. Y un poco más arriba, en un extremo, estaba su cuarto. Su cuarto era como una terraza asomada en lo alto del taller. Un pequeño rincón con un colchón amplio, dos mesitas de noche y una neverita.

Julio se ensañó con mi cuerpo toda la noche. No me dio respiro (no le dio respiro a este vientre). Lo recorría como nadie lo ha recorrido: lo sobaba, lo probaba, lo masajeaba, lo atajaba en sus brazos, lo levantaba, lo mojaba, lo penetraba por momentos, lo volvía a dejar salir para recomenzar otra vez. Fue toda la noche así. Yo re-

cuerdo una luz amarillenta (una luna de sangre) que nos protegía en el cuarto. Una luz indirecta, como de llama, que alumbraba nuestros cuerpos. Veíamos sólo lo que había que ver. Todo era como en tinieblas. No nos veíamos las caras: sólo las adivinábamos. Julio adivinaba mi cara, mi cuerpo, mis manos, la forma de mi vientre.

Fui feliz con Julio. Para qué ocultarlo. Julio me convirtió en el centro de sus días. Todo era con Julio: los paseos, los viajes a la campiña, las compras, los cafés, las conferencias, los conciertos. No me daba tregua. Aparecía siempre en mi pequeño estudio con una rosa roja (yo cambiaba el agua de mi florero todos los días). Poco a poco, sin darme cuenta ni importarme mucho, me fui quedando en su taller todas las noches. Comenzamos a vivir juntos: crecíamos en una rutina que amábamos. Volvimos por un mes a Venezuela sólo para casarnos. Mis padres no entendieron mucho ese matrimonio pero tampoco se opusieron: Julio ya comenzaba a figurar en las páginas de arte de nuestros periódicos.

Regresamos a París y seguimos cultivando nuestros hábitos. Julio cocinaba, hacía fiestas, in-

vitaba amigos, organizaba bailes y, lo más importante, trabajaba en su taller como un poseso. Yo amanecía con legañas y me asomaba por la barandita del cuarto hacia abajo: allí estaba Julio, imperturbable, halando la cuerda de una polea, llevando un balde de un lado para el otro, mezclando arcilla, golpeando con un cincel un pedazo de mármol, dibujando bocetos en la mesa de luz. Era un espectáculo verlo trabajar con esa pasión. Yo lo admiraba y, desde la distancia, lo amaba. Él, cadencioso, por las noches, seguía recorriendo mi cuerpo con la sed de un vigía. Yo casi no actuaba, yo me abandonaba, yo me dejaba recorrer por esa inventiva permanente que no me daba tregua, respiro.

Hubo un momento de crisis, de ensimismamiento. Hablaba poco Julio. Cesaron las reuniones, las salidas, los paseos. Lo vi cavilar por días en su taller sin encontrar un rumbo exacto. Una noche, extenuada por la ofensiva de su boca, de sus brazos, de sus maneras, me pidió que bajara con él al estudio y me sentara desnuda en un taburete. Lo vi evolucionar frente a mí, también desnudo, enfebrecido, con sustancias y piedras.

Él veía mi vientre, fijamente, se extraviaba en mi cuerpo, y convulsionaba sus manos sobre la arcilla o golpeaba con martillazos precisos el mármol. Fueron noches sucesivas de raptos donde yo, agotada, semidormida, posaba frente a él. Yo no entendía lo que salía de allí. Eran pedazos, fragmentos, tramas discontinuas, ángulos de cuerpo. Julio fue agrupando las piezas y las expuso en la salita de la *rue du Dragón*. “Lectura de Magda”, se llamaba la muestra y yo me reconocía por pedazos en esa integración de cosas. La exposición fue un éxito de público y crítica. Julio parecía llegar a un clímax y un destacado crítico de *Le Monde* publicó una reseña llamada “Los signos de la madurez”. La exposición fue a Berlín, a Milán, a Venecia y, finalmente, a Varsovia.

Nunca ha debido ir a Varsovia. Es un punto del itinerario que sólo me trajo dolor. Julio no volvió igual de Varsovia. Algo había pasado en Polonia y lo fui descubriendo poco a poco. Viajes a Polonia, estadias en Polonia, supuestos reportajes en Polonia. Y por fin: una mujer en Polonia, una diseñadora de afiches de la que se enamoró perdidamente.

Dejé a Julio, dejé el taller, dejé nuestras rutinas. Y todo ese mundo lo he extrañado con pesar. Sigo su recorrido por los periódicos y por los amigos comunes pero me ha convenido estar lejos de él. Me ha costado reconstruir mi vida. Me doy cuenta de que Julio penetró mi intimidad a fondo. He tenido amigos, sí, pero ninguna relación duradera. En los momentos de la verdad, cuando otro evoluciona sobre mi cuerpo bajo una luna de sangre, algo me frena en la cama. Una sensación extraña: es como si me estuvieran mirando, es como si este vientre fuera de Julio, es como si esta barriguita que ahora veo le perteneciera.

En definitiva, he temido entregarme a otro. O mejor dicho: no sé cómo entregarme a otro. Es un aprendizaje que he olvidado. Hay algo que me reservo en lo íntimo de mí: una pertenencia, un pedazo de cuerpo, un fragmento de piel, que ni siquiera es mío, que sigue siendo y seguirá siendo de Julio.

LA CUMBRE

Cuentan que el cerro Santa Ana fue una isla en sus orígenes. El mar ha debido ir bajando de nivel con los tiempos y terminado de enlazar el cerro a tierra firme con un istmo frágil y salpicado de dunas. Hoy en día, el cerro Santa Ana corona la península de Paraguaná como una referencia obligada. Desde cualquier parte de la península, se divisa el cerro: cercano o remoto, limpio o con bruma, certeza o espejismo de la mirada. Es una cumbre que se eleva hasta unos ochocientos metros sobre el nivel del mar, baja en realidad, pero que destaca forzosamente en la infinita llanura de la península.

Para el viajero inusual que se vive extraviando en Paraguaná, el cerro no deja de ser una certeza. Es la única figura opuesta a lo que la península encierra: tierra pedregosa, cujíes, cardones, cactus, tunas, y un viento que no deja de soplar en ningún momento, que es capaz de arquear los árboles más robustos. El viento del mar

que baña la península por la costa oriental peina la cabellera vegetal durante todo su recorrido y recrea un zumbido permanente en nuestros oídos. En Paraguaná, no hay silencio. O, en otras palabras: el silencio es el ruido de fondo del viento, inalterable en nuestros tímpanos. Son contados los segundos en los que el viento se suspende (una hondonada, la pérdida de aliento del mar, una depresión atmosférica) y ofrece un silencio absoluto, vacuo, original. Pero estos, repito, son momentos únicos.

Habíamos estado viendo el cerro desde todos los ángulos: desde el cabo San Román, desde Tiraya, desde Adícora, desde El Pico, desde Cardón, desde Amuay. El cerro como una cifra inalterable en medio del viento, como un gran imán que bordeábamos todos los días, yendo y viniendo de un lado a otro de la península, sin atrevernos a rendirnos. Respetábamos esa súbita elevación de la tierra y, sobre todo, nos asustaba lo que veíamos en la cumbre: trozos inmensos de piedra recortada que se amontonaban como grandes lunares (por no decir tumores) y que terminaban deformando la línea verde y oblicua del ascenso.

Nos resistíamos a reservarle una jornada al cerro. Alargábamos los siete días de la semana en los otros espejismos de la península: las salinas, las playas con fósiles y huesos de alcatraces, las ensenadas, los médanos, las formaciones coraliñas. Un ímpetu secreto nos apartaba y nos recogía, nos reservaba exactamente el último día para escalar el cerro. El grupo era grande: ocho niños y cinco adultos repartidos en tres familias.

Nos levantamos muy temprano ese día (dormíamos en unas cabañas de Cardón) y nos fuimos en las tres camionetas hasta Moruy. Desde allí, comenzamos el ascenso. Íbamos al descampado, sin herramientas ni preparativos. Siempre supusimos (al menos, es lo que nos habían dicho) que el ascenso se llevaría unas tres horas a paso forzado y que el descanso siempre era más fácil.

Lo que el cerro percibió en sus faldas desde el inicio fue un murmullo de voces, una humanidad colorida, una invasión disparatada. Yo me imagino esa cosquilla remota que la cumbre ha debido sentir en sus pies, ese escozor que llama, y la sabia paciencia de la que también ha debido arrojarse para darle puerta franca a esta comitiva.

En la andanada, como era de esperarse, nos fuimos distanciando unos de otros. Formábamos tres grupos: tres delante, cuatro en el medio y los demás atrás, descansando en cuanta piedra hallaban y atajando a los niños más pequeños que siempre se distraen con cualquier cosa.

La primera visión fue inolvidable. Fue como una medición de fuerzas, fue como el encuentro real con la montaña. El cerro nos hacía saber que penetrábamos un territorio ajeno mostrándonos su primera embajada: una manada imponente de langostas verdirrojas que se mostraba quieta y temible sobre la franja del camino. La primera reacción fue regresar: agarrar a todos los niños y regresar de esa imprudencia. Temíamos que la manada echara a volar y nos cubriera como una nube. Cautivados por esa figura animada que alfombraba toda la extensión de la tierra, los niños cultivaron un silencio que emuló la tensión secreta de las langostas. Nos veíamos apenas en la falda del cerro y ya ese primer encuentro nos paralizaba. Decidimos entonces apartarnos del camino central e irnos por otra trocha pedregosa para procurar entroncar más adelante con el camino central.

La segunda visión no fue menos extrema: Miguelito, el menor de Maruja, quiso agarrar un mecate negro enroscado alrededor de la base de una tuna y una mapanare se despertaba del sueño de las sombras para alejarse sinuosa entre las piedras. A Miguelito la escena le produjo risa. Pero nosotros, los mayores, tuvimos el corazón galopándonos en la garganta por horas. Fue otro señuelo que el cerro nos mandaba y por nuestra mente cruzó nuevamente la idea del regreso.

A estas alturas, ya era difícil coordinar al grupo. Éramos claramente tres las divisiones y yo avanzaba adelante con mi hija Lucía y con Mariana, la mayor de Maruja. Lucía y Mariana, ambas en sus diez años, demostraban ser ágiles sobre las piedras y no les importaba arrastrar sus nalguitas sobre las rocas en caso de que el camino lo exigiera. Yo me sentía cómodo en su compañía y entendía que la flexibilidad elástica de sus cuerpos me invitaba a no aminorar la marcha que nos iba diferenciando cada vez más del resto.

No veíamos a nadie más del grupo cuando el camino nos condujo a la cima intermedia de una ladera desde donde pudimos divisar por primera

vez un segmento de la península. Veíamos en un primer plano la iglesita de Moruy y su plaza, luego una franja interminable de tierra salpicada de vegetación, en el extremo las refinerías de Cardón y Amuay y, por último, la lengua azul, improbable, del mar. La vista era ya imponente y un manto protector, translúcido, bajaba del cielo presionando nuestros cuerpos contra la tierra.

Hacia un punto, sí, la ladera nos mostraba la península. Pero hacia el otro, el que nos esperaba, el cerro abría una boca oscura e impenetrable. Nos costó entender dónde estábamos. El cerro establecía una clara línea diferenciadora entre la vegetación de sus faldas —seca, xerófila, esquelética— y la de la cumbre —húmeda, abundante, selvática—, y nosotros nos encontrábamos justamente en esa frágil frontera. Comprendíamos de pronto que la elevación de las tierras iba al encuentro de un clima más húmedo, proporcionado quizás por las nubes rasantes, y de una temperatura más fría. Un hábitat nuevo, específico, diseñaba su propio paisaje.

El cambio fue francamente abrupto, increíble: pájaros multicolores, árboles de altas copas, lia-

nas suspendidas desde ramajes inaccesibles, barro en vez de tierra seca en el camino, hojas del tamaño de Lucía o de Mariana que se nos precipitaban al paso. El zumbido del viento persistía, pero ahora era forzosamente más húmedo. Era un zumbido, si se quiere, más ligero, más perfumado. Una selva virgen palpitaba bajo nuestros pies y cada charco que enturbiábamos con nuestras pisadas agitaba ese corazón abierto, al desnudo.

Debo decir que Lucía y Mariana entraron en un embrujo. El sol que les quemaba la frente en la primera etapa de la caminata había desaparecido para entregarles ahora esta ruta sinuosa, embarrada, fresca, a la que ellas se entregaban como si fueran a la busca de una fuente, de un manantial. Corrían como diablillas, sin importarles ningún sobresalto, y yo les seguía el paso con dificultad. Nada les era extraño. Se sentían bienvenidas, recogidas por ese paisaje salpicado de barro y rocas, y reinventaban a cada paso la ruta confiando sólo en el instinto que las llevaba a escoger una senda y descartar las otras.

Yo suponía que los otros habían abandonado. El mirador de la ladera no me había permitido di-

visar a nadie en la ruta que serpenteaba por las faldas de la montaña. Comprendía que yo estaba solo con Lucía y Mariana y que el reto era ahora mayor, estrictamente nuestro.

El sol nos regalaba haces tubulares en el camino y, a través de los huecos que las copas de los árboles nos cedían, yo podía ver la cercanía de las nubes que peinaban la cumbre a gran velocidad.

Debo hablar ahora de nuestra pérdida. Porque de eso se trataba: de una embriaguez serena, de un extravío en el que el cerro nos sumía a su antojo. Una sola ruta partía ahora la selva en dos mitades y no quisimos abandonarla por más atractiva que fuera la vegetación que crecía desbordada en ambos flancos. A estas alturas, ya éramos otros: los pantalones estaban enfangados de tanto arrastrarnos y agacharnos, los brazos estaban cubiertos de costras resacas de barro, las cabelleras de Lucía y Mariana goteaban como manantiales sobre sus caritas risueñas.

El cerro nos entregaba en sus postrimerías una pared alta de roca que solamente se podía salvar escalándola a pie. Una liana gruesa, que se suspendía bamboleana de la rama de un árbol en los

niveles superiores, era el único señuelo. Lucía y Mariana treparon la pared apoyándose en la liana y me saludaban desde arriba como retándome. Tuve que hacer lo mismo no sin perder el pie en más de una ocasión. Sobre el lecho de la roca corría un riachuelo que iba sembrando a su paso musgo resbaloso e invisible.

Ya salvada la pared, entramos en la etapa final, en la tercera y última etapa. Estábamos en la cumbre, sin duda, y la selva la desnudaba para dejarla sólo con piedras sembradas a todo lo largo y unos arbustos bajos, como gramilla de playa, que se sacudían espasmódicos al compás del viento. El camino acá se hundía en el propio lecho de la roca y la senda quedaba también bordeada de piedras que hacían las veces de pasamanos. Fuimos avanzando lentamente por esa trocha definitiva que el paisaje nos despejaba hasta poner nuestros pies en la última, gruesa, aplanada roca que nos permitía coronar la cima.

Lo que la cima nos obsequió es un ejercicio irrepetible y es inútil condensar en una sola secuencia todas las imágenes que nuestros ojos retuvieron. Estaba la península en todo su esplendor.

dor, por sus cuatro costados: el istmo al sur, el faro del cabo San Román al norte, las playas de Tiraya y Adícora al este, las dos refinerías con sus grandes mechurrios de gas al oeste. Estaba una cruz, blanca, alta, que algún explorador consignó en tiempos pasados. Estaba el viento, pétreo, libre, omnipresente, con aventones que no nos permitían estar de pie, que nos obligaban a agacharnos y a sujetarnos de las rocas rastreras; una fuerza originaria, que arrastraba todo a su paso; todos los vientos de la península recogidos en ese punto, coincidiendo en el remolino que nos alzaba y nos suspendía por los aires.

Lucía y Mariana tardaron en reconocer que esa imagen traslúcida que peinaba la cima con motas colosales de algodón eran las propias nubes estrellándose desafiantes contra la cumbre. Ante el temor de perder el equilibrio bajo el feroz empuje de las nubes que se precipitaban, ante esa presencia siempre distante que de pronto se volvía corpórea y las arropaba con sacudones, Lucía y Mariana no supieron sino arrodillarse y entender que sólo un dios podía animar la fuerza que las clavaba con vigor en la tierra.

TRILOGÍA

Tengo tres hijos de tres hombres distintos. El primero fue un kurdo de la resistencia aislado en París; el segundo fue un belga de Amberes, funcionario de la embajada de su país; el tercero fue un pintor chileno que tenía su estudio en la *Place d'Italie*. Con los tres tuve relaciones siendo yo una joven estudiante en Francia.

He criado a mis hijos con pasión. Ya de vuelta en Caracas, mi madre ha tenido que hacerme un espacio en su casa de San Bernardino. Los niños corretean y juegan por el jardín. Son tres hermanos con tres apellidos distintos: ha habido problemas a la hora de inscribirlos en la escuela.

Cada uno heredó un rasgo distintivo del padre: el mayor, los ojos verdes y la estatura del kurdo; el del medio, el pelo lacio y la indiferencia del belga; el tercero, el ensimismamiento distante del chileno. Me gusta esta variedad, esta sintonía. Es como tener mi pasado fresco, correteando por la casa; es como tener la variedad toda concentrada en un solo punto.

La fuerza y la debilidad me acompañan; también los buenos o malos ratos. Algunos días son de alegría (los cumpleaños, los paseos) y otros de verdadera infelicidad (las pesadillas recurrentes del más pequeño). Los niños evolucionan sin fantasmas y he procurado que la paternidad sea una referencia remota bajo el calor del hogar de mi madre.

Veo el rostro de cada uno y creo estar viendo a cada uno de los padres. Son secuelas que se entretajan: los encuentros en los cafés, las fiestas, los parques, las idas al cine, los museos. Eran mundos distintos: desde el peligro acechante del kurdo (un verdadero paranoico que no podía citarme en un café sin estar viendo para todos lados), pasando por la fría diplomacia del belga, hasta la pasión romántica del chileno, siempre saltando de sus lienzos a mi cuerpo o viceversa. Toda esa riqueza me recorre de cabo a rabo y, al recordarme, tiemblo, añoro el pasado.

Mis hijos han crecido sin mayores traumas y puedo decir que ya son unos hombrecitos. Lástima que con tanta variedad ningún hombre me quiera ver ahora. Salgo de vez en cuando con al-

guno pero he aprendido a omitir cualquier referencia a mis hijos. Los niños están cada vez más con mi madre y cada vez menos conmigo. Sé que estarán bien en casa. Es un problema llevarlos para algún lado en la vida agitada de estos días. He vuelto a viajar con algunos amigos, he conocido a otros hombres. Sólo que esta vez me he cuidado de no dejar ninguna huella.

THE RUNAWAY

Otra vez la sensación de que me iba, María, otra vez ese sueño recurrente. Y es que me despierto en medio de la noche, y es como si me acabaran de depositar en el lecho. Yo no he estado ahí, en la cama, yo he estado en otro horizonte, en otra instancia, y para convencerme de lo contrario me devuelven al lecho justo segundos antes de despertarme. Esa es la sensación. Anoche, puedo asegurarte, tuve miedo, hondo miedo. Fue un miedo central, ciego, primigenio. Quise llamarte del tiro a Caracas, quise creer que todo estaba bien contigo y con los niños. Pero preferí calmarme, dejar que el sobresalto me abandonara. Y claro, no pude volver a dormirme. Tardé en bajarme de la cama, temía bajarme de la cama. Luego recorrí el estudio como un sonámbulo. Me acerqué a la mesa de trabajo y escribí "Otra vez la sensación de que me iba". Era el encabezamiento de esta carta, de este relato. No puedo permitir, me digo, que sigan pasando los días sin que

yo pueda descifrar la escritura de este sueño que no me abandona.

No vayas a creer que Bellagio ha sido lo que esperaba, lo que veíamos en los folletos. Su belleza es paralizante, sin duda, pero el mal clima no nos ha abandonado. Esto es Bellagio en septiembre, me dicen: lluvias, ventisca, tormentas sobre el lago. El Centro me ha colocado en uno de los estudios de la residencia y desde mi ventana tengo puerta franca al lago. Puedo asegurarte que todo lo he detallado: las villas rojizas y amarillo mostaza de las orillas, los *ferryboat* cruzando de un extremo a otro, los caseríos que crecen a todo lo largo, estas montañas cuyas cimas se desnudan en piedras escarpadas, una luna insomne, imponente, hecha de esperma amarillenta de vela, que parece el sumidero hacia donde fluyen todos los cuerpos de la bóveda celeste. Son las imágenes desde mi ventana. Sólo que estas imágenes han sido fragmentarias, percibidas como en fogonazos. Una tormenta eléctrica nos regaló hace apenas una semana seis horas seguidas de relámpagos sobre el lago. Era un contrapunto de luces: cuando no era el lago el que reflejaba los rayos,

eran las cimas grises de las montañas las que surgían como presencias fantasmales. Por supuesto que se fue la luz del tiro: tuvimos que estar con velas en los cuartos durante toda la noche.

Pero vuelvo a la sensación, a la sensación de que me iba. Y trato de explicarme. La semana ha sido apacible, si se quiere. Y he tratado de cumplir con las disposiciones del Centro. Como siempre en estos casos, ha habido delegados de todo el mundo: unas intervenciones más interesantes que otras. El Centro dispone de todo para que uno pueda concentrarse a fondo en el trabajo. Es siempre tan disímil la realidad en estos encuentros: mientras el representante de Nigeria te habla de que en su país hay cuatrocientas lenguas, la de Noruega te tararea una canción de cuna de su folclore nativo. Es el universo todo concentrado en un punto, en un sitio de inolvidable belleza, y ese universo, precisamente ayer, me agotaba, me extenuaba. Decidí subir a mi cuarto después de cena y retomar mi libro de Silvina Ocampo. Leí un relato certero: "La última tarde", y creo haberme llevado al sueño las imágenes del sueño de Porfirio Lasta, personaje central. Duermo pesadamente (algún

brandy de la cena) y a golpe de tres de la mañana (pude comprobarlo después en el reloj de la mesa de noche) la sensación de que me iba, de que me sacaban de cuajo, de que ya no volvería a esta vida de todos los días, concebida, planificada. Y trato de volver a las imágenes finales de ese sueño y no las encuentro. Sólo encuentro las imágenes de Porfirio Lasta, ese impreciso sueño en el que lo vienen a buscar a la hacienda y le hunden un hierro rojo en el pecho. Y quiero encontrar mi sueño, mi sueño específico, y lo que recibo son ramalazos, residuos de la noche. Y en ese énfasis de escarbar, de rehallar las imágenes, un miedo central, corpóreo, surge, me paraliza, para hacerme sentir que he podido ser otro. No me pude dormir en el acto y todos los ruidos de la noche se magnificaban: una gata en celo retorciéndose como un chiquillo, un perro que ladraba (quizás por la misma gata), un movimiento de cajas que suben y bajan (un ruido impreciso). Y no me quería bajar de la cama, temía profundamente bajarme de la cama. Y buscaba formas en todas las formas: las cortinas, el espejo, la lamparita de mi mesa de noche, la fosforescencia de las manecillas del reloj.

Después de calmarme, sólo atiné a recorrer la habitación, a reconocerla. Me acerqué a la mesa de trabajo y anoté “Otra vez la sensación de que me iba” para que quedara un residuo de la noche, una referencia, para no creer que todo lo había soñado. Quise escribir un relato (era la única manera de escarbar en el sueño) y quise también escribirte esta carta para que supieras que el sueño no me abandona y que volverlo a soñar lejos de ti me vuelve un ser temeroso. En Caracas tengo la certeza de tu cuerpo durmiendo al lado del mío, tengo el brazo que toco y aprisiono en medio de la noche, tengo tu cara plácida y abonada de tranquilidad. Pero acá en Bellagio no, acá en Bellagio el sueño me persigue y yo soy su presa.

He decidido escribir el sueño. O mejor dicho: descifrar la escritura del sueño. Me volví a dormir con esa certeza: escribir un relato sobre el sueño y por eso quise anotar el encabezado. Yo trataba de enhebrar el relato mientras me volvía a dormir, trataba de tramar las secuencias mientras oía la gata en celo. Y no era fácil: no oía el sueño, mi sueño. Oía cosas más prosaicas: el latido de mi corazón arrinconado entre mi oreja y la almoha-

da, el tremor burbujeante de mis tripas (otra vez los residuos del brandy de la cena o la cena misma), el breve susurro del viento contra las cortinas. Todo menos el sueño, las imágenes del sueño. Y siempre es así: todo lo sueño pero nada lo recuerdo. El sueño es un territorio que se me da en el mismo instante de su desarrollo, que no me reserva ningún influjo para la vigilia. Y yo, desde la vigilia, tratando inútilmente de alcanzarlo, tratando de descifrarlo. Y es inútil: no puedo concebirlo. Sólo oigo el perro, la gata en celo, ese extraño ruido de cajas de frutas que suben y bajan en la madrugada de un mercado no muy lejano. Y me voy hundiendo en el sueño (me hundo como el hierro rojo de Porfirio Lasta) sin esperanza alguna. Y no se adónde voy, adónde me querrá llevar este sueño recurrente. En sus brazos, abandonado, seré nuevamente la víctima de su designio, de su escritura, y mi otro yo, el que esto escribe, no podrá descifrar nada luego.

Y me ha quedado sólo la carta, María, esta carta que ahora escribo mientras me asomo y veo el lago frente a Bellagio. Esta será una nueva jornada de trabajo con el nigeriano y la noruega, len-

guas infinitas que se cruzan y se desviven, torre precisa de Babel cuya maraña tratamos de desenredar día tras día. Y me despierto esta mañana con cansancio, con la secuela de la noche. Y recuerdo el coletazo del sueño y mi brusco despertar a las tres de la mañana. No sé si el sueño me volvió a llevar a sus orígenes. Al menos no lo recuerdo. Sólo el recuerdo del brusco despertar, lo compruebo, me da algún indicio. Y es posible que la de anoche haya sido mi última tentativa por pescar el sueño, por descifrar su sentido. Me he levantado, María, y he querido escribirte esta carta (antes de escribir un relato sobre el sueño) y, al sentarme en la mesa de trabajo, cómo decirte, me he quedado petrificado, se me ha helado de golpe la sangre. He encontrado mi nota, sí, la caligrafía temblorosa de la madrugada que escribe “Otra vez la sensación de que me iba”, pero debajo de ella, en un rincón del papel, otra caligrafía no menos temblorosa que no es la mía ha apuntado “Pero no te vas todavía”. Y nuevamente, bruscamente, desde el centro hueco del miedo, he entendido que esta carta que ahora te escribo es también el relato, no puede ser sino el relato del sueño.

ANDANZAS

I

Intento ubicarme en una mañana cualquiera: Imosca perpleja que arremete contra el vidrio que la separa de un espacio más abierto. Estas lecturas dispersas, esta postura aleatoria por excelencia, siempre respaldada por un cigarrillo que arde sin cesar en el borde abismal de un cenicero. Diré que enciendo un solo fósforo por día, diré que una colilla a punto de extinguirse enciende el tabaco virgen que da lugar a la próxima bocanada. ¿Seré diestro limpiando ceniceros, seré el orfebre de esta parálisis? La lava, la lava distante del deseo, bajando minuciosa por los sembradíos, sumando materia al ya sediento abono. Estas erupciones portátiles, cosechadas en la cabecera de mi cama, fecundadas por estas ansias tortuosas de presencia. Mi piel tras un telón de fondo, mi aliento en la cápsula que no cobija esperanza alguna, mi pulso recogido en la mirada instantánea

del asesino. Todo es esfera, sí, todos aguardamos serenamente a la vuelta de la esquina. Los callejones seducen, instauran a oscuras los flancos altivos de la sorpresa. Dar un paso hacia el otro, atreverse a darlo y, luego, revólver en mano, sonreírle a la víctima. Emboscar al paseante nocturno en una callejuela cualquiera y decirle en tono melancólico: “¿Recuerdas a Ricaurte en San Mateo, acaso lo recuerdas?” Fieles a la pólvora, volamos en pedazos. El paso ha sido dado, sí; la línea de fuga, construida. La vida como desplazamiento, la escritura como errancia. En silencio acciono el gatillo: y salgo disparado hacia la vasta geografía.

II

Geografía instantánea la de París; paisaje plomizo, inmutable. Estas mañanas con resfríos, estos preámbulos con agua en la nariz. Pues sí, se me ha dicho que mi nariz es abusiva. “¡Vaya tamaño el de tus fosas nasales!”, comenta una amiga noruega mientras apura su vaso de cerveza, mientras sonríe, mientras se sabe infinitamente bella (bien amarrado el universo por la cola). Y aquí

estoy con encierro, lejos de la madera noruega, de algún lago nunca visto. Resfrío que desemboca en gripe. Y no hay limón en la nevera, ni siquiera un té de manzanilla. Muerte prematura de los aromas en esta mañana esquiva, luto nasal que ignora a un París henchido de agua. Porque París es precisamente eso: pulmón ahogado, tos convulsiva, horizonte establecido por una ventana. Y voy hacia la ventana, hacia el París recortado por la hiedra circundante que asciende desde la base del edificio. Y hay árboles más allá de mi ventana: paraguas enormes que cobijan a algún paseante distraído. El limón se erige como meta; el limón invoca, invita a un desplazamiento. Salir del pasillo del edificio con mareo, dar muestras de debilidad en plena calle. He debido quedarme en cama, intentar recuperarme, abolir esta bolsa espumosa de imágenes con un punzón. Desángrese la medusa sobre mi desordenado lecho. Pero no hay limón en los alrededores, no hay establecimiento capaz de proporcionármelo. Gripe amarga, obtusa, anegadiza. Gripe sin principio ni fin: sólo un largo interregno sin fronteras. Ignorarse en la cama mientras la clase de mañana espera, descono-

cerme en la cama mientras anclo misseudópodos en los labios de la amiga noruega. Y doy vueltas innecesarias sin poder conciliar el sueño, y doy vueltas para transmutarme en una chica noruega, blanca toda piel, blanco todo origen, sonrisa alimentada a fuerza de madera, pinos robustos que crecerán en algún bosque.

III

Sopa de lentejas para hoy al mediodía. “Mucho hierro”, decía mi madre. Modeladas las zanahorias, presentes las papas, subversivas las cebollas. Hierve el agua en el caldero. Transcurrir, dejar que se cumpla un proceso: la sopa de lentejas. Sí, dejar que haya acto con burbujas, con asomadas periódicas a la olla. Se levanta la tapa para presenciar la ebullición. El día como pacto conciliatorio, como el armisticio de las partes. A un lado, las lentejas soberanas; al otro, este discípulo tardío, este rústico gastrónomo. Participar de la humildad de la lenteja, de su pulso secreto. Cada salto, cada despliegue en ascenso, es una invitación matizada, necesariamente sutil. Dirá la lente-

ja: “Dichoso este observador de nariz abusiva que se asoma por sobre el vapor despedido; dichoso por prestarle ojos, habla, válvula de escape, a esta mi muerte prematura”.

IV

Tarde cónica, tarde que busca en sus flancos algún agujón capaz de crisparla. Veo a Madame Pailleux, la veo con sonrisa, con vara en la mano. Leve golpe en el pizarrón para señalarnos una figura: repetimos su nombre en coro; otro más arriba para señalarnos un objeto: repetimos su nombre en coro. ¿Madre española, Madame Pailleux? Sí, madre española. La noruega sonrío a mi lado, sorbe un poco de café. ¡Con razón tanta gracia, Madame Pailleux, con razón! Pues sí: celebrémosle esa sonrisa navarra en alguna punta extraviada del día. Labio amplio que nace en alguna serranía parda, que desvela una dentadura en los canos Pirineos, que agoniza con saliva en el estornudo parisense.

V

Cita con la noruega en un café de Cité Universitaire. ¿Beber cerveza con esta nariz abusiva? Pues sí: beber cerveza con eco vikingo... Y a solas: quizás me ignore en esta mirada que te escarba piel y boca, quizás me desconozca en esta enumeración obsesiva de tu presencia. Calla, criatura de Odín, calla mientras empinas la copa. Y recuerda: siempre que cierres tus párpados, siempre que lleves tus pestañas hasta ese tope brusco y retráctil, siempre que te atrevas a hacerlo, habrá algún dios dándose muerte.

VI

Noche incorregible... ésta en la que me levanto para tomar un vaso de agua. Noche sin noruega, sin gripe, sin salto. Noche hermética, superpuesta al tejido de silencio que una lluvia inalterable construye y reclama. Heme aquí con vaso al borde de la ventana, heme aquí con pijama repentino, heme aquí con bostezo animal. Todo lo ignoro a esta hora, todo lo ignoro en esta asoma-

da. Beber agua por agua, humedecer un pecho que sólo se localiza afuera, que sólo inhala el aire de afuera. Fragancia rota, sin origen. Fragancia instalada allí donde debía instalarse, allí donde debe permanecer, allí donde quizás muera bajo las ruedas veloces de los primeros autobuses. Saber que no hay presencia. Saber que la noche es tan sólo una línea a la que se asciende, un flujo indeterminado, una resaca perezosa.

VII

Esta línea 21, esta línea de autobuses con ancianos que reclaman sus asientos en cada parada. Esta manera de sonreírle al chofer en la Porte de Gentilly, de saber que habré de bajarme en Les Ecoles. Esta sucesión de manos en uno de los tubos de soporte: uñas sucias de esa joven, venas sobresalientes de aquel cincuentón, palma callosa de alguna martiniqueña, nudillos esquivos de esta mujer, quizás modelo, quizás amante, quizás pantera, sí, quizás con ganas de ser pantera y no otra cosa, nudillos que ya no son nudillos esquivos sino garras, garras precisas, ansiosas de tejerle la

emboscada a algún inocuo cazador. Y aparto la mirada de la sucesión de manos, de esa pequeña comunidad de brazos extendidos en donde las identidades juegan a ignorarse. Y la aparto para dirigirla esta vez afuera, alguna serie de árboles, la flora geométrica de los parisienses, amparada siempre por disposiciones previas. ¿Follaje en orden? Sí, follaje en orden, hojas que el otoño llama para sí, que caen en busca de voraces alcantari-llas. Noruega me ha dicho que también toma el 21 desde Cité Universitaire, Noruega me lo ha dicho. Pero nunca he alcanzado a verla. Resignado, bajo en Les Ecoles para encontrarla minutos más tarde al pie de Madame Pailleux, como si su ejercicio de ave mañanera diera soporte a la frágil sonrisa de la profesora. Varita en mano, comenzamos... Comienzo por ser este desierto infecundo, esta tácita movilización hacia lo inesperado, esta errancia sin fruto previo. Y lo confieso: no necesito del 21, de este recorrido implantado, para ocultar mi condición de nómada. Nómada bajo esta lámpara que me cobija, nómada ante esta página en blanco, nómada por mi tos, por mi cigarrillo a punto de caerse del cenicero, otra quemadura

más para esta precaria mesa de trabajo, otra asomada más a la ventana, los mismos árboles, la misma lluvia, mi lluvia, ser esa materia que veo, ser ese esparcimiento acuático, la revuelta de los mares cayendo en su propio origen o hallando de golpe la palma de mi mano.

VIII

Temo que nada tenga sentido. Temo que estas levantadas no conduzcan a paradero alguno. Temo que estos arranques súbitos del autobús sean en verdad frenazos imperceptibles. Temo también que Noruega no sea la desembocadura de un acto. Temo en definitiva que no haya parto en todo esto, acogida, vínculo... El pájaro se ignora de una rama a otra y, sin embargo, se deja habitar por la chispa del vuelo, del deseo que lo fulmina en pleno aire, que le imprime la dirección hasta ese instante desconocida. Salgo en blanco de casa. Salgo sin credenciales, sin ojo que impere, sin tacto que dicte, sin adelantarme al nombre de las cosas. Salgo buscando tropiezo, resbalón, uña amoratada bajo el filo de una puerta.

IX

He creído ver a Noruega en un entrecerrar de nevéra, he creído verla subiendo las escaleras mal iluminadas de su edificio. Debe haber un felpudo de paja ante su puerta, debe haber una postura adecuada de su mano al despasar la doble cerradura. Noruega entra a un apartamento necesariamente alfombrado, con cojines dispuestos por el suelo, con un helecho vigoroso en una de las esquinas. Puede haber libros en algún nicho de estantes no precisamente horizontales, puede haber un florero azul comprado en un viaje a Normandía, un tulipán ya marchito. Olla con leche en una de las hornillas eléctricas, restos de huevo en algún sartén. Su codo busca acomodo en la alfombra mientras hojea una revista perfectamente prescindible. El mentón esta allí, sujeto por la palma de la mano. Cedo tiempo a su bostezo, a lo innecesario que resulta llevarse la mano a la boca. Sus piernas van y vienen, se entrecruzan en el aire, hacen sonar una pequeña cadena que rodea el tobillo izquierdo. De imagen a imagen, nada se va enhebrando; de foto en foto, nada toma pie. Hora de abrir la llave de la bañera, hora de desvestirse. El agua se satura del baño de espuma. Y un cuerpo se

sumerge a todo lo largo, y un cuerpo asoma su isli-
lla, pezón incauto que hincha sus carnes cuando
tiembla de frío.

X

¿Sonríe aún Ricaurte en San Mateo, quiebra aca-
so el labio inferior cuando arrinconado por realis-
tas apunta su cañón a la pólvora, teje alguna
mueca en medio de la proeza? Abolir la estupidez
de un solo disparo, crecer a escondidas, como el
eje inubicable de una diáspora. Hay sólo acto, lí-
nea escueta, paso sobrio y elegante. Hay abandono
en toda entrega, ceguera, frasco roto. Y Ricaurte
dispara con la precisión de una abeja. El deseo
queda suspendido entre la pólvora y el arma: no
hay blanco pero tampoco origen, no hay Ricaurte
pero tampoco estallido. Sólo desplazamiento, dis-
posición, vínculo entre una punta y otra, entre
una boca y otra, entre un abismo y otro. Mirada
húmeda la de Ricaurte, mirada unívoca, sin ca-
rencias. Sólo disparo: la vuelta del ojo alrededor
del mundo.

XI

Fin de curso con Madame Pailleux. Tendremos champaña esta noche, quesos, salchichón. Y Madame Pailleux sonreirá desde un sillón de gamuza, aconsejará estudios, propondrá futuros encuentros. Noruega ha traído una torta de manzanas: circunferencia almibarada que deshace mi paladar. Noruega irá a Trieste: alguna amiga italiana que aguarda a orillas del Adriático, bajo un sol engañoso pero atento. ¿Abundante luz para quebrar los vientres? Sí, a lo sumo algunos rayos decisivos, tangentes cumplidoras. Arrinconada por la conversación junto a algún jarrón de asas enormes, Noruega dispone del universo con ademanes puntuales. Y habla de preferencias, de su diario descenso en Les Ecoles (jamás visto), de la trayectoria escogida (siempre aleatoria), de la mirada furtiva de los paseantes (amantes potenciales). ¿Tejer una caminata original entre tanta carcajada obtusa de turistas alemanes? Pues así parece: sonreírle a un triste Comte en la *Place de la Sorbonne*, detallar con énfasis los nuevos *graffiti* que Montaigne exhibe en sus ahora polícromas panto-

rrillas, saber que Carlomagno es apenas un señuelo al otro lado del río. En Trieste habrá lugar para trazar caminatas perfectamente previsibles, recorridos dignamente sedentarios al lado de Gabriela, la amiga italiana, pómulos altivos ante la brisa descarriada, algún abrigo de pieles en el armario... Despedida con relleno, con algo de confitería. Adioses bruscos frente a la puerta de una parte y otra. Y ya no hay rostro de Madame Pailleux: se ha esfumado detrás de la madera. Los invitados desaparecen por las bocas del metro. Negro es el paladar de la noche, negras las voces que aún reverberan en el aire, negra esta caminata de regreso, mi pulso suspendido en cada paso, un perro que ladra, el necesario peatón que cruzará en la próxima esquina.

XII

Concluir de alguna manera, sí, como una segadora de trigo que corta cabos, futuros gérmenes. Sí, debe haber alguna manera de hacerlo, de florecer en este claustro. Habría que coincidir con Noruega en el 21, verla descender en Les Ecoles para

seguirla de cerca. Y no tendría importancia preguntarse qué podría estar haciendo a estas horas de la noche. Pues no, no tendría importancia. Lo cierto es que avanza, lo cierto es que se pierde entre las risotadas de alemanes. Ya ha dejado atrás a Comte, también a Montaigne. Perderse en el reducido laberinto del Quartier Latin, entre restaurantes griegos y papas fritas, entre humaredas y hombres ansiosos. Carlomagno espera al otro lado del río, Carlomagno espera custodiado por dos vasallos. Hay un banco propicio para la lectura, Noruega, hay un banco también verde que podría servirte de asiento, que podría otorgarle sentido al libro que has metido en tu bolso. Déjame seguirte la pista, Noruega. Y no temas: piensa que podría ser un día de clases como cualquier otro, piensa que por primera vez hemos coincidido en el 21. Ausentes los labios de Madame Pailleux, ausente su vara metálica. Cruzar el río, sí, rumbo al banco que te espera, rumbo a Carlomagno. Tendrías que asustarte bajo esta lámpara, Noruega, tendrías que hacerlo porque tú no concibes esta errancia. Y te sigo cautelosamente, sí, y te ato a estas líneas, a estos bruscos pasajes del Quartier Latin en

donde no sólo habrá turistas alemanes sino alguien que te sigue, que se deja llevar por la cadena de tu tobillo, que se deja arrastrar por esa visión fulminante. Correr, sí, huir entre la muchedumbre, tomar la primera vía alterna. Correr ahora, sí, rumbo al río, cualquier calle, cualquier pasaje. Y hay un camino que se abre ante tus ojos: “Rue du Chat qui pêche”, reza el letrero. Callejuela mal iluminada, opción torpe y precipitada. Te hago crecer desde el fondo de esta página, Noruega, te hago crecer mientras quedas arrinconada. Habrá que darse vuelta ahora, habrá que pactar con el desconocido. Y una primera risa aflora, y un primer gesto de condescendencia halla curso, ¿Respirar de alivio ante la sorpresa del compañero, balbucear alguna frase? Hinchar mi cuerpo bajo esta lámpara, tener la audacia de mirar una vez más por la ventana, ser capaz de emboscarte en esta callejuela, de mostrarte este objeto de hierro con olor a pólvora, de preguntarte con tono melancólico mientras apunto a tu vientre: “¿Recuerdas a Ricaurte en San Mateo, acaso lo recuerdas?”

FUTURO Y OTROS TIEMPOS

14 DE AGOSTO DE 2116

El astrónomo Duncan Stell anuncia en Sidney, Australia, que un asteroide de cinco kilómetros de diámetro atraviesa sorda y velozmente el espacio rumbo a la Tierra. Hielo y roca se concentran en el meteorito sin que el fuego de la estela altere su silueta. “Colisionará frontalmente y sumirá al mundo en la hecatombe”, advierte Stell ante una audiencia internacional de astrofísicos. “Desaparecerán todas las formas de vida bajo una explosión equivalente a mil bombas atómicas”, exclama el australiano con ojos que miran por debajo de las gafas.

El 14 de agosto del año 2116, escrutando el cielo por entre el enramado de un samán plantado en plena llanura de Barinas, mi tataranieto Bernardo comprenderá que otra luna ocupa el firmamento —esta vez fogosa y omnipresente— y que en un santiamén el sentido podrá volver al punto de donde nunca ha debido emigrar.

EL VIGÍA

El californiano Kip Thorne, adosado desde hace un lustro a uno de los telescopios de Monte Palomar, ha descubierto que la radiogalaxia M-87 se devora a sí misma a través de un agujero negro. Un rapto inconmensurable descentra la paz de las esferas y consume todo lo que se acerca a esa especie de sumidero. Apunta Thorne en un cuadernillo: el hambre del agujero se sacia con una estrella al año —o su equivalente en gas y polvo cósmico.

VOLVER AL FUTURO

Matthew Newman suda bajo su escafandra sintética. En honor a la diosa del amor, los griegos bautizaron con el nombre de Venus al planeta en que el plomo se derrite a ras de superficie. Cráteres erizados y nubes hirvientes que sobrevuelan los polos atosigan la vista de los pioneros. Años atrás, una misión inyectó bacterias en las nubes y cultivó algas verdiazules bajo el empeño de provocar una atmósfera más benevolente. Newman se distrae con la polvareda que levantan sus botas y, fiel a la nueva misión, se topa con un primer manojo de algas abatidas por el viento. Se arrodilla en un amago torpe de astronauta y arranca con su mano amplificadora por el visor ese simulacro vegetal no sin antes temblar ante una imagen que le ha cruzado por la cabeza: Venus podría ser el futuro de la Tierra —piensa—, el último estadio de lo que en el siglo xx llamaron “efecto invernadero”.

27 DE NOVIEMBRE DE 1992

Difusa entre el cúmulo de imágenes que le revoloteará en la mente justo antes de morir, mi hijo Bernardo retendrá la súbita carrera a lo largo del pasillo de una casa en El Marqués: el estruendo de una bomba que dejaba esquirlas incrustadas en las paredes y astillaba el vidrio de una ventana lo alcanzaba en la plenitud de sus tres años entre los brazos de una madre angustiada y la llamada larga distancia del padre ausente.

OUR VIOLENT EARTH

Las *tsunamis* son comunes en el océano Pacífico. Terremotos de gran intensidad pueden desnivelar la plataforma submarina y ocasionar una súbita onda de choque: las olas nacen en el mar profundo y viajan hacia las aguas bajas haciéndose cada vez más grandes. Con intervalos de quince minutos y separaciones de doscientos veinte kilómetros entre una y otra, las olas alcanzan la costa a ochocientos kilómetros por hora.

Cuentan que cuarenta pescadores de Sokcho, costa oriental de Japón, vieron en 1993 cómo un edificio de diez pisos de agua se les venía encima.

Nunca ha habido en los mares espejo mayor que el de estas olas asesinas.

NEGRO PALADAR

Douglas Lin, un astrónomo californiano de Santa Cruz, afirma ante un auditorio que un brazo extremo de nuestra Vía Láctea —una espiral de ciento veinte años-luz de anchura que arrastra a la Tierra con parsimonia celeste— está devorándose una galaxia vecina bien conocida como la “Nube Magallánica Grande”. Un vasto halo de materia oscura invisible para los telescopios y conformada probablemente por estrellas colapsadas y partículas atómicas exóticas atraganta su negro paladar de la nubosidad circundante. Como quien abarca el infinito con un solo gesto de su cuerpo, Lin abre los brazos de par en par y exclama: “Lo que estamos presenciando, señores, es canibalismo galáctico en acción”.

RENACIMIENTO

El Golfo de San Jorge, al sur de la Argentina, guarda en su lecho las rocas dispersas de un asteroide.

Hace doscientos cincuenta millones de años, la Tierra del Fuego se fracturó en pedazos y un antiguo supercontinente conocido como Gondwanalandia derivó sus partes hacia lo que después serían América, África, Antártida y Australia.

Se estima que el noventa y seis por ciento de las especies del momento desaparecieron bajo la intensa perturbación del impacto para dar forma a nuevas vidas.

APUNTES PARA UNA TEORÍA DE LA CREACIÓN

Toda la energía radiante del Universo fue liberada durante el primer año que siguió a la primera explosión o big-bang.

*

Toda la materia estuvo agrupada en un solo punto antes de hacer explosión y enviar partículas cósmicas en todas las direcciones.

*

El hecho de que la radiación térmica sea la misma en todas las direcciones del Universo demuestra que todo procede de una misma fuente.

*

Ciertas partículas exóticas elementales han debido liberar más energía que otras durante ese pri-

mer año y conformado la heterogeneidad que pudo haber dado pie al agrupamiento gravitacional de materia en la formación de las galaxias.

ESPEJOS ORBITALES

Dos cosmonautas rusos, Guenadi Manakov y Alexander Polischok, abordan la nave Soyuz TM-32 rumbo a la estación orbital Mir. Saben que durante operaciones prolongadas a lo largo de un año desplegarán tres “banderas”, finas sábanas de plástico de cuarenta metros de diámetro que, para el observador común, semejarán estrellas en el firmamento y recogerán la luz solar a fin de proyectarla voluntaria y unidireccionalmente hacia cualquier punto del planeta.

Tres escenas son enumerables a lo largo de ese año en la Tierra: la de un pescador noruego viendo a través de la ventana ahumada de su cabaña cómo su día invernal se le convierte de pronto en un súbito jolgorio de brillos, la de una comunidad agrícola en Vietnam observando el crecimiento acelerado de sus siembras de arroz y la de los equipos de rescate en México hallando con dolor el mayor número posible de cadáveres tapiados bajo las paredes desprendidas de un terremoto nocturno.

MATERIA OSCURA

Anotaciones de Bernard Sandolet, astrofísico de la Universidad de Berkeley:

Durante siglos nos hemos sentido confundidos con lo que vemos —y también con lo que no vemos— en el firmamento. El movimiento sereno de las galaxias nos demuestra que debe de haber por lo menos diez veces más materia en el universo de la que en realidad podemos observar. Sea lo que fuere ese hálito invisible que flota en el espacio exterior, lo que sí sabemos es que no emite luz ni radiación electromagnética alguna. A falta de mejor nombre, convengamos en llamarla “materia oscura”. Mientras más avanzamos en nuestros estudios, más debemos reconocer que la materia oscura domina y dirige la evolución del universo.

*

Hay numerosas teorías sobre la materia oscura. Algunos creen que no es más que polvo, planetas, es-

trellas muertas o gas intergaláctico. Otros plantean que la mayor parte está compuesta por partículas extrañas no detectadas hasta ahora. Lo que sí sabemos es que necesitamos suficiente masa en el Universo para que éste logre un equilibrio entre la expansión infinita o el colapso final. Si la masa que vemos es insuficiente para explicar cómo las galaxias han evolucionado tan rápido, es de suponer entonces que la presencia invisible de la materia oscura determina el equilibrio del Universo.

*

Si nos atenemos a una de las suposiciones, es posible que la materia oscura esté conformada predominantemente por partículas ubicuas. De ser así, podríamos afirmar entonces que miles de ellas pasan a través de nosotros cada segundo.

*

Por más que creemos avanzar en nuevos conocimientos o certezas, siempre volvemos al punto de partida: sólo entendemos una décima parte de lo que sucede en el Universo.

TEORÍA DEL ESCUALO

Anualmente, sólo cincuenta personas son agredidas en el mundo entero. Cifra insignificante si se compara con las doscientas que, tan sólo en Estados Unidos, mueren año tras año, por picaduras de avispas o abejas.

*

De trescientas cincuenta especies que habitan los mares sólo veinte pueden representar peligro alguno.

*

Análisis gástricos de ejemplares atrapados en las redes de pescadores demuestran que se alimentan de focas, morsas, delfines, tortugas, pulpos, calamares, langostas y peces pequeños.

*

El reflejo del traje de un submarinista, el nadador que se agita en la superficie del agua semejando un pez en agonía o el explorador que se interna en su coto de caza, pueden ser el preámbulo de una mordida generalmente mortal. No obstante, la carne humana es ingrata al paladar de la especie. Por lo que todo bocado es vuelto a expulsar.

*

Cuatrocientos millones de años se han necesitado para verlo coronar la cadena alimenticia de los mares y sólo diez para que el hombre asegure su pronta extinción.

*

El Extremo Oriente ha impuesto en los paladares la gustosa “sopa de aleta de tiburón”. La técnica usada por los pescadores consiste en atrapar un ejemplar, cortarle las aletas y dejarlo luego en libertad. Al no poder mantenerse a flote, el pez muere.

*

Dos terceras partes de su cerebro están dedicadas al sentido del olfato.

*

Su visión no desconoce los colores. La retina posee un extracto ocular que le permite reflejar imágenes y aumentar su poder visual.

*

Ciertos sensores de la piel, dispuestos a ambos costados, le permiten captar vibraciones de baja frecuencia y diferenciar las presas.

*

Ampollas ubicadas en el hocico perciben los cambios bioeléctricos irradiados por otras especies marinas. Estos electrorreceptores le permiten escuchar el latido cardíaco de cualquier especie, aun sepultada bajo la arena.

*

Dotado de un avanzado sistema inmunológico, científicos inocularon recientemente una dosis del vibrio del cólera capaz de matar a doce caballos y otra con una alta concentración de sustancias cancerígenas. El primer ejemplar no manifestó reacción alguna; el segundo, no desarrolló ningún tumor.

LA ÚLTIMA VENTANA

Extractos de la bitácora de vuelo del astrofísico David Blair, capitán de la misión Voyager xxx, retransmitidos parcialmente a la Tierra por la computadora central de la nave, minutos antes de que un impacto con un cuerpo celeste interrumpiera de manera indefinida la comunicación con la misión:

Las ondas de gravedad han sido descritas como los tambores del cielo. Diminutas oscilaciones en la trama del espacio atraviesan todos los cuerpos y, sin embargo, son indetectables. ¿Cómo calcular toda esa enorme cantidad de energía que fluye por el Universo? He allí lo que los científicos de mi tripulación han estado tratando de averiguar en los últimos cinco años.

*

El espacio es la cosa más rígida que hay en el Universo. Es millones de veces más rígido que el

diamante, el material más duro que conocemos. No obstante, cada vez que dos estrellas chocan o que surge una supernova, las fluctuaciones de la explosión recorren las tres dimensiones del espacio tal como la piedra que provoca ondas en un estanque. La totalidad del espacio es al océano lo que estas ondas diminutas a un tanquero en alta mar.

*

Nuestro experimento central ha consistido en exponer una barra de niobo de dos toneladas a trescientos grados centígrados bajo cero. Las propiedades superconductoras del niobo, capaz de vibrar por semanas ante el más imperceptible roce, nos permitirán medir con bastante exactitud las ondas gravitatorias.

*

Ondas gravitatorias de la explosión primigenia o *big-bang* deben estar resonando aún en la estructura del espacio como murmullos en un caracol

marino. Si obtenemos la velocidad de expansión de esas ondas, podríamos asomarnos a esa última ventana y recrear la imagen misma del momento de la Creación, hace quince mil millones de años.

EL GRAN ATRAYENTE

Científicos han confirmado que la Vía Láctea se desplaza a una velocidad aproximada de seiscientos kilómetros por segundo en dirección a la constelación de Virgo. No se conoce la naturaleza de la fuerza que está ejerciendo esta inercia sideral. Sólo se estima que su foco debe estar a trescientos millones de años-luz de distancia y que debe poseer una masa cien mil veces superior a la de la Vía Láctea, una galaxia que contiene cien mil millones de estrellas. “Si estamos en lo cierto —habla Joel Primack, astrofísico de la Universidad de California—, las consecuencias de este arrastre serán dramáticas.” La postulada masa de atracción gravitacional ha sido bautizada como “El gran atrayente”.

APOCALYPSE NOW

2000: Aumenta la temperatura media mundial en un grado. Los habitantes de Los Ángeles y Ciudad de México usan máscaras de oxígeno. Las sequías de África crean hordas de refugiados. Se militarizan las fronteras de Europa del Sur y la de Estados Unidos con México. Tormentas tropicales cobran vidas en Bangladesh, Australia y los países del Caribe. Las crecientes radiaciones ultravioletas dañan los cultivos de las latitudes nórdicas.

2010: Aumenta la temperatura media mundial en un grado. Aumenta cincuenta centímetros el nivel medio del mar. Olas de calor en Siberia y Canadá. La producción de cereales en Estados Unidos, India, China, Rusia y Ucrania llega a sus niveles más bajos. La elevación de las aguas marinas contamina el agua de las ciudades costeras. Lluvia ácida y reforestación en Asia Sudoriental. Explosión demográfica y reducción de las zonas de cultivo crean malestares sociales en América Latina.

2020: Aumenta la temperatura media mundial en dos grados y medio. Los sistemas fluviales de Estados Unidos y Rusia comienzan a secarse. Las graves sequías de África, India y China crean una escasez crónica de agua y alimentos. Se toman medidas de “despoblación” en los grandes centros urbanos. Los pobres que permanecen en las ciudades optan por las “revueltas cívicas”. En África la ONU decreta la primera zona totalmente despoblada del planeta.

2030: Aumenta setenta y cinco centímetros el nivel medio del mar. Comienza la construcción de malecones en todas las ciudades costeras. La invasión de las aguas marinas por entre el alcantarillado de las ciudades costeras causa epidemias de cólera y fiebre tifoidea. La producción de cereales aumenta en el norte de Canadá y Siberia. Los parajes árticos están libres de hielo durante todo el año. Canadá militariza su frontera con Estados Unidos para frenar la inmigración ilegal. El fitoplancton marino muere en grandes proporciones bajo la exposición de los rayos ultravioletas.

2040: Aumenta un metro el nivel medio del mar. Hay millones de desplazados en todas las zonas costeras. Veinte por ciento del territorio de Bangladesh está bajo las aguas. La cuenca del Nilo está inundada. El sur de Florida se abandona al mar.

2050: Aumenta la temperatura media mundial en cuatro grados. Los únicos productores de granos son Siberia y Canadá. Todas las ciudades costeras que no construyeron malecones se abandonan al mar. La madera tropical comienza a ser uno de los materiales más costosos del planeta.

EXTREMOS

ÚLTIMA PÁGINA

Informan los familiares de María Lucena, natural de Córdoba y de treintiún años de edad, que, tras batallar inútilmente con una hemorragia cerebral dos horas antes de que naciera su hijo, han decidido donar los pulmones de la difunta a una joven de Almería de veintinueve años de edad aquejada de un enfisema idiopático que la había situado en fase terminal.

La donante murió la noche de un miércoles sin poder reconocer a su hijo sietemesino de mil cuatrocientos cincuenta gramos, quien, bajo estrictos cuidados pediátricos, evoluciona estable víctima de una hialina severa.

Informan los familiares que los otros órganos fueron trasladados a distintos centros: los riñones a Málaga, el corazón a Madrid y el hígado al hospital “Reina Sofía” de Córdoba, su tierra natal.

DESPACHO NOTICIOSO

En la televisión:

9.00 a.m. El locutor identifica al jefe de los insurrectos. Se hace llamar el Comandante Gato y pide hablar con el Fiscal General.

9.02 a.m. El locutor lee un cable de la agencia France Press: "El Comandante Gato afirma que la insurrección ha sido un éxito. Asegura que lo respaldan las facciones '5 de Julio', 'Tercer Camino', 'Bandera Roja', una sección internacional neobolchevique y los zamoristas socializados."

9.05 a.m. Aparece el Presidente del Congreso. Habla de la institucionalidad y de la salvación de la Democracia.

9.08 a.m. El Comandante Gato vuelve a exigir la presencia del Fiscal.

9.13 a.m. Ataque al sector El Cuño. Los oficiales leales solicitan refuerzos.

10.00 a.m. Aviones disparan contra Miraflores. Centenares de personas, en la renovada plaza

O'Leary, corean los disparos. ¡Olé!, exclaman, cada vez que un avión se precipita a tierra.

En la plaza O'Leary:

Dos señoras conversan en medio del estruendo. Dice la primera: “¿Y qué celebran si apenas son tres avioncitos los que están disparando?” “Es que Venezuela tiene seis aviones —repone la otra—. Tres están con el Gobierno y tres con la Revolución.”

BOLIVARIANA

Señor Presidente de la República reposan en mi Archivo respuestas terminantes ex presidentes ratificando bajo sus administraciones no autorizarían casinos Margarita. Asombra gobernador de estado convoque rueda de prensa residencia oficial anunciar primicia conviene instaurar casinos, por ser lo primero indagan turistas. Lo que da lustre Margarita y a la patria no son antros corrupción sino constante y ejemplarizante labor de ciencia y letras. Así como condenamos enérgicamente —por justicia y por deber— repudiados casinos aplaudimos patrióticamente centro infantil Coche proyecta querida Primera Dama y hermoso complejo recreacional prepara Hipódromo Nacional. Su mensaje abunda en proyectos y en ideas dignos estudio por satisfacer patriotismo venezolano y son su antítesis invasión tahúres establecimientos alucinadores muchedumbres no merecen tal premio. Quien junta integridad como padre, esposo y magistrado, probada pasión cul-

tura y tesón en el trabajo, acorralará viento pasea
larga cola corazón monseñor Navarro...

EL JARDÍN DEL VERDUGO

Me llamo Saeed Al-Sayyaf y soy el verdugo oficial de Arabia Saudita. Mi nombre es contradictorio: Saeed significa “feliz” y Al-Sayyaf “verdugo con espada”.

Es muy fácil decapitar a un delincuente: sólo se requiere separar la cabeza del tronco. Para mutilar las manos, en cambio, me armo de mayor coraje: sé que estoy cortando parte de un cuerpo que va a sobrevivir. Con las manos hay que estar siempre muy seguro de que la espada no se desviará del lugar preciso.

Fui agricultor hasta los veinte años y luego me enrolé en el ejército. Todos los viernes, después de las reuniones de Oración, miraba cómo los verdugos decapitaban en público a los criminales. Llevé a cabo mi primera ejecución a los veintitrés años: decapité a tres asesinos y me gané mil quinientos riyals.

Siempre he buscado la oportunidad de cortar más cabezas que manos. Es más fácil y lucrativo.

Antes de separar una cabeza, corto ligeramente la camisa de la víctima en la parte posterior del cuello: debo tener una idea precisa de dónde poner la espada. Bastará luego una sola estocada para que la cabeza salte al montículo de arena. Cuando se trata de una mujer, cambio la espada por una pistola, pues en el mandato del Corán está prohibido verle la carne a una mujer.

Una disposición reciente le permite a las víctimas llevar los ojos cubiertos con una banda negra. Hace dos años, la cabeza de un convicto que decapité fue a parar a los pies de otro que esperaba turno: murió en el acto de un infarto.

He estado casado veinticuatro veces y soy padre de veinticinco hijos. Últimamente he estado entrenando a mi hijo Mohammed para que sea mi sucesor. Aún no le he dado la oportunidad de practicar con una cabeza pero sé que puede hacer bien el oficio.

A mis sesenta años, puedo admitir que, después de un tiempo, el trabajo se vuelve rutinario: he cortado las cabezas de seiscientos criminales y las manos de otros sesenta ladrones.

Con frecuencia, antes de la ejecución, paso las

noches despierto: me desvela la imagen de no acertar con la espada en la línea de carne del cuello. Pero nunca he tenido remordimientos con mis víctimas. Una vez que todo ha concluido, me siento satisfecho: he puesto fin a una vida dedicada a burlar la ley de Dios.

PARA BLANCA, NUEVAMENTE
(por compartir el jardín)

FILIACIONES

El 2 de abril de 1976, Graciela Rutilo, de diecinueve años, nacida en Perú, hija de un argentino de origen español, fue secuestrada en Oruro, Bolivia, junto a su marido y su hija Carla, de nueve meses. La policía boliviana entregó el matrimonio a sus colegas argentinos, teniéndose la certeza de que el marido fue asesinado en el momento del intercambio fronterizo. Carla quedó asilada en el orfelinato Villa Fátima, de La Paz.

El 25 de agosto de 1976, la niña desaparece del orfelinato boliviano para reaparecer a los pocos días en un chupadero de la ciudad de Buenos Aires donde el lugarteniente Eduardo Ruffo ocultaba a los desaparecidos y donde seguramente era torturada la madre de la niña, ya dada por muerta.

En 1977, Ruffo, cuya esposa era estéril, adopta legalmente a Carla bajo el nombre de Amanda Ruffo.

En 1987, la madre de Graciela, exilada en España, regresa a Buenos Aires con su más preciado

bien: una huella de la planta del pie de su nieta tomada al nacer. Ante la prueba testimonial, un juez federal ordena restituir la identidad de Carla y entregarla a la madre de su madre.

La prensa ha respetado las instrucciones del juez y de los psiquiatras y ha dejado en paz a una niña de diez años a la que se le debe hacer entender que su padre fue, presumiblemente, el asesino de sus padres.

CARTA DE SUSANA

Eduardo se casó la semana pasada y, qué decirte, el dolor que me dio no se asemeja a nada de lo que yo conozca. Yo he seguido haciendo mi vida normalmente, con buenos proyectos; no he llorado ni nada por el estilo. El dolor es de esos ya sedimentados, ya impregnado en mí. Creo que es un dolor que me acompañará siempre, que nunca me abandonará a pesar de seguir yo mi rumbo. He dibujado y leído mucho y, sin embargo, el pensamiento de Eduardo y su matrimonio me roza continuamente la cabeza. Es una sensación rara. Yo siempre intuí que algún día esto pasaría. Siento como la pérdida de algo hace ya tiempo perdido, de algo que debía perderse porque era necesario. Y es como descubrir la distancia de frente a tus ojos, la punta de la aguja que te hiere. Y, cosa extraña, me alegro de conocerlo tan bien. Por una vez, conoces cosas en toda su profundidad, de arriba a abajo.

Y no es el recuerdo de Eduardo. Sería una

mentira decir que “el recuerdo de Eduardo estará siempre conmigo”, no, porque yo no lo recuerdo como tal. Es otra cosa lo que va conmigo: una sensación, una vida casi entera, una sombra, una presencia, toda rota, pero no Eduardo. No es el hombre que estudia ingeniería, casado ahora con Liliana, que vivía en Las Mercedes y que me buscaba en un Renault azul. No, no es eso lo que yo recuerdo. No es ningún acto, ningún hecho (salvo uno), no es su cuerpo. No, es otra cosa: es algo absolutamente intangible lo que está dentro de mí, es el dolor puro, sin formas, sin ansiedad, ni siquiera se llama Eduardo, pero proviene de él y de mí, juntos, no en el pasado, sino en una presencia que se vuelve atemporal, que no tiene ningún dibujo.

LA ISLA DE OLSEN

El noruego Fred Olsen es una institución en la isla canaria de La Gomera, de cuya superficie posee casi una sexta parte. Es un cacique, un benefactor, o ambas cosas a la vez, depende de quien lo juzgue. Su apellido forma parte de la isla desde hace casi un siglo. Su padre, Thomas Olsen, dueño de la naviera Olsen supo que La Gomera existía porque figuraba en la ruta comercial de alguno de sus barcos. Le gustó y adquirió terrenos de plataneras. Su hijo se asoció más tarde con Heliodoro Rodríguez, un gomero terrateniente, hasta que éste se arruinó. Olsen se aprovechó de ello y adquirió a precio de gallina flaca una gran finca en Playa Santiago, con coto de caza incluido, donde ha construido recientemente el único hotel privado de lujo que hay en la isla, cerca de donde está previsto que se ubique el futuro aeropuerto.

La Gomera —una joya ecológica sin explotar de cuatrocientos kilómetros— posee una orografía endemoniada. Su origen volcánico —es negra

la arena de sus playas— la ha configurado como una sucesión desordenada de montañas, roques, y barrancos, de tal manera que los campesinos han tenido que construir cuatro bancales de tierra para lograr uno cultivable y comunicarse por medio de un silbido tradicional que se llega a oír a kilómetros de distancia.

En estas condiciones han cosechado maíz, plátanos, papas y, durante algunos años, tomates. El pastoreo, la pesca y la caza han sido sus principales medios de subsistencia, en abundancia tal que un tercio de la población tuvo que emigrar a Venezuela, Cuba y a la propia Tenerife.

WAR GAMES

Anuncia la Armada francesa desde sus cuarteles generales de Îlle-Longue que el submarino nuclear *I'Inflexible* entrará en operaciones dentro de seis semanas.

Botado al agua originalmente en 1982, *I'Inflexible* fue sometido durante meses a una total remodelación que lo equipará a otros cinco submarinos nucleares de la Armada: *Le Redoutable*, *Le Terrible*, *Le Foudroyant*, *L'Indomptable* y *Le Tonnant*, todos en servicio desde 1971 y todos portadores de misiles M-20, capaces de generar una explosión termonuclear equivalente a cincuenta veces la potencia de la bomba de Hiroshima.

Diferente de los precedentes en muchos aspectos, *I'Inflexible* portará un nuevo misil, el M-4, dotado de seis cabezas termonucleares y capaz de alcanzar blancos superiores a los cuatro mil kilómetros de distancia.

Gracias a sus noventa y seis cargas explosivas, mucho más ligeras y de diseño miniaturiza-

do, *I'Inflexible* superará por sí solo la capacidad destructiva sumada de los cinco submarinos anteriores.

LIVERPOOL HEIGHTS

A y B tienen, respectivamente, diez y once años. Deambulan una tarde cualquiera por un centro comercial situado en las afueras de Liverpool y divisan al pequeño James, de tres años, lamiendo una barquilla.

James, confiado, entra en complicidad: les celebra las travesuras y se deja llevar de la mano hacia una colina cercana en la que la madre ya no lo divisa. Dos días más tarde, el cadáver de James es encontrado semidesnudo y casi irreconocible después de que al menos un tren lo partiera en dos. La autopsia dictaminó que había muerto a golpes, lentamente.

A y B fueron detenidos cuatro días después. Un fiscal los somete a interrogatorios en presencia de los padres y sus abogados.

En el primer interrogatorio, A dice: "Quien haya matado a James, hizo mal. Yo, por supuesto, no tuve nada que ver".

En el segundo interrogatorio, cuando el fiscal

les muestra las imágenes captadas por las cámaras de seguridad del centro comercial, A y B admiten, por separado, que, efectivamente, ese día no habían ido a clases y que habían estado paseando con James. “Luego lo dejamos allí mismo —afirma A— y nos fuimos a otro sitio. Le dije a B que devolviera el crío a su madre pero no quiso.”

En el tercer interrogatorio, A se confiesa: “Fue B quien lo hizo todo. Dejé a B con el pequeño frente a una iglesia. Jamás estuve en esa colina”.

En el cuarto interrogatorio, A se contradice. Admite haberle preguntado a una transeúnte, ya en la colina, dónde estaba la comisaría más cercana. “B quería dejarlo en la comisaría pero el crío se resistía. Lloraba continuamente.”

En el quinto interrogatorio, el fiscal le pregunta a A, quien tiene un hermano de la misma edad de James, si lo habría abandonado en las mismas condiciones. “No —confiesa. No, porque es mi hermano. Si verdaderamente yo hubiera querido matar a un bebé, habría matado a mi hermanito. ¿No le parece?”

En el sexto interrogatorio, A acusa formalmente a B de haber matado a James “con una ba-

rra de hierro” y de haber arrojado piedras sobre el pequeño “para no verle la cara”.

DEFLAGACIÓN

La historia es como sigue. Tenemos a Ismael García, ¿no? Ismael García es el piloto de una retroexcavadora. ¿Sabes lo que es una retroexcavadora, no? Bueno... es un tractor que hace huecos. Venían cavando una zanja de un metro de profundidad desde hace meses. ¡Imagínate: unir a Caracas con Maracay a través de un cable de fibra óptica! Meses en el asunto, ¿no? Iban, pues, por Tejerías, más o menos. Y nadie se da cuenta del gasoducto que en Tejerías empata con la autopista, ¿no? Los obreros van “sembrando” el cable detrás, como dicen ellos, y García va adelante cava que cava. En eso García deja caer la pesada cuchilla de hierro y siente como un impacto metálico, ¿no?, el hombre se baja y llama al ingeniero de obras. Se asoman al fondo de la zanja y ven algo blanco, como cáscaras de pintura. A todas estas, imagínate, están repavimentando el tramo de Tejerías y funciona un solo canal. Son las siete de la mañana y todo el mundo sube para Caracas, ¿no?

Una cola larga de carros, ¿no?, esperando atravesar el tramo. La cosa se complica cuando García comienza a oler gas, ¿no?, el hombre sale corriendo, imagínate, y todos los demás obreros también. Los conductores del tramo ven la corredera y no entienden nada, ¿no?, esto es lo que ha contado García. Después se sabe poca cosa, ¿no?, que si la explosión, que si la bomba de gasolina que estaba cerca, que si García fue un irresponsable por no alertar a los conductores... Tantas cosas, ¿no?, y, claro, después de la explosión llegó todo el mundo: bomberos de Maracay, bomberos de Caracas, ambulancias, la Guardia Nacional, la policía de Aragua y hasta un helicóptero, ¿no?, un helicóptero que sobrevolaba el incendio y que tuvieron que retirar porque aumentaba las llamas. Y luego los peritos, ¿no?, las investigaciones. La tesis es la siguiente. Supón que García le abre un hueco a la tubería con la retroexcavadora. ¿Te imaginas la potencia de una retroexcavadora? comienza salir el gas, ¿no?, por el orificio. Se sabe que esas tuberías lo que tienen es metano. Y hablan de odorizantes, ¿no?, el metano tiene odorizantes. García corre, claro. El desgraciado, ¿no?, ha podido avi-

sarle a la gente, ¿no?, pero el hombre salva su pellejo y corre como un animal. Se va formando lentamente una nube de metano que lo envuelve todo: la retroexcavadora, los carros, los árboles, el tramo completo de la autopista... Y menos mal que el viento soplaba hacia Tejerías, ¿no?, si no, imagínate, llega la nube a la bomba de gasolina y se acabó. El metano se está expandiendo, ¿no?, imagínate una nube gaseosa que se va diluyendo y mezclando con el aire. La gente cree que el metano se enciende con cualquier cosa pero no es así. Tiene que haber una proporción, ¿no?, dicen los peritos. De cinco a catorce partes de metano por cada cien de aire para que se produzca fuego, ¿no?, cualquier cosa ha podido producir la ignición: una chispa de bujía, un cigarrillo, el tacón de alguna mujer sobre el pavimento... cualquier cosa... Los peritos hablan de “deflagación”: la nube comienza a quemarse por los extremos y se va consumiendo hacia adentro, hacia el orificio del tubo. Todo lo que estaba en el interior de la nube ardió: los carros, la gasolina de los carros, los árboles, la gente... Imagínate, setenta muertos, ¿no?

ESCRITOS CARNALES

I

Como almíbar alrededor de una estaca, ibas y venías. Nunca hubo tanta piel derramada, tanto reconocimiento después del pactado extravío. En goterones ya tontos de tanto peso, se humillaba cada uno de tus cabellos. Y a flor de herida deseada bogábamos hacia el núcleo impenetrable de la sábana, mordiendo los juncos como atletas exhaustos, hallando en el dolor y el daño el rostro carcomido de nuestra fijeza.

II

Tu vientre está bajo mis uñas. Carne que ingiero cuando, nerviosamente, me llevo los dedos a la boca. Volcado queda el flujo amarillento, breve como la pasta reseca que recorre la medialuna de mis úmulas. Se dirá que no hay proteína mayor que la añejada en mis dedos, ordeñada con ímpe-

tu en la negra ubre del desvelo.

III

Criatura con gota en el orificio de la nariz, con lágrima que baja ya absuelta del párpado, con temblor y sábana, con gesto leve hacia quien la mira, con mano llevada súbitamente al hombro opuesto, con invierno agudo a todo lo largo del espinazo. Criatura sentada en la cama, buscando más allá de la ventana un surco apropiado en la albiuna desnudez de la nieve.

IV

Con cuerpo tuyo voy. Con cuerpo tuyo avanzo. Con cuerpo mío no: con cuerpo tuyo. Me he dejado atrás. Me he quedado en casa. No es mi carne la expuesta al aire; no soy yo el recibido. Carne que transita en la calle, carne que palpita. Llevo orificio con latido, llevo vena hinchada, llevo precisamente el cuerpo que me borra.

PARA NELA

BERNARDO: RELACIÓN PRIMERA

11 de febrero

La lenta construcción de un espacio. La lenta construcción de un latido. Y dice el padre extraviado: "Tus dedos sangrarán si los apoyas en este abono." Retoños no habrá al fondo del abismo. Sólo tú clavado como estaca y la sed que ahoga. Venga el manojo de cilantro de mano de la madre, venga cualquier ímpetu remoto. La carne es una orilla extraviada, la carne es esta cicatriz dilatada. Como cuerpo abierto en dos, un corazón transita sin saber a qué duelo se debe.

19 de febrero

No hay arena bajo el teléfono, no puede haberla. Me han llamado, lo sé, me han llamado para el alumbramiento. Venga el chasquido a la oreja. Venga la mano abierta sin monedas. Palabras ya no tengo en la laringe. Y qué decir de la lámpara

como latido, como pulsión de la nada. La madre habla con codos, con voz quebrada: "Abre tu frente al mundo, hijo mío, susúrrale a la dicha el dictado inexistente." De mí, poca cosa: dos agujeros sombríos, la roja red arterial de la esclerótica y el abdomen como una vejiga hinchada.

21 de febrero

La carne del sueño. La sensación de estar envarado ante la imagen decisiva. El ímpetu que lleva a la vida a desconocerse. El cuerpo amoratado que llora. El padre puesto de lado en la mudez más recóndita. Nunca habrá tanto llanto; nunca, tanto cordón umbilical. La idea de haber tocado con las yemas de los dedos algo de ti mismo que se te escapa. La idea de haberte visto con quejido, en el centro hueco de una muerte que ahora llevas en los brazos.

5 de marzo

Te dices —lavándole unas mediecitas rojas— que es mejor esto de estar estrujando la tela para que

el sucio salga que darle la cara a este otro abismo calcáreo en el que la escoria no se desprende hacia el orificio de ninguna cañería.

18 de marzo

Ves crecer a la criatura con los mismos cólicos y llantos que calmaba tu madre. Te dices que un gotero de vidrio será suficiente mientras en lo hondo intuyes que el llanto continúa en el cuenco que forman tus manos cuando te lavas la cara.

INSTANTÁNEAS

Miraflores

En la pantalla del televisor, detrás de los siete micrófonos por los que se dirige a la Nación, el Presidente. Y detrás del Presidente, ladeado ligeramente hacia la izquierda, el cuadro de un Bolívar ecuestre.

*

Playa El Agua

El momento preciso en el que la demostradora de vodka Finlandia —una cabellera rubia que arropaba el *body* azul metálico— se cruza con el vendedor de empanadas de cazón.

*

Cartelera de cine

Una mujer busca emociones. Dice la mujer: “bus-

co emociones". Pero no las encuentra. Intenta y no las encuentra. Se peina furiosamente ante el espejo y no se encuentra. Una mujer busca emociones.

*

La visión

El movimiento —siempre oportuno, siempre imperturbable— de un jugador de baloncesto —negro, alto, fornido, los hombros redondos y delineados— que se eleva lentamente en medio de cualquier escena —un banquete, un salón de conferencias, un comedor en el que intimas con la conocida de turno— y encesta.

*

Marina

Las lentas barcasas —veleros, yates, lanchas de líneas estilizadas— flotan en el muelle como si de una acuarela se tratara. Detrás de este cuadro que veo, los montes grises de sequía sólo devuelven una silueta que da sostén a la composición.

Sólo faltarían dos paseantes —una muchacha en bikini y una niña rubia que juguetea— para asegurar la pincelada final.

*

Tiempos modernos

La palabra *unisex* vista, o entrevista, en el letrero pintado a mano —una brocha vetusta que apenas alcanzaba a definir las letras— de una barbería en San Rafael de Mucuchíes, estado Mérida.

*

Protocolo

El guiño del alcalde de Caucagua —ya culminados los actos oficiales del aniversario de la ciudad— mientras sacaba la carterita de ron envuelta en una bolsa de papel para brindar por sus congéneres.

*

Navidad

Vimos por segundos los lomos simultáneos de tres delfines que emergían a veinte metros de la playuela de Cayo Peraza en Chichiriviche. Mi hijo Bernardo retuvo la imagen y evoca en cualquier circunstancia el ligero chorro que se desprendía de los respiraderos como un escupitajo invertido hacia el cielo.

CENIZAS

Incendie criminel aux éditions Gallimard.

Un incendie criminel a endommagé, dimanche 17 février, un bureau situé au rez-de-chaussée de l'immeuble des éditions Gallimard, rue Sebastien-Bottin à Paris. Les auteurs de l'attentat ont brisé une vitre et lancé à l'intérieur du local deux cocktails Molotov. Ceux-ci, selon les enquêteurs, auraient dû mettre le feu à une valise dans laquelle on a découvert une bonbonne de liquide inflammable et une bouteille de gaz. Une lettre anonyme a été envoyée à l'agence France Presse, lundi 18 février, affirmant à propos de cet attentat: "Ce monde est à détruire, pas à aménager, il ne nous reste qu'à construire sur ses cendres, les nôtres aussi."

ÍNDICE

Nupcias	11
Capilar	14
Identidad	16
Bellagio	19
La voz humana	21
Huevo frito	23
Figuras de barro	25
El árbol del olvido	32
El rostro	34
Ramo de limón florido	36
Huellas	46
La nevera	53
Castillo de arena	58
Carretera negra	62
Fisuras	70
Miraca	78
El nadador	81
El fotógrafo	83
La mina	90

La isla	94
Pérdidas	97
Lunar	99
Madamas	112
Lagos	114
La espera	119
Extensión de la carne	124
Puente de nácar	127
Retrato hablado	132
Palos de ciego	139
Soberana	142
La china Chen	144
Río de sangre	146
Migraciones	158
La réplica	161
Maderos sobre el agua	168
Barco de papel	174
El dolor	179
Oxígeno	184
Reversible	186
Oración	188
Madrigal	190
Batalla campal	192
La estatua	201

La cumbre	207
Trilogía	217
The runaway	220
Andanzas	227
 FUTURO Y OTROS TIEMPOS	 243
14 de agosto de 2116	245
El vigía	246
Volver al futuro	247
27 de noviembre de 1992	248
Our violent earth	249
Negro paladar	250
Renacimiento	251
Apuntes para una teoría de la Creación	252
Espejos orbitales	254
Materia oscura	255
Teoría del escualo	257
La última ventana	261
El gran atrayente	264
Apocalypse now	265
 EXTREMOS	 269
Última página	271
Despacho noticioso	272

Bolivariana	274
El jardín del verdugo	276
Filiaciones	279
Carta de Susana	281
La isla de Olsen	283
War games	285
Liverpool Heights	287
Deflagación	290
Escritos carnales	293
Bernardo: relación primera	295
Instantáneas	298
Cenizas	302

LUNAR, de Antonio López Ortega se terminó de imprimir
en los talleres de Becolor, S.A. de C.V., Francisco I.
Madero, 88, Col. Barrio San Miguel Iztacalco,
México D.F. en el mes de marzo de 1988.

Se tiraron mil ejemplares más sobrantes para reposición.

Producción Editorial: *Amalgama Arte Editorial*
Cuidado de edición: *Valentín Almaraz*

[illegible]



2893704

UAM
PQ7233
L5.3
no.56

2893704
López Ortega, Antonio
Lunar / Antonio López Ort

